

EL CABO DE LAS TORMENTAS

The painting shows a man in the foreground, wearing a dark cap and a heavy coat, looking towards the viewer. He is holding a small, light-colored dog. In the background, there is a church with a prominent dome and a tiled roof, set against a backdrop of rolling hills and mountains. The sky is a deep, textured blue, suggesting a storm or a dramatic atmosphere. The overall style is characteristic of Baroja's work, with strong contrasts and a focus on the human figure in a rugged landscape.

PÍO BAROJ Lectulandia

El cabo de las tormentas se terminó de escribir en febrero de 1932. Contiene cinco relatos de índole distinta, con el común denominador de la presencia en ellos del matrimonio vascofrancés formado por Michel y Anita y los hermanos Acha, navarros de Bera que, más que de protagonistas, actúan como observadores y testigos de las diversas acciones que se cuentan. El primero de los relatos gira en torno a la sublevación de Jaca. Poco después de que ocurriera, Baroja fue a la vieja población pirenaica y obtuvo una serie de detalles acerca de cómo se había desarrollado. El segundo relato, titulado «El Contagio», se refiere a época algo anterior, de la Dictadura de Primo de Rivera todavía. Comienza con una visión de los personajes principales de ella basada, al pie de la letra, en la que el propio Baroja tuvo un verano en que estuvo en Madrid e iba con su cuñado a la sierra, en un hotel del pueblo de Guadarrama. La conversación está, en parte, tomada de la que tuvo con un antiguo conocido que se hallaba en el séquito.

Lo que sigue se refiere a época algo anterior todavía: al tiempo de las agitaciones sindicalistas de Barcelona, ciudad donde, significativamente, se fecha la narración en noviembre de 1931. Otra sigue en el mismo tono, pero la cuarta se refiere a un suceso hoy olvidado, pero que allá por los años finales de la Dictadura produjo honda agitación en Guipúzcoa y sus contornos: el crimen de Beizama. El país se dividió políticamente al tiempo del juicio. Baroja, también, en esta ocasión, quiso ser testigo de vista y con el juez de la causa vio a los acusados. Ante ellos formó su idea propia.

El quinto relato se refiere a la proclamación de la República en Madrid. El mismo día de esta anduvo el escritor de aquí para allá, recogiendo rumores e impresiones. Los itinerarios que marca son los que él siguió. Lo mismo se puede decir del segundo día. Otras escenas están compuestas con conversaciones con aristócratas, pintores, etc. La discusión de unos con otros refleja, también, en parte, la posición del novelista ante el hecho consumado de su complejidad, su oscuridad.

Lectulandia

Pío Baroja

El cabo de las tormentas

La selva oscura - 2

ePub r1.0

Titivillus 15.08.15

Pío Baroja, 1932

Diseño de cubierta: *La salida de misa* (detalle), de Aurelio Arteta (1879-1940)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO PRIMERO

BAUTISTA EL SUBLEVADO

MIGUEL VIDART y Anita Olagaray, el uno de Ascaín y la otra de Sara, se conocieron en un pueblo de California, donde se casaron.

Michel Vidart fue a América como ingeniero agrónomo y agrimensor. Anita Olagaray, hija de un tratante de ganado vascofrancés, vivió primero en la Argentina y después en California. Vidart y Anita, ya casados, recorrieron el sur de los Estados Unidos y pasaron largas temporadas en Méjico.

Cuando comenzó la guerra, Michel Vidart sintió que su calidad de francés se agitaba oscuramente en su espíritu y dijo a su mujer: «Chica, me voy a Francia a tomar parte en la guerra».

Contaba Michel ya treinta y ocho años. Anita, patriota a su manera, encontró bien la decisión de su marido; liquidaron su fortuna y se fueron a Francia. Michel marchó a París y entró en el ejército.

Un día leyó en el *Diario Oficial* un decreto en el que el Estado Mayor recomendaba a los soldados que tuvieran una especialidad se presentaran a sus jefes y se lo indicaran. Michel pensó que sabía hacer trincheras, y se presentó al comandante. Este era un buen francés, bigotudo y de mal genio, y le recibió con cara de perro.

—¿Qué quería usted? —le dijo.

Michel empezó a explicarse.

—Menos palabras, menos palabras. Diga usted lo que quiere.

—A eso voy.

—¿Es que usted cree que yo tengo el tiempo para perderlo? Retírese usted.

Michel decía:

—Gracias a aquel bárbaro, me salvé. Si no, estaría bajo tierra, porque casi todos los que fueron a hacer trincheras murieron allí.

Mientras su marido guerreaba, Anita se instaló en Sara, y, como no tenía hijos, se dedicó a pintar acuarelas, una de sus grandes aficiones, a leer y a tocar el piano. Cuando Michel estaba de licencia iba a ver a Anita y hablaba de la actualidad y de las cuestiones de la guerra. Le parecía esta un poco absurda y desordenada, pero la respetaba y la consideraba necesaria y fatal.

Anita se aburría sola, y para distraerse visitó a los parientes, y dio con una prima suya española, de Vera, cuyo marido se hallaba empleado en la fundición de hierro del pueblo. La prima tenía tres chicos, y Anita, a quien gustaban los niños, estuvo con frecuencia en su casa y después pasó en ella largas temporadas. Anita se encargó de enseñar a los sobrinos a leer, a escribir y a hablar un poco el francés.

Algunas veces que Michel fue a Sara del frente y sin avisar se encontró con que Anita estaba en Vera. Él también tomó la costumbre de ir a visitar a los parientes de su mujer. Se entretenía con los sobrinos, les hacía figuras de papel y les contaba

cuentos.

Al concluir la guerra, Michel Vidart tendría unos cuarenta y tantos años. Anita andaba también cerca de los cuarenta. Michel era alto, rubio, de anteojos; hablaba el castellano con mucha suavidad, con acento mejicano; decía «fierro» y «como no»; mezclaba frases en francés y en inglés.

Anita, cuya infancia se deslizó en Méjico y en la Argentina, hablaba también un castellano americanizado.

El matrimonio escogía para ciertos asuntos un idioma. Cuando se trataba de negocios hablaban en inglés. El entonces llamaba a Anita «Nancy» y ella a Miguel «Mike». Cuando se trataba de política o de la guerra hablaban francés; entonces él la decía «Annette» y ella «Michel», y cuando hablaban de cosas de familia empleaban el castellano, y él era Miguel y ella Anita. Miguel llamaba también con frecuencia a su mujer «percheta».

Anita era una mujer muy amable, con aire de pájaro, la nariz larga, los ojos claros, las mejillas sonrosadas, muy dada a la alegría y a la risa.

Al principio, la gente la encontraba un poco ligera, *erguela*, sin fundamento, dicen en el país; luego se veía que no discurría peor que la mayoría de la gente que pasa por sesuda y de mucho juicio. Anita gustaba de las flores, de los niños, de los paisajes bonitos. Manifestaba cierta timidez para todo, y algunas cosas de que hablaban las mujeres casadas le confundían y le ruborizaban.

Anita tocaba muy bien el piano, sobre todo con gran sentimiento; pero lo había abandonado un tanto.

«He perdido mucho tiempo con la música», decía.

Anita, allí donde iba, se ponía a pintar unas acuarelas. No se atrevía a más. La pintura al óleo, aunque la había ensayado, le parecía demasiado hombruna. Michel y Anita tenían en Vera buenas amistades.

«Hemos de comprar un automóvil para ir y venir», dijo varias veces Michel.

Entre la gente del pueblo, Anita y Michel se hicieron amigos de don Leandro Acha. Don Leandro había querido realizar la vida de un hidalgo vasco, quedándose en el campo con su madre, su mujer y sus dos hijos, y dedicándose a la agricultura y un poco a la historia.

El hermano de Leandro, Fermín, solía llegar los veranos de Madrid y pasaba en Olazar alguna corta temporada.

Fermín Acha, aunque no le gustaba decirlo, había estudiado para cura en el seminario de Vitoria, y estuvo a punto de ordenarse de epístola, hasta que notó que no tenía fe ni vocación alguna. Entonces abandonó el seminario con gran pena de los profesores, que lo tenían por uno de sus mejores alumnos; estudió el bachillerato, se hizo licenciado en Filosofía y Letras y se fue a vivir a Madrid.

A Fermín le gustaba poco el campo, echaba de menos en Olazar su Círculo, el póquer y el cine.

Fermín compraba para la biblioteca de Olazar todas las obras curiosas que

encontraba en las librerías de viejo de Madrid. En Olazar había un completo arsenal de libros antirreligiosos, que don Leandro, católico practicante, los aceptaba, los limpiaba, los catalogaba y los ponía en la biblioteca.

—Ninguno de los dos hermanos hemos acertado del todo —decía Fermín Acha—; hemos tomado posiciones demasiado extremas: él es campesino y vasquista; yo, ciudadano y radical. Quizá hubiera sido mejor que los dos hubiéramos tomado una postura mixta.

—¿Y qué hace don Leandro? —le preguntaban a Fermín.

—Leandro pretende hacerse completamente conservador, pero un conservador a su modo, partidario del despotismo ilustrado. Dice que es lógico que el hombre al envejecer se haga conservador, y no quiere apartarse de esta costumbre o de esta supuesta ley. Leandro cultiva sus tierras, escribe, gana algo haciendo ejecutorias de nobleza y árboles genealógicos y lee los catálogos que le envían los libreros de París y va reuniendo una biblioteca de obras de cuestiones de heráldica y de blasón bastante buena.

—¿Usted sigue con su vida de ciudadano?

—Sí. Me he acostumbrado. No sabría hacer otra cosa. Vivo al día.

—En cambio, don Leandro...

—Mi hermano vive un tanto para la posteridad.

—¿Y creará de veras en la posteridad? —le preguntaba Michel.

—¡Hum!... Qué sé yo. Es posible que no crea gran cosa en ella.

—¿Qué hace ahora?

—Me ha dicho que quiere hacer una historia de Navarra empezando por la prehistoria.

—Pues tiene ahí trabajo para diez años.

—Seguramente.

Michel Vidart y Fermín hablaban constantemente de cuestiones de política europea. Anita no se ocupaba más que de cosas pequeñas, y no le interesaba nada la política ni los grandes acontecimientos. Cuando Michel vio que su dinero colocado en Francia subía y que le sobraba para sus necesidades y hasta para sus fantasías, compró un automóvil y luego lo cambió por otro mejor. Cada dos o tres años aparecía con un nuevo automóvil de más porte.

En las vacaciones, cuando Fermín Acha aparecía en Vera, Michel le llevaba a pasear en auto por aquí y por allá y hablaban frenéticamente. Visitaron varias veces al doctor Arizmendi en Pamplona. Anita le consideraba a Fermín como a uno de la familia, y tenía absoluta confianza en él.

Fermín intentó convencer a Anita de que no debía abandonar la música. Ella prefería practicar la pintura, para la cual tenía muy pocas condiciones. Su marido y Fermín le instaban con frecuencia a que tocara alguna sonata de Haydn, de Bach y de Mozart y le oían extasiados.

Michel, buen mecánico y chófer, aunque un tanto distraído, se cansó de llevar el

volante y quiso tomar un chico, y encontró uno de Errotacho, hijo de la Juana Mari, Joshé. Este Joshé era buen chico, muy formal, acababa de quedar libre de quintas; tendría unos veintidós años. Se portaba como buen hijo. Mientras estuvo en Melilla, Joshé trabajó allí en una fundición del ejército y mandaba siempre dinero a su madre.

DESPUÉS DE JOSECHO, el chófer de Vidart, fue Bautista durante mucho tiempo el preferido de la Juana Mari. Bautista siempre había pensado en la madre y en la familia. A Bautista llamaban por su aspecto *Bildoch* ('cordero'), porque tenía el pelo rizado. Bautista en la familia era de la rama de los locos. A pesar de mostrarse un tanto caprichoso e inconstante, cuando llegaba el momento de prueba se le veía formal.

La formalidad suya desapareció en el servicio y se volvió rápidamente en poco tiempo audaz, desaprensivo y burlón. En seis o siete meses cambió de tal manera que nadie le hubiera reconocido.

Bautista estaba en Aragón, en el regimiento de Galicia. Durante una corta temporada que pasó de licencia en el pueblo, don Leandro le vio en la calle de Alzate jugando a la rana en un grupo de mozos y de carabineros.

Don Leandro habló con él un momento de Manish, y le dijo:

—No os vayáis a sublevar ahora vosotros.

Bautista contestó con aire de atrevimiento y de cinismo:

—Si pagan bien, ¿por qué no?

Cuando la sublevación de Jaca la Juana Mari fue a visitar a don Leandro y después a Miguel Vidart.

La Juana Mari no sabía nada de su hijo, únicamente que estaba en Jaca cuando la sublevación y que había desaparecido. Preguntó si el nombre de su hijo se encontraba entre los heridos, muertos o entre los presos llevados a Melilla, pero no aparecía en ninguna de aquellas listas.

Miguel y Anita decidieron enterarse para calmar la inquietud de la madre. Irían primero a Madrid en auto, y si no averiguaban nada irían a Jaca, a ver si encontraban el paradero de Bautista.

Salieron un día de primavera y llegaron al atardecer a Madrid. Marcharon inmediatamente a visitar a Fermín, y con él estuvieron en el ministerio de la Guerra. El nombre de Bautista Larreche no aparecía por ninguna parte.

Entonces Miguel y Anita decidieron marchar a Jaca, e invitaron a ir con ellos a Fermín.

—Yo no puedo dejar el ministerio más que por muy poco tiempo —dijo Acha.

—No necesitamos más que una semana para nuestros informes, y esta puede ser la Semana Santa, en la que usted tendrá vacaciones.

—Si es así, vamos.

Salieron por la mañana, una mañana fría y húmeda. El viaje no tuvo más incidentes que la lluvia y el viento.

Cerca de Guadalajara se les rompió un neumático, y Michel tuvo que sustituir la

rueda por otra de repuesto. Pasaron unos carreteros y se rieron al ver a los señoritos trabajando en medio de la lluvia. Al ponerse el auto en marcha, Fermín les gritó:

—¡Adiós, *arrastraos!*

—¿Por qué les llama usted así?

—Así les llaman. Además, se ve que son arrastrados. Tienen mala sangre.

Al marchar a comer a la fonda de la estación de Ariza dejaron la carretera general para meterse por un camino lleno de lodo.

Miguel se asombró de que habiendo trozos de carretera tan buenos, los que cruzaban los pueblos fueran malísimos, llenos de baches y de barro.

«Es la parte que está al cuidado de los Ayuntamientos —dijo Fermín—. El aldeano español es, en algunas partes, tan individualista y de tan poco sentido social, que si le dejaran cerraría la carretera y sembraría en ella patatas.»

Michel, que tenía afición a la geología, fue señalando los terrenos, casi todos del mioceno y del actual, por donde pasaban. Al llegar a la Sierra Ministra, dijo que creía que allí comenzaba el triásico, pero que pronto volvía el mioceno.

Llegaron, a las cinco, a Zaragoza; merendaron en un café de la plaza, y por la noche, para la hora de cenar, estaban en Jaca.

La tierra entre Zaragoza y Jaca les pareció árida, con cerros pelados, con algunos canales y pantanos, en los que se habían depositado con las lluvias grandes masas de légamo.

En Jaca fueron al Hotel Mur. Les dieron tres cuartos del piso principal, con balcones hacia la ciudadela.

Después de cenar se presentó Joshé, el chófer, a recibir órdenes.

—He oído decir que el sargento de la Guardia Civil que mataron aquí estuvo en Vera —dijo—. Mis hermanos Manish y Bautista creo que tuvieron cuestiones con ese sargento, y quizá Bautista se vengó. Lo tengo que averiguar.

—Tú no tienes nada que averiguar —le contestó Michel severamente—. Mañana tienes que ir a Pamplona y luego a Ascaín.

Joshé no replicó e hizo un ademán de contrariedad y de fastidio.

—Estarás una semana en Ascaín y volverás el lunes que viene.

—Está bien, buenas noches.

—¿No le quiere usted tener aquí? —preguntó Fermín.

—No, porque es un tanto imprudente y podría comprometernos.

Después de cenar, como estaban cansados del viaje, cada uno se marchó a su cuarto.

Por la mañana se levantaron. Algunos asistentes en el pasillo cepillaban las botas de los oficiales.

Se reunieron los tres a desayunar y salieron un momento a la calle.

Hacía un día claro de sol, bastante frío. Anita se encontraba un poco acatarrada y

pensó que mientras Fermín y Michel comenzaran sus investigaciones ella se dedicaría en su cuarto a pintar a través del cristal con el balcón cerrado.

Preparó una hoja de papel blanco, sus colores y sus pinceles y comenzó a pintar un trozo de la Ciudadela.

El castillo se perfilaba enfrente. Se veían sus glacis verdes, el foso y luego la muralla negra. Encima de esta se abrían las troneras para las baterías, cubiertas de un verdín brillante, y varias garitas grandes, redondas, de piedra, con un techo cónico, aplastado, de argamasa, con una bola en medio.

El puente de entrada de la Ciudadela salvaba el foso, luego aparecía la puerta, sobre ella un gran escudo y unas arcadas. Encima se veían chimeneas, tejados, paredes derruidas, y más arriba aún, un monte gris con matorrales, en aquel momento, acariciado por el sol con una pincelada pálida. Este monte gris parecía un gran animal agazapado.

A la derecha de la fortaleza se erguía una torrecilla con tejado de cinc, y en un extremo, una bandera española grande, de día de fiesta.

A la izquierda se veían montes lejanos y la peña de Oruel, con su silueta de esfinge.

Anita comenzó su trabajo. El cielo y la luz cambiaban a cada paso. Poco después comenzó a llover. Las gotas de lluvia trazaban líneas brillantes de color de acero. Un árbol con sus brotes primaverales impedía ver con detalles el castillo.

Mientras tanto, Fermín y Miguel husmeaban por las calles.

«Vamos despacio —dijo Acha—. Creo que nuestras investigaciones acabarán pronto.»

Al salir del Hotel Mur a la plaza del Mercado contemplaron la torre de la catedral, grande, pesada, con ventanas. Vieron los dos atrios, la lonja grande y la lonja chica, con sus puertas románicas. Una de ellas tenía columnas delgadas pintadas de negro, con capiteles complicados.

—Parece que esta portada es de las más antiguas del románico español —dijo Acha—. Se hizo hacia mil cuarenta, reinando Ramiro I.

—No tengo idea de quién era —afirmó Miguel.

—Ramiro I, hijo del rey de Navarra, Sancho Garcés el mayor. Este Ramiro I fue, probablemente, el primer rey verdadero de Aragón. Entonces Aragón no comprendía más que la comarca de Jaca y los valles de Hecho, Aragüés, Broto, Aisa, La Peña de Oruel, Atarés y San Juan de la Peña. Los aragoneses han afirmado que antes de Aragón existía ya el reino de Sobrarbe; los navarros han negado su existencia. No sé quién tiene la razón; no es cosa que nos importe mucho.

—No, no es un problema muy actual.

—Según la leyenda, los cristianos escapados a la dominación de los moros vivieron durante años en las grutas y en los bosques de la sierra de la Peña, hasta que un jefe vasco, Íñigo Arista o Eneco Aritza ('roble'), secundado por el conde Aznar o Asinarius, también vascón, atacó a los moros, los venció al final del siglo octavo y les

conquistó el territorio de Jaca, donde fundó, según unos, el condado de Aragón, llamado así por el río de este nombre, y, según otros, el reino de Sobrarbe. Esta palabra, Sobrarbe ('sobre el árbol'), procede de que Arista vio en un sueño maravilloso el nuevo reino que se extendía como las ramas de un árbol, dominado por la cruz.

»El llamarse el jefe Aritza ('roble') y la visión del árbol hace pensar que hay aquí una leyenda mítica. Se dice que la batalla contra los moros se verificó en un campo que se llama Las Tiendas, en donde se construyó la capilla de Nuestra Señora de la Victoria. Otros quieren creer que el primer jefe, el de la visión del árbol, fue un García Jiménez, también navarro, señor de Amézcoa y de Abárzuza.

Acha y Vidart se asomaron al interior de la catedral. Vieron el altar de la Trinidad, con su retablo plateresco, con un Padre Eterno que recuerda el *Moisés* de Miguel Ángel.

Después entraron en una capilla.

«Esta es la capilla de Santa Orosia —dijo Fermín—, donde se suelen reunir, un día del año, las endemoniadas. Aquí las llaman espirituadas. Se hace una procesión de poseídos muy interesante.»

Fermín estuvo contemplando los cuadros. Como Miguel se quejaba de que hacía frío, Fermín le dijo: «Póngase usted la boina, porque aquí no hay nadie».

Se oía a lo lejos a los canónigos en el coro. Pasaron por una puerta al claustro de la catedral. El claustro, moderno, mostraba algunas lápidas funerarias incrustadas en la pared, con inscripciones, fechas y nombres. El patio, muy bonito, con sus árboles y sus flores, se veía desierto y silencioso.

Salieron de la iglesia y dieron una vuelta alrededor del pueblo; vieron cerca el cerro del Rapitan, con el fuerte, y detrás, a lo lejos, el pico de la Collarada, completamente nevado.

Contemplaron también el perfil gallardo del Oroel, y pasearon por el pequeño parque del pueblo y distinguieron la canal de Berdún, esa hondonada recorrida por el río entre el Alto Aragón y Navarra.

—Todo esto es del eoceno —dijo Michel.

—¿En qué se caracteriza?

—Es la formación general de los Pirineos, terrenos de calizas, que forman estrechas gargantas, por donde corren los ríos. Los lugares del eoceno son antiguos lagos o marismas.

—¿Cómo, marismas tan tierra adentro?

—Sí; probablemente el Mediterráneo en otro tiempo llegaría hasta aquí, o quizá todo esto era un lago comunicado con el mar.

—Es curioso.

—¿Pues qué creía usted, que solo la arqueología y la historia tienen fantasías? La geología las tiene, y mayores.

—Es indudable. Ahora vamos a buscar el sitio donde se venden los periódicos —

dijo Fermín.

Preguntaron aquí y allá y recorrieron tres o cuatro calles.

—¿Ha visto usted? —dijo Miguel—. Hay todavía abarqueros.

—Sí, son industrias viejas de pueblos montañeses.

Se acercaron a una librería de la calle Mayor, en donde la gente hacía cola para comprar los periódicos. Hablaron con el librero.

—Hemos pasado días muy malos —dijo este.

—¿Sí?

—Muy malos.

—¿Y por qué?

—El pueblo estaba casi por completo comprometido en el levantamiento y todo el mundo temía la represión.

Después de comprar los periódicos bajaron por la calle Mayor hasta una plazuela. Vieron sacar unas andas para la procesión del Viernes Santo de una iglesia próxima al convento de las Benedictinas.

Marcharon luego al hotel. Anita estaba en su cuarto trabajando en su acuarela.

—No sé si te saldrá bien, «percheta» —dijo Michel.

—¿Pues?

—Me parece que has cogido demasiada extensión de paisaje.

—Sí; tienes razón.

—Y, además, todo esto en un día nublado es demasiado negro para la acuarela —añadió Acha.

—También es verdad.

En aquel momento llovía. En el monte, detrás de la Ciudadela, un rayo de sol iluminaba un pueblecito. Encima, sobre las murallas, se veía gran número de postes del telégrafo. En el glacis dos pastores, con sus rebaños de ovejas y de cabras y el mastín vigilante, se guarecían de la lluvia debajo de unos árboles, cubierta la cabeza y la espalda con sacos puestos a modo de capucha.

Fueron Anita, Michel y Fermín a comer. Todas las mesas se hallaban ocupadas por militares. Les sirvió una chica muy aguileña y pizpireta.

—¿Hay muchos frailes en el pueblo? —le preguntó Miguel.

—Demasiados —contestó la muchacha—. Hay un convento de Carmelitas, un monasterio de Benedictinas, el convento de monjas del Amparo, el colegio francés del Sagrado Corazón, el Seminario y los Escolapios.

—Diez iglesias, dieciséis canónigos, cuarenta y siete curas, cincuenta seminaristas, seis frailes franciscanos, veintisiete legos y cuarenta monjas para seis mil habitantes —añadió Anita.

—¿De dónde lo ha sacado usted? —preguntó Miguel.

—Lo he leído en la guía.

—Son procedimientos de erudito.

—He visto, además, que hay una porción de Asociaciones religiosas: la

Adoración Nocturna, el Corazón de Jesús, San Babil, San Blas, La Sangre de Cristo, la Hermandad de la Agonía, la de las Animas, la del Carmen, las Siervas de María, la del Rosario y la de Santa Orosia. Están ustedes bien servidos, casi tan bien como nosotros los vascos.

—¡Bah! No hacemos ningún caso de todo esto —replicó la chica.

—¿Es que es usted anticlerical y republicana?

—Completamente republicana. Yo era muy amiga de Galán.

—¿Qué tal tipo era Galán?

—Muy buena persona.

—¿De verdad?

—¡Ya lo creo! Mejor que los demás.

—¿Y fue aquí donde preparó la revolución?

—Sí, aquí, en este mismo hotel. Los más hombres se metieron en la revolución, los otros se quedaron en casa. Aquí vinieron algunos jóvenes de Madrid, que decían que iban a ir a la nieve a andar en esquíes, pero venían a hacer la revolución. «¡Vamos, Marujita!, me decían a mí, venga usted con nosotros al monte a andar en la nieve».

—¿Era gente amable?

—Sí, muy amable, muy simpática.

Mientras servía, la muchacha les dio más detalles de los supuestos esquiadores venidos de Madrid para conspirar. El día de la revuelta, estos jóvenes telefoneaban a cada paso a Lérida y a Huesca, pero desde allí no les contestaban.

—Y antes de la revolución, ¿qué hacía Galán? —preguntó Acha.

—Galán se pasaba el día escribiendo —contestó la chica—. No quería que cuando le hiciéramos el cuarto le tocáramos sus papeles. Era muy retraído. Saludaba a todo el mundo y hasta al cura. A veces iba al bar de las Tres Bes de la calle Mayor y al bar Laín para hablar con los suyos.

—¿Era enamorado? ¿Se le veía con mujeres?

—Nunca.

Cuando se marchó la chica, Anita dijo:

—Esta gente tiene un acento raro.

—También nosotros tenemos un acento raro para ellos —replicó Michel riendo.

—Sí, es verdad.

Después de comer, Acha preguntó a la chica de la fonda:

—¿Se puede ir al Casino?

—Sí, allí va todo el mundo que viene al pueblo.

—¿Está cerca de aquí?

—Sí, en una de estas calles que cruzan de la plaza a la calle Mayor.

Anita se decidió a seguir con su acuarela y Fermín y Michel marcharon al Casino.

El Casino, un caserón grande, de una calle estrecha, tenía una escalera monumental. Se encontraba lleno de militares. En el guardarropa no se veían más que

gorras de plato, gabanes y gabardinas.

Se sentaron Fermín y Miguel, tomaron café y entraron poco después en conversación con un periodista de un periódico de Zaragoza y con un médico viejo. Se estaba viendo, según dijeron estos, la causa de los militares negligentes cuando la asonada revolucionaria.

El periodista les contó algunas anécdotas de don Joaquín Costa, como cosas de hombre genial. A Fermín y a Michel les pareció que no demostraban más que una hinchazón y una soberbia un tanto ridícula.

—Mucho militar hay aquí —dijo Acha—. Sin duda el Gobierno no fía ya más que en ellos.

—¡Ca! El Gobierno no cuenta con ellos —replicó el médico—. Muchos de estos militares están vigilados por la Guardia Civil.

Mientras charlaban, se presentó un oficial defensor de algún procesado. Se mostró quejoso con el periodista. En el periódico donde escribía este daban cuenta tan brevemente de su discurso de defensa que lo dejaban reducido a nada.

—¡Qué fuerza la de la prensa! —exclamó Acha—. Tiene la base más sólida que puede tener algo humano: la vanidad.

—Es cierto —dijo Miguel.

A media tarde cesó de llover, y Vidart, Acha y el médico viejo salieron del Casino y pasearon un rato. Después comenzó de nuevo la lluvia y se refugiaron en los arcos de la plaza del Mercado.

Dieron varias vueltas por allí, arriba y abajo, mientras caía un chaparrón de agua mezclada con granizo.

En la portada de la catedral esperaba un grupo numeroso de soldados. Estos soldados, con sus capotes amarillos, de color de sayal, y sus boinas, permanecían quietos en medio de la lluvia como un rebaño en el redil. Tenían un aire un poco salvaje al lado, sobre todo, de los carabineros y guardiaciviles, con sus trajes lujosos de gala. No se parecían nada al militar español clásico del siglo diecinueve, con su pantalón rojo, su levita azul y su ros, que recordaba los soldados de plomo, las estampas y las calcomanías. Aquellos soldados nuevos tenían aire de pastores y de guerrilleros.

Pasearon por los arcos de la plaza Michel, Fermín y el médico, en medio del chubasco, a veces interrumpido por la luz de los relámpagos y el estrépito de un trueno.

Los tejados, verdosos, de la catedral se veían entre la cortina de agua. En una confitería de los arcos se exhibían unas cajas de caramelos de la Semana Santa de Sevilla con un cromo de un encapuchado grande en medio de otros dos pequeños. En la torre de la catedral se destacaba un reloj moderno con la esfera pintada de blanco y un anuncio con la figura de una monja y un letrero prosaico: «Parche Sor Victoria».

Anita, mientras tanto, seguía trabajando en su pintura. Desde el balcón vio un grupo de seminaristas que se acercaban a la Ciudadela. Eran unos altos, desgarrados,

con aire antiguo; llevaban tricornio con borla azul y una banda con el extremo colgante del mismo color en la cintura. Otros pequeños, aún niños, resultaban muy cómicos con su traje talar. Anita, al verlos, exclamó: «Les pauvres enfants!».

Maruja, la muchacha de la fonda, que sin duda había sentido simpatía por la señora francesa, entró en su cuarto a preguntar si necesitaba algo.

—¿Qué hay? Pase usted —dijo Anita—. ¿Por qué van los seminaristas a la Ciudadela?

—En la Ciudadela hay una iglesia y la gente anda visitando las estaciones porque es día de Jueves Santo. Mire usted, ahora viene el obispo.

El obispo salía de la Ciudadela a pie; llevaba un magnífico traje de color morado, las mangas bordadas, sombrero con cordón amarillo y bastón de borlas en la mano. Era grueso y sonrosado. Iba con sus zapatos de hebilla por el barro, esquivando los charcos, y detrás le seguía una comitiva muy nutrida de curas.

—¿Están ustedes contentos con el obispo? —preguntó Anita a la muchacha.

—Sí; mosén Juan es bueno, y pidió el indulto de Galán y de García Hernández; pero es también un poco severo.

—No puede ser de otra manera un obispo —dijo Anita—. ¿Por qué cree usted que es severo?

—Aquí había un baile, adonde iban las muchachas y los jóvenes, que llamaban el Fado. El obispo dijo que este baile era muy malo, muy pecaminoso para el pueblo y que había que cerrarlo.

—Quizá tuviera razón.

—No sé; yo creo que no.

—¿Y por qué cree usted eso?

—En las casas ricas de las ciudades hay bailes; también hay bailes en el Palacio Real en Madrid, y los obispos no dicen nada contra ellos. ¿Por qué los pobres no los han de tener?

—Maruja, es usted una revolucionaria —dijo Anita.

La francesa estuvo un rato entretenida con la charla de la muchacha. Para cenar se reunieron de nuevo Anita, Michel y Fermín, y Anita indicó que si hacía buen tiempo al día siguiente saldría a la calle para ver el pueblo.

Fermín y Miguel fueron un rato al Casino y oyeron las conversaciones de los unos y de los otros. Al salir del Casino vagaron un poco.

—A mí me gusta mucho en estos pueblos que no conozco vagabundear de noche —dijo Fermín—. Ver el aire que tienen las casas, el interior de los cafés y de las tabernas y leer los rótulos de las tiendas.

El pueblo se acababa pronto. En la calle del Obispo, desierta, vieron dos letreros: «Los mejores melones se venden aquí». El otro decía: «El Paraíso, funeraria de Cajal».

—Ahí tiene usted dos rótulos para su colección —dijo Michel.

Al salir a los arcos de la plaza había dos guardiaciviles, con sus fusiles, siniestros,

sombríos, como en acecho. El gran arco de la catedral se destacaba negro en la pared blanca.

Salieron a las afueras. Brillaba la luna en el cielo. Se veía el fuerte del Rapitan sobre un cerro gris con tres o cuatro luces, detrás el Pico de la Collarada mostraba a la luz de la luna la pureza fría de su lomo nevado. La luz eléctrica, sobre las casas del pueblo, alumbraba con gran intensidad. Algún callejón negruzco aparecía en sombra interceptado por un carro y muchos camiones abandonados en los alrededores del pueblo.

AL DÍA SIGUIENTE, con una mañana clara de cielo azul y sol esplendoroso, Fermín Acha se levantó temprano, paseó por los pasillos de la fonda y luego salió a la calle. Cuando se reunió a desayunar con Anita y con Michel dijo con ironía:

—La verdad es que hablarle de la patria y del honor militar a un muchacho y tenerle cepillando botas en el pasillo de un hotel es una perfecta ridiculez. En un cuartel en que he entrado esta mañana he visto un letrado que dice: «En el cuartel, el soldado encontrará algo de lo que ha dejado en el hogar».

—¿Y esto le ha chocado a usted tanto? —preguntó Michel.

—Eso no lo puede pensar más que alguien que haya tenido como hogar el presidio.

—No, no, usted exagera —repuso Michel, que, como soldado francés, tenía cierto sentimiento militarista.

—En otro cuartel he visto un letrado que dice: «Aquí no hay que esperar nada del favor ni temer de la injusticia». Esto me ha parecido una broma o un rótulo que solo podría estar legitimado en una isla desierta.

Acha insistía en afirmar que dedicar a pobres campesinos a trabajos viles y a servir a unos burócratas ridículos y petulantes era algo muy antipático.

—Todos estos militares, hablando con voz fuerte, como si estuvieran en el cuartel, me cargan. Este ir y venir de los burócratas de uniforme para nada, de esta gente que ni siquiera tiene un espíritu autoritario y de represión fuerte, sino que no hace más que defender su destino, me parece muy desagradable. Respecto al entusiasmo de los soldados por el ejército he visto escrito en la pared del patio de la Ciudadela este letrado, con una ortografía pintoresca: «El ijo de la seña Ustaquia cumplió y lleno de contento».

Después de tomar el desayuno salieron los tres a la calle, y Miguel y Fermín sirvieron de cicerones a Anita.

Anita vio la catedral. Al salir de ella se encontraron con el médico viejo, que se les reunió. Anita hubiera querido visitar el convento de las Benedictinas, convento de piedra, con unas ventanas pequeñas de aire triste y ruinoso. Por lo que dijo el médico, no lo habitaban ya más que seis o siete monjas, y estas de una manera pobre y miserable. No permitían la entrada para no dar el espectáculo de su pobreza. Años antes tenían una escuela para los chicos del pueblo, pero la habían cerrado. Se decía que en el convento había, o por lo menos había habido, un gran cuadro de Ribera.

Fueron con el médico viejo a dar la vuelta a la ciudad. El médico les habló del fuerte del Rapitan y del pico de la Collarada, que se mostraba brillante de blancura al sol.

—Le llaman también la Peña Colorada —dijo el médico—. Hay en esa peña,

según se asegura, una gran cueva, en donde parece que se refugian los osos, y los cazadores audaces tienen en ella un gran sitio de lucimiento.

Después marcharon al parque del pueblo, contemplaron la Peña de Oruel, aislada, con la silueta de una esfinge en reposo. En este monte, según dijo el médico, se aseguraba, por tradición, que se encontraba oro y se habían denunciado hacía tiempo varias minas de este metal.

Michel aseguró que debía de ser un monte de piedra arenisca, de formación eocena, y Fermín encontró que su nombre tenía, indudablemente, relación con la idea de que había en sus entrañas oro.

El médico dijo que la peña no era accesible más que por un lado; por los otros tenía paredes cortadas a pico. El monte presentaba vertientes desnudas y otras cubiertas de pinos, abetos y hayas.

—Uno de los eruditos de aquí —afirmó el médico— supone que uno de estos montes próximos a San Juan de la Peña, el Montsalvador, es el Montsalvato de *Parsifal*.

—Yo creo que ese Montsalvato es un monte inventado —dijo Fermín—. No hay en la leyenda ningún dato geográfico ni aproximado ni exacto para poder fijarlo aquí o allí.

—Seguramente.

El médico viejo mostró las cumbres de los otros montes; dijo sus nombres, y luego indicó la canal de Berdún, ancha depresión por la que corre el río Aragón, de Oriente a Poniente, entre Jaca, Liédena y Sangüesa.

Se acercaron al cuartel de la Victoria, donde comenzó el acto revolucionario de Galán, y de aquí marcharon a la Ciudadela. La Ciudadela tenía un patio grande; en las ventanas bajas aparecían algunos presos del movimiento de diciembre. En el patio se veían cañones antiguos, obuses de treinta o cuarenta años, de marca Krupp, dos todavía útiles sobre cureñas muy altas.

—Es curioso cómo puede interesar un pequeño complot revolucionario, como el de aquí y el de Vera, a un hombre que ha presenciado la catástrofe de la guerra europea —dijo Acha.

—Pues me interesa —repuso Michel.

—La razón es seguramente de que al hombre se le ve más de cerca en estos acontecimientos de poca extensión que en esos otros grandes como la guerra europea.

—¿Han tomado ustedes ya todos los datos? —preguntó Anita.

—Sí, los principales. Vamos a reconstituir los acontecimientos y las escenas a estilo de juez de instrucción —dijo Acha—. Haré un resumen. El movimiento se prepara aquí. Este cuarto donde yo estoy, el número 18, es el que ocupaba el capitán Galán. Galán es un hombre exaltado, de energía, las ideas le embriagan. Probablemente, conoce tarde las teorías socialista y comunista, que le entusiasman como si las hubiera descubierto. Seguramente, no ve que son teorías, no realidades. Luego, en estos doctrinarios hay siempre contradicciones. No quieren matar y al último amenazan con la muerte; defienden el materialismo y son idealistas. Galán, con este doctrinarismo exaltado y unilateral, tiene condiciones de sugestión. No se confía a nadie que rechace sus proyectos. A toda persona a quien habla le convence.

El tipo, aquí lo tienen ustedes en esta fotografía. Hombre robusto, de buen color, cara cuadrada, pómulos salientes, el ojo izquierdo con el párpado caído, lo que llaman los médicos ptosis. Por cierto que este es un síntoma que se encuentra con frecuencia en los exaltados y en los locos. Galán podía haber sido un convencional de la Revolución francesa. García Hernández es un sugestionado por su amigo, más sentimental, más inquieto, menos fuerte y sin la tendencia doctrinaria de su compañero.

Galán era indudablemente hombre de gran prestancia; su paso por las cárceles, en donde estuvo preso por motivos políticos, le dieron ese carácter especial de los exaltados y de los fanáticos, carácter en que se mezcla el arrebatado fogoso y la circunspección. La soledad de la cárcel le hizo solitario y reconcentrado. A pesar de que hablaba de una manera prudente, la fogosidad se transparentaba en sus palabras. Los que le oían, ninguno gente de gran cultura ni de grandes conocimientos, a las pocas conversaciones le tenían por un oráculo. Las mujeres que se encontraban a su paso pretendían sacarle de su reserva. Esta vida interior en un hombre joven, a la mayoría de las mujeres les parece siempre algo antinatural.

Galán, más convencido cada vez de su misión, quería ilustrarse, cargarse de cultura, para poder representar el papel que pensaba, que pronto había de hacer en España con el máximo de seguridad y acierto.

Galán prepara el movimiento. Va conquistando a casi todos los oficiales jóvenes

de la guarnición de Jaca. Se llaman entre ellos y los llaman los Comuneros. Los jefes, naturalmente, no se enteran. Un día antes, el teniente coronel de La Palma se jacta de tener a la oficialidad en un puño, y poco después se sorprende al encontrarse con la sublevación.

Preparado el movimiento, llegan unos ateneístas revolucionarios de Madrid. Estos son esos de los que habla la chica del hotel. Entre ellos hay un ingeniero, tres o cuatro médicos y varios estudiantes, la mayoría comunistas. Muchos se esconden en esta misma fonda.

—Marujita, ven con nosotros al monte a patinar —le dicen a esta muchacha que nos sirve la mesa.

—No, no; ¡me daría cada trastazo! —contesta ella.

Uno de los revolucionarios, paisano, de los más exaltados, pedía que le calentaran los platos para comer.

—¡Ah, es muy *chic*! —dijo Anita.

—La noche anterior al movimiento, militares y paisanos se reúnen en este hotel para terminar los últimos preparativos. Uno de ellos corta el teléfono y se lleva el aparato.

El Comité revolucionario de Madrid, del que depende el movimiento general, acuerda aplazar el día de la revolución y manda un delegado a Jaca con el objeto de suspender la sublevación. El delegado pierde dos horas cenando en un hotel de Huesca, llega a Jaca, pregunta por el capitán Galán aquí y le dicen que no está en el hotel. Son las dos de la mañana. En el Hotel Mur no hay hospedaje. Encuentra otra fonda, el Hotel de la Paz; el hombre se va a dormir y al día siguiente se despierta con los tiros y sabe que Galán se ha sublevado ya. El buen señor no quiere hacerse solidario del movimiento, porque se ha adelantado la hora. Ante todo, la formalidad.

A las cinco de la mañana el capitán Galán se acerca con otros tres oficiales al cuartel de la Victoria y dice al centinela; «Ábreme. Soy el capitán Galán».

Les abren, entran, detienen al oficial de guardia, reúnen a los soldados en el gran patio del cuartel y el capitán les arenga, les llama hijos míos, hermanos. Los soldados se entusiasman y gritan: «¡Viva la República! ¡Viva el capitán Galán!». Los lugartenientes del jefe se encargan de dominar el resto de la guarnición de Jaca; un capitán entra con treinta hombre en la Ciudadela y detiene al gobernador pistola en mano. Los soldados se unen al movimiento. Después prenden al coronel de La Palma, el que aseguraba días antes que tenía a su batallón en un puño. A los jefes los van llevando presos al Ayuntamiento.

Son las siete y media. Toda la guarnición de Jaca se ha sublevado: hay ochocientos o novecientos soldados, treinta oficiales y unos doscientos paisanos, que se van armando y uniformando.

Aquí empiezan ya las faltas de táctica. Galán envía a un sargento a que corte las comunicaciones telegráficas y telefónicas con la Península y vaya después al cuartel de la Guardia Civil a desarmar a esta fuerza. El sargento rebelde encargado de la

comisión es un hombre bajito, rechoncho, decidido. Sale con un pelotón, corta el telégrafo y el teléfono, pero se olvida de un hilo que va a una electra y que de aquí puede comunicar con Zaragoza y Huesca. Luego, se acerca al cuartel de la Guardia Civil, que se halla en una plazoleta, detrás de la catedral. Entra en el cuartel y el centinela le dice: «Aquí no hay fuerza; el armamento está guardado».

El sargento rebelde se retira, y al marcharse con su pelotón desde una ventana del cuartel le hacen varios disparos. El sargento y sus hombres corren por la callejuela hasta la plaza y se colocan en los arcos protegidos por las columnas en observación de la casa-cuartel.

Al jefe de la guardia civil, sargento también, buen mozo y hombre decidido, de arrestos, se le ocurre una estratagema al saber los sucesos del pueblo. Telefonea a Galán para que vaya a hablar con él, y con este pretexto quiere prenderlo; pero Galán no va.

Entonces el sargento pretende hacer una hombrada. Pone a dos números en el balcón del cuartel, agazapados, con su máuser, y él, seguido de otro soldado, sale a la calle. La casa-cuartel, como les he dicho a ustedes, se encuentra en una plazoleta de detrás de la catedral. Esta plaza, llamada de la Estrella, comunica por una calleja con la plaza del Mercado. El sargento, armado con el máuser, sale a la plaza de la Estrella y va avanzando por la callejuela, disparando contra los rebeldes, parapetándose en los entrantes y salientes del muro de la catedral. A la terminación de la callejuela hay abandonado un carro. Los guardiaciviles y los soldados se tirotean durante algún tiempo. Los rebeldes disparan guarecidos en las columnas. Según me cuenta un testigo presencial, el sargento de los guardias calculaba los tiros que salían por el lado derecho de las columnas y avanzaba guareciéndose en las paredes, pero había un zurdo que disparaba por el lado izquierdo y este le mete una bala al sargento por encima de las cejas y lo deja muerto en el acto. El otro guardia civil se retira y cierran la casa.

Poco después ocurría algo parecido en otro lugar del pueblo. El cuartel de Carabineros está en un extremo de la calle Mayor, en la plazuela de las Monjas, enfrente del convento de las Benedictinas. Un oficial o suboficial de Carabineros, al saber los sucesos ocurridos por la mañana, manda a un cabo y a dos soldados con sus fusiles a avisar al capitán. Salen los carabineros, suben por la calle Mayor y, al pasar cerca del Ayuntamiento, un grupo de militares y de paisanos sublevados les manda detenerse y les intima a que entreguen las armas. Los carabineros se oponen, los soldados corren tras ellos. Al llegar a la esquina de la calle del Obispo, carabineros, soldados y paisanos comienzan a tirotearse, y entre el Banco Zaragozano y un bazar de Sánchez Cruzat caen muertos los dos carabineros. A punto fijo no se ha sabido quién los mató. Unos dicen que los paisanos, otros que un grupo de soldados emboscados en la esquina de la calle del Obispo y dirigidos por el mismo sargento rebelde, rechoncho y pequeño que atacó el cuartel de la Guardia Civil. Algunos han asegurado que se disparaban muchos tiros desde el balcón del Ayuntamiento.

Los muertos estuvieron en la calle largo tiempo; cuando se los llevaron dejaron grandes charcos de sangre, y el mismo sargento rebelde que figuró en los dos encuentros pidió a una mujer un cubo de agua para quitar las manchas del suelo.

Indudablemente fue una estupidez del oficial o suboficial de Carabineros el mandar aquellos soldados armados con fusiles, solos por en medio de la multitud ya sublevada.

Mientras tanto, en la casa del Ayuntamiento se reunían los exaltados del ejército y del pueblo y al mismo tiempo quedaban presos y encerrados los jefes.

Se hizo después una gran manifestación de militares y de paisanos, que llegó al Ayuntamiento. Se proclamó la República, y un relojero leyó un bando de Galán, en el cual conminaba con la pena de muerte a todo el que se opusiera de palabra o de obra a la República.

Alguna gente creía de buena fe que al momento de proclamar la República vendría el saqueo.

Al parecer, Galán se encontraba muy desalentado. Los tres muertos de por la mañana desesperaban a este hombre que amenazaba con la pena de muerte a todo el que se opusiera a la implantación del nuevo régimen.

Durante la mañana se hizo la requisita de los automóviles del pueblo; se reunieron cerca de cincuenta; se llevaron al cuartel de la Victoria; se cargaron con ametralladoras, fusiles y cañones y la columna salió lentamente camino de Huesca. Otra salió poco antes en tren. Esto es, en resumen, lo que ha ocurrido en Jaca.

—¿Y después? —preguntó Miguel.

—Después esa columna va a Ayerbe, adonde llega de noche, pasa unas horas en este pueblo, sigue adelante camino de Alerre y al amanecer, a dos o tres kilómetros de Huesca, en un pequeño poblado que se llama Cillas, donde hay un santuario con una Virgen del siglo trece, la tropa fiel a la Monarquía los detiene; comienzan a sonar las ametralladoras y los sublevados se dispersan.

—¿Así que un fracaso completo?

—Rápido, inmediato. Las fuerzas del capitán Galán se desmoralizan cuando la artillería que venía de Huesca, la misma comprometida con él para unirse al movimiento, empieza a disparar.

—¿Y no pasó más? —preguntó Michel.

—Nada más.

—Lo de Vera me parece más interesante.

—Hombre, claro. Es natural. Aquello estuvo hecho por paisanos y por anarquistas; esto, por militares y por republicanos. El anarquismo es algo absurdo y patológico, pero es literario, pintoresco, gracioso, dentro de su barbarie; en cambio, el republicanismo y el republicanismo militar es algo muy manoseado, muy burgués, muy pobre. Un pronunciamiento es naturalmente una cosa cuartelera.

—¿Usted siempre antimilitarista?

—Siempre. Ahora, si ustedes quieren, comprobaremos los sucesos. El sereno es el

que me ha explicado cómo se verificó el encuentro cerca de la plaza del Mercado. Él no lo vio porque se retira a las cinco y el hecho pasó a las seis y media o siete, a la hora en que su mujer, que está de asistenta, iba a trabajar a una casa. He ido a ver a la mujer del sereno. Esta me ha dicho que parapetados en los arcos de la plaza no había más que siete u ocho soldados. El sargento y dos o tres cabos estaban en un extremo de los soportales, pero no enfrente de la callejuela donde se verificó el encuentro.

Fermín y Miguel hicieron el simulacro del ataque. Fermín fue por la callejuela adelante hasta la plaza de la Estrella y luego volvió hacia los arcos del Mercado, acogiéndose a los entrantes y salientes de los muros de piedra de la catedral. La lucha entre guardiaciviles y soldados duraría pocos minutos. El sargento y el otro guardia avanzaban con precaución, se acogían a las esquinas y ponían para asegurar la puntería la rodilla en tierra. Los soldados de Galicia disparaban resguardados por las columnas, y no tenían gran puntería. El sargento y los guardiaciviles lograron herir a tres soldados. Las columnas de los soportales y las paredes de los arcos están llenas de huellas de bala, de lo que llaman ahora impactos, a una altura de un metro o metro y medio sobre el suelo. En cambio, las impacciones en la pared de la iglesia son todas muy altas. El sargento muerto tenía una herida que la atravesaba el cráneo y le entraba por encima del ojo.

Michel y Anita se dieron muy bien cuenta de cómo había sido el encuentro. Después estuvieron en la calle Mayor, donde murieron los carabineros. En los dos sitios había figurado el sargento pequeño, rubio y ancho de espaldas, que para Anita tomaba unas proporciones un tanto siniestras.

Volvieron al hotel a media tarde, cuando ya estaba oscureciendo. Al entrar Anita en su cuarto, al cerrar el balcón, se veía la Ciudadela negra, con una lámpara eléctrica sobre el arco de la entrada, y el camino con tres luces en la muralla.

FERMÍN ACHA recogió algunas anécdotas de lo ocurrido en las horas de sublevación de Jaca. Se celebró una manifestación de entusiasmo en el pueblo, en la cual colaboraron militares y paisanos. Leyó el relojero el bando del capitán Galán, entre el estrépito de tambores y cornetas y la bandera de la República ondeó triunfante por las calles. El portaestandarte era un sastre que se hallaba acostumbrado a manejar el pendón en las procesiones. Era de la cofradía del Perpetuo Socorro. Uno de los paisanos contó:

—A mí me llevaron al cuartel y me dieron un máuser, lo cogí con recelo y me dispuse a marcharme a casa. Entonces un ateneísta madrileño, grueso, pálido y con una pelambarrera negra, me gritó violentamente:

—¿Para qué le han dado a usted un fusil?

—No lo sé.

—Se lo han dado para defender a la República.

—Yo no sé dónde está la República —contestó él.

Este mismo joven desgreñado y de lentes echaba discursos en las calles, llamando a la gente del pueblo: «compañeros, camaradas». Debía ser hombre valiente y pintoresco, porque dijeron después que cuando se verificaba el encuentro en Cillas pretendió hacer una película, impresionándola con una máquina pequeña que llevaba. Paisanos y militares anduvieron la mañana de la revolución por el pueblo con el fusil y la pistola en la mano, muchos sin saber lo que hacer con las armas. Unos dijeron que debían ir al palacio del obispo, sacarlo de casa y pasearlo por las calles, no se sabe con qué objeto. Los frailes recorrieron las calles de Jaca el día de la revuelta y nadie se metió con ellos. Otro detalle curioso que se cuenta es el de los seminaristas. Se encontraban los oficiales revolucionarios en el cuarto de banderas organizando la expedición a Huesca cuando se presentó en el cuartel un grupo de seminaristas. Querían ver a Galán; pasaron y le dijeron: «Sabemos que se ha proclamado la República y queremos fusiles y un puesto para combatir».

Galán intentó disuadirlos; pero los seminaristas advirtieron que si había lucha se batirían en las calles, y lo hubieran hecho tan bien o mejor que los soldados, porque siempre la Iglesia en España ha dado magníficos guerrilleros.

En la oficina de Teléfonos se presentó uno de los enviados de Madrid. Había en el despacho la telefonista, otras dos señoras y un niño. El señor de Madrid entró con una pistola en la mano e indicó que tenía que llevarse el aparato. Cortó el cordón y retiró el auricular. La telefonista me ha dicho que comprendió que aquel señor no era militar porque manejaba muy mal la pistola. La telefonista le invitó a sentarse; hablaron, y el señor de Madrid le dijo que era ingeniero, estaba casado y tenía cuatro hijos. En esto vino el joven de los anteojos desmelenado que peroraba en las calles,

también con su pistola. Se quitó el impermeable; lo llevaba chorreando, y al encontrarse con que el jersey de debajo estaba también mojado, se volvió a poner el impermeable. De este detalle la telefonista sacó la consecuencia de que aquellos hombres no tenían ningún sentido práctico. Según me dijo, iban los dos vestidos medio de paisanos, medio de militares y llevaban cinturones con el número 19 del Regimiento de Galicia.

—¿Está ya eso? —preguntó el desmelenado.

—Sí, contestó el ingeniero.

El joven greñado se marchó y el otro se quedó allí un momento, y dijo a la telefonista y a la familia que no tuvieran miedo.

En la marcha hacia Cillas hubo algunos incidentes cómicos. Unos gitanos vieron a los paisanos armados, y les preguntaron:

—¿Adónde vais?

—Vamos a matar *ceviles*.

—Iremos con vosotros.

Los gitanos llegaron a Cillas y a las primeras descargas echaron a correr.

Otro de Ayerbe me ha contado:

—Estábamos en una casa que daba a la carretera. Hicimos muchos *bujeros* en la tapia del corral y por uno mirábamos con un catalejo para ver si venían los *ceviles*.

—Y si hubieran venido, ¿qué hubierais hecho?

—Cargármolos.

Por la tarde, Acha tenía el propósito de ir a la cárcel, porque quería ver si los presos sabían algo de los soldados vascos.

Cuando volvió al hotel, Anita preguntó a Fermín:

—¿Ha estado usted en la cárcel?

—Sí; fui allá, salió un soldado con cara de tonto, y le expliqué que quería entrar. Avise usted al carcelero, le dije. Me da este el permiso para entrar y subo una escalera hasta un descansillo. Saludo a los presos. Aquello me pareció sucio, mugriento y mal ventilado. Me dicen que parte de los presos había ido a declarar al cuartel. Me pasan a otra habitación. Esta habitación tenía tres camas, que apenas cabían en ella, y una luz eléctrica en el techo. Había un jergón de muelle sin cubierta arrimado a la pared. Había en el cuarto tres presos; tenían aire bonachón y tranquilo. El tipo menos revolucionario que se pueda imaginar. Uno, sentado en su cama, discurría sobre el final que les esperaba. No tenían datos especiales acerca de nuestros vascos. Me despedí de los tres, y al bajar la escalera el soldado de guardia, que me pareció que tenía más cara de tonto que al entrar, me dijo: «¿Tiene usted tarjeta?, porque si no no se puede salir».

»El soldado se apretaba a la puertecilla, y así estuvo dos o tres minutos, sin dejarme pasar.

—¡Qué apuro! —dijo Anita.

—Al oír mis reclamaciones, apareció el carcelero y mandó abrir. El carcelero me

ha acompañado y me ha llevado a la redacción de un periódico radical, en donde él trabaja. La redacción de este periódico es un cuartucho de pueblo, pintado de color de rosa con una mesa de pino blanca y sin un mueble. Allí estaban haciendo paquetes del periódico radical, y el oficial de la cárcel era el que trabajaba con más entusiasmo.

—Estas cosas no se ven más que en España —dijo Michel.

—¿Y quiénes eran esos presos? —preguntó Anita.

—Gentes de aquí; buenos burgueses, tranquilos, y algunos jóvenes ateneístas madrileños. Estaba también la novia de unos de los presos, abogada, que parece que quiere defender en el juicio a su prometido.

Era hora de cenar y pasaron Anita, Michel y Fermín al comedor del hotel. Había allí aquella noche un grupo de abogados y otro de médicos de la provincia, uno de ellos, joven, completamente rojo. Fermín, que decía que era aficionado a la antropología barata, se fijó en el mozo aquel.

—¿De dónde procede este tipo rojo de Aragón y de Cataluña? —dijo—. No parece producto germánico, sino más bien eslavo. En Aragón y en Cataluña debe haber bastante tipo árabe y judío mezclado con este rojo.

—¿Usted cree que este tipo rojo será algo exótico? —preguntó Miguel.

—Lo sospecho; pero no lo afirmaré. Supongo que es exótico. Al hombre rojo, que aquí llaman el *royo*, se le considera sospechoso, como de mala intención. Podría ser esto un carácter que marcara el exotismo del tipo, la antipatía ancestral por el extranjero. En Valencia pasa lo mismo; al *roig* se le considera como un hombre de poco fiar.

—Pero yo creo que en Francia ocurre también lo propio —observó Miguel.

—Sí; yo he oído decir —añadió Anita—:

*Barbe rousse et noirs cheveux
ne t'y fie pas, si tu veux.*

—Esto puede referirse más a la desarmonía del color que al color mismo —repuso Fermín—. Para Lavater, los cabellos rojos caracterizan un hombre o soberanamente bueno o definitivamente malo; para él, el contraste entre el color del pelo y el de las cejas debe inspirar desconfianza. En definitiva, el pelo rojo parece, para la mayoría, mala señal. Por eso yo creo en el exotismo del tipo.

—Con el argumento de usted habría que creer que toda la población primitiva de Europa era morena y que consideraba al rubio y al rojo como gente forastera.

—Y puede ser así.

—No cabe duda que puede serlo. Ahora que lo sea ya es distinto.

—La preocupación es muy general —dijo Anita—. Entre los vascos existe y se dice: *Bizar gorri bide horri* ('del barba roja, escápate').

—Los pintores antiguos pintaban a Judas con el pelo rojo, y Shakespeare llama a este color del cabello falso y engañoso, y añade que el color castaño es el mejor para el pelo —concluyó diciendo Fermín.

—Es una opinión de inglés —replicó Anita.

ANITA NO ESTABA CONTENTA con su acuarela, deseaba dejarla y empezar otra cosa.

Michel convidó a comer al médico viejo, y estuvieron hablando de estrategia.

—Poco sentido estratégico tenían estos militares que intentaron la revolución —dijo el médico—. La empresa estaba dirigida por jóvenes exaltados sin condiciones militares.

—Todos estos movimientos revolucionarios —observó Fermín— dirigidos por Madrid han sido débiles y mediocres. Barcelona ha tenido siempre más exaltación y más fibra en sus conspiraciones.

—Sí, es cierto —dijo el médico—; pero aquí no se trataba seguramente de una revolución popular, sino de un movimiento más bien estratégico. Galán temía quedarse en Jaca. Creía que si se les echaba la nieve encima estaban perdidos. Probablemente hubiera pasado lo contrario. Todos estos militares veían, como la mayoría de los españoles actuales, en la revolución, no una obra que hacer, sino una serie de discursos, de abrazos, de manifestaciones y de fotografías. Si en vez de realizar esta marcha desastrosa a Huesca se quedan en Jaca ocupando los puestos y los puntos estratégicos hubiera sido muy difícil el dominarlos.

—¿Cree usted que la posición de Jaca es inexpugnable? —le preguntó Fermín.

—Hombre, inexpugnable, no; pero muy difícil de tomar, sí. Le explicaré a usted la posición de Jaca. Ahí, en el pasillo, tenemos un mapa de la provincia, lo miraremos luego. El río Aragón, por lo menos su afluente principal, nace en la frontera, baja de Norte a Sur, pasa por Canfranc y cuando tropieza con las estribaciones de la Peña de Oruel y la Sierra de San Juan, tuerce de Este a Oeste y forma la canal de Berdún. El río señala los dos caminos importantes para llegar a Jaca: el de Francia, al Norte, y el de Navarra, al Oeste. El camino del Sur sigue el curso del río Gállego desde Anzánigo. El cuarto camino, el del Este, va a buscar Sabiñánigo y Senegüé y luego sube al Norte por el valle de Tena, a Biescas, Panticosa, Sallent y después a Francia. Hasta Sabiñánigo, el camino va paralelo a la línea del tren. Los cuatro caminos son difíciles de expugnar. Entre estas cuatro rutas, los montes están llenos de nieve en invierno. El primer camino, el de Francia, sale al lado del Cerro del Rapitan. Es fácil de defenderlo con este fuerte y disponiendo del tren. El segundo va a Huesca, y se puede defender en los Mallos de Riglos, grandes cerros pelados que habrán ustedes visto en el viaje. El tercero, la carretera de Navarra, por la canal de Berdún, está dominado por la Peña de Oruel. Se defiende por el Monte Pano, la Punta de Cuculo y después desde Atarés y el Puerto de la Botijera. El cuarto, la carretera que va paralela a la línea del tren, hacia Sardás y luego sube al Norte hacia Biescas, se puede defender en el Puerto de Sabiñánigo. Hay también el camino de Ainsa, que es bifurcación del anterior. En realidad, cuatro: Norte, Sur, Este y Oeste.

—Y fuera de los caminos, ¿no podían ser atacados?

—Atacar Jaca por la parte de Panticosa y Sallent, cruzando montes nevados, o por la de Ansó y Hecho, en pleno invierno, es imposible. Aquí un hombre con condiciones militares hubiera podido lucirse. En 1809 los cabecillas Sarasa y Renovales, con sus pequeñas partidas, hicieron frente victoriosamente a más de tres mil franceses en Oruel y en San Juan de la Peña.

—Se ve que Galán no veía la cuestión como guerrillero, sino como político —dijo Acha.

—Tiene usted razón. ¡Lo que hubiera hecho un Mina o un Zumalacárregui con un pueblo así, con sus cañones y sus fuertes, sus ochocientos soldados y sus cuatrocientos o quinientos paisanos en armas!

—¿Tantos?

—Sí; de Ayerbe iban a venir doscientos hombres armados y más gente de otros pueblos inmediatos. Un contrabandista de Canfranc había ido a Francia y contrató doscientos obreros españoles para traerlos a Jaca. Debía de entrar con ellos al día siguiente del movimiento. Cuando fue a enterarse de lo ocurrido y habló con los carabineros, ya fracasada la intentona, estos sospecharon, pero el contrabandista se metió en el túnel internacional y desapareció. Yo creo que si Galán decide quedarse aquí reúne en seguida más de dos mil hombres.

—Estos militares tenían una realidad militar estratégica —dijo Fermín—; pero no les interesaba, no la veían.

—¿Y se lanzaron al albur? —dijo Miguel.

—Se ve que no tenían afición ni a la geografía, ni a la estrategia —agregó el médico—. Si hubieran leído como nosotros historias de la guerra de Napoleón y de la guerra civil, las memorias de Mina y de otros generales, no hubieran obrado así.

—Probablemente a todos ellos les ilusionaba más la utopía política —repuso Michel.

—Sí; esta revolución no parece que haya sido muy bien dirigida —dijo Fermín—. Como en todas las cosas de la política española, lo más terrible ha sido la represión.

—No somos militares en esta época —observó Michel—. La táctica de los guerrilleros ya nadie es capaz de emplearla. Duele derramar sangre.

—Esto lo dice un hombre que ha estado en la Gran Guerra —advirtió Fermín.

—¡Sí; pero entre nosotros, el enemigo estaba tan lejos!

—También hay que reconocer —observó el médico— que la gente del Alto Aragón nunca ha sido tan agresiva en la guerra como los vascos y los navarros. El aragonés de la montaña es más civilizado, y este país, en las dos guerras civiles, se ha mostrado liberal.

—Indudablemente la marcha a Huesca, sin seguridad alguna, era una cosa absurda —dijo Fermín—. El fortificar Jaca y luchar entre Jaca y la frontera de Canfranc debía ser cosa relativamente fácil. Un Zumalacárregui, un Mina, como decía usted, hubieran hecho esto con facilidad, hubieran recorrido los pueblos,

alarmado el país y de no tener éxito entrado en Francia.

—Estos militares decididos de hoy —afirmó el médico— no tenían sentido ninguno de estrategia, no habían pensado la retirada. Cinco oficiales reunidos cerca de la frontera no se lanzaron a buscarla, se entregaron con un aire hidalguesco.

—¿Lo hicieron así? —preguntó Michel.

—Sí. Cuando el general en jefe de las fuerzas adictas al Gobierno estaba en su campamento —contestó el médico— se recibió un aviso de Biscarrués, un pueblo inmediato, por teléfono, en el cual el alcalde comunicaba que se le acababan de presentar dos capitanes y tres oficiales, que se constituían prisioneros. Eran las siete de la noche. Como el alcalde citado no tenía fuerzas, advertía que no podía enviar con escolta a los oficiales entregados. Entonces el general dispuso que saliera un camión y patrullas de caballería para hacerse cargo de ellos.

—¡Qué diferencia de los tipos clásicos de hace cien años, que buscaban la salvación de cualquier manera! —exclamó Acha—. Mina, en 1830, solo, perseguido por perros, enfermo y con las viejas heridas sangrando, tuvo energía para escaparse. Don Diego León, jefe de la aventura romántica de la escalera de Palacio, huye como puede; él no se salva, pero muchos de sus compañeros, disfrazados, logran escapar.

—Parece que hemos perdido el instinto vital.

Después se habló de la represión, del fusilamiento de los dos oficiales.

—¿Cómo se les condenó? —preguntó Miguel—. Yo no estoy enterado.

—Por la noche, como le he dicho a usted, Galán y García Hernández se entregaban, y al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, los fusilaban a los dos en un polvorín de Fornillos, una aldea próxima a Huesca. Los dos capitanes se mostraron valientes. Parece que algunos soldados dispararon por encima de Galán, y tuvieron que darle dos tiros de gracia.

—Y el rey, ¿qué actitud tomó?

—Una actitud estúpida —contestó Fermín—. El rey quería ante todo fusilar a los dos jefes principales: Galán y García Hernández. El presidente, Berenguer, que no debe ser sanguinario, conocía a Galán y hubiera preferido salvarle. Cuando se supo que el Consejo sumarísimo había condenado a muerte a los dos capitanes se discutió la cuestión del indulto. El ministro de Fomento, el de Estado y el de Trabajo parece que hablaron de la conveniencia de suavizar la pena, dada la situación difícil del país. Entonces el ministro de Economía, un ateneísta, defendió con tesón la idea de que la sentencia debía ser aprobada por el Gobierno. En aquel momento el rey telefoneó preguntando cuál había sido la sentencia. El ateneísta le explicó que había ministros partidarios del indulto, y el rey contestó diciendo que su voluntad era que se condenara a muerte a los dos capitanes inmediatamente. Parece que alguien advirtió al rey que no había costumbre en el ejército español de fusilar los días de fiesta religiosa; pero Alfonso no hizo caso.

—Tan decidido estaba al fusilamiento —indicó el médico— que antes de conocerse la sentencia estaban hechas las cajas de muerto para los dos capitanes.

—El fusilamiento de los dos capitanes —siguió diciendo Fermín— fue una crueldad y una torpeza; pero no tuvo el carácter de intriga y de cosa sucia de la ejecución de los de Vera. Del fusilamiento de los dos capitanes se podría decir lo que dijo Talleyrand del fusilamiento del duque de Enghien: «Es más que un crimen; es una falta». Si uno puede alegrarse de morir, este pobre Galán debía alegrarse de su muerte. Si viviera y viniese la República probablemente le tratarían mal y tendría disgustos continuos.

—Yo no sé lo que haría en un caso así, de pertenecer a un Consejo de guerra —dijo Michel—; pero creo que en el ejército no se puede suprimir la pena de muerte.

—En usted aparece el soldado francés.

—En el ejército no puede haber otra cosa.

—No lo sé —replicó Fermín—. A mí el matar legalmente, matar con la ley, me parece una cosa repugnante, de judío bíblico. Matar con el Código en la mano se queda para abogados, para jueces, para miserables dominados por la superstición de la ley. En cambio, matar en la lucha me parece bien. Pelear en la calle o en los montes es una cosa alegre. Yo no tendría inconveniente en ametrallar un pueblo en tiempo de guerra.

—¡Bah! —murmuró Michel riendo.

—Sí; el revolucionario no puede asustarse de matar en la lucha, y el que conserva el orden, tampoco; pero matar en el patio de una cárcel es una cosa cobarde y repugnante. Uno de los motivos de antipatía que tengo por nuestro momificado Borbón es que ha dicho que el suplicio del garrote es un suplicio benigno, porque no hace sangre. ¡Qué miserable hipocresía! ¡Qué espíritu de sacristán demuestra esto! Como si al que ejecutan le importara mucho que corriera o que no corriera su sangre. Se ve que nuestro Borbón, además de hipócrita, es un tonto.

—Y AL FIN, ¿ha encontrado usted algunas noticias sobre los vascos y sobre Bautista, el hijo de la Juana Mari? —preguntó Anita.

—Pocas. En el regimiento de Galicia parece que había muchos vizcaínos y guipuzcoanos. Entre los artilleros de la Ciudadela, la mayoría eran vascos y navarros. La batería que estaba en Jaca destacada pertenecía a Pamplona. Todos estos vascos, cosa rara, se mostraban exaltados y partidarios de la revolución. Eran incondicionales de Galán, y Galán los cultivaba. Unos días antes del movimiento el capitán les llamó y les dijo:

»—Hijos míos, ¿queréis la República?

»—Sí, mi capitán —gritaron ellos.

»—Pues estad dispuesto, porque os llamaré y la proclamaremos.

—¿Así que nuestros vascos estaban decididos por la República?

—Eso parece. Hoy he hablado a un sargento paisano que estaba de guardia y me ha dicho, refiriéndose a los vascos que están presos: «Estos son unos tontos. Se han dejado empapelar. A mí no, a mí no me empapela nadie. Soy muy grande yo para que me empapelen». Efectivamente, tenía un gran corpachón.

—Se ve que para los vascos eso de ser un tonto, es decir, un cándido, es lo peor que se puede ser, probablemente porque la mayoría lo son —indicó Miguel.

—Por este sargento he sabido que nuestros paisanos se reunían en una taberna que hay en una callejuela que se llama calle del Ángel. Esta taberna tiene por nombre La Cazoleta. He preguntado aquí y allá y he dado con ella. He entrado. Es una tenducha pintada de azul; tiene por todo ajuar unas mesas, unos bancos y un mostrador cubierto de cinc. Hay en el techo una viga que lo cruza de un extremo a otro. Dos soldados comían un guisote en unos platos soperos, profundos, de loza vidriada con adorno azul. Me senté en una mesa, llamé al tabernero y le pedí una copa, que, naturalmente, no bebí. El hombre de la taberna, a quien quise hacer hablar, un tipo de aldeano taimado, no quería contar nada. La mujer apareció de medio cuerpo en la puerta de la trastienda.

—¿Venían aquí muchos soldados vascos? —le pregunté.

—¿Vascongados? Sí, venían algunos.

—¿Qué hablaban?

—Yo no sé lo que hablaban. Hablaban en su dialecto.

—¿Qué tipos eran?

—Como todo el mundo. Había uno muy alto, casi llegaba a tropezar con esta viga del techo. Todavía queda uno que está en el hospital. Ahora vendrá.

Le esperé, y al cuarto de hora estaba allí, en compañía de otro soldado, de un navarro de Tudela. El vasco del hospital era un guipuzcoano, de familia castellana, y

apenas sabía vascuence. Se sentó en la mesa y le preguntó a un soldado, que era, sin duda, valenciano: «¿Qué hay hoy para *minchar*?».

El otro contestó a su modo. Entonces yo le llamé la atención y me puse a interrogarle. Me dijo que en su regimiento había de todas las provincias: vascos, catalanes, valencianos, manchegos y andaluces.

—Y nuestros paisanos, ¿qué clase de gente eran? —le dije.

—Gente templada. Había chicos de Bilbao, de Valmaseda, de San Sebastián, de Irún, de Oyarzun, de Rentería y de Hernani. Una vez entró el sargento García, que es muy monárquico, aquí, en La Cazoleta y vio el grupo de vascos y de riojanos.

—¿Qué hacéis aquí vosotros? —preguntó.

—Aquí estamos hablando. ¿Es que no podemos estar en este sitio? —dijo un furriel.

—Es que parece que estáis conspirando.

—Sí; vamos a implantar la República y el comunismo un día de estos —replicó un alavés.

—No sabéis lo que decís. Hasta que no habléis en cristiano...

—Nosotros somos poco cristianos —contestó uno de Bilbao.

—¿Así que eran radicales?

—Sí; muy revolucionarios. Todos ellos, el día del movimiento, se quitaron en seguida la corona que llevaban en el cuello del uniforme, encima del número. Al teniente coronel del regimiento de La Palma le consideraban un hombre terrible. Este fue el que dijo que tenía a sus oficiales en un puño. El mismo día de la revolución le despertaron por la mañana en la Ciudadela un capitán y el furriel vasco, se echaron encima de él y lo ataron. Como gritaba, le pusieron una toalla como una mordaza. Después, un alférez y el furriel le llevaron al Ayuntamiento, y el furriel vasco decía: «Ya le hemos *casao* a esta fiera, que *desían* que era tan terrible». Luego, al día siguiente, cuando estuvo en libertad el coronel del regimiento de La Palma, salió del Ayuntamiento a la calle con un palo a disolver los grupos; pero no hizo más que la heroicidad de pegar a algunos viejos reunidos cerca de la puerta.

—¿Usted no se acuerda de un navarro de Vera?

—No. ¿No aparece en las listas de los presos?

—No.

—Alguno, indudablemente, se ha perdido en los montes y quizá cuando se vaya la nieve de los altos se encuentre su cuerpo. Uno de nuestros paisanos recibió una bala, que le atravesó las dos piernas, en el encuentro de Cillas; una pierna se le gangrenó y hubo que cortársela.

Siguiendo la conversación, el tudelano intervino en ella. Me dijo que había conocido a un chico navarro de la montaña, muy aventurero.

—¿Se llamaba Bautista?

—Sí; creo que sí, aunque no estoy seguro. Yo andaba poco con él porque a mí no me interesan las cosas políticas.

—¿Qué clase de tipo era?

—No tenía nada de particular en el tipo. Decía que había que pegar fuego a las iglesias y a los cuarteles y no dejar uno.

—¡Demonio, qué radicalismo!

—Era un punto de café y de bar. Yo no sé de dónde sacaba el dinero. Aquí había algunos que aseguraban que estaba a sueldo de los bolcheviques.

—¡Eso no puede ser! —le dije yo—. Parece una broma.

—Pues eso decían. Había aquí una chica que tenía relaciones con él. A mí no me chocaría que la haya dejado embarazada, porque era un perdido.

—¿Dónde está la chica?

—No sé dónde estará ahora. Estaba sirviendo con un comandante de Artillería.

—¿Así que ese mozo navarro era muy revolucionario?

—Mucho. Cuando supo que Galán y sus amigos iban a sublevarse se presentó a ellos y fue de los que anduvieron recorriendo el pueblo dando gritos de «¡Viva le República!» y de «¡Muera el rey!».

—¿Tomó parte activa en el movimiento?

—Sí; dicen que estuvo en los portales de la plaza, donde mataron al sargento de la Guardia Civil, y aseguraron que le odiaba, porque en su pueblo, en donde estuvo el sargento, le había pegado una vez.

Este detalle hacía pensar que el tudelano se refería, indudablemente, a Bautista.

—Y después, en la revolución, ¿hizo algo ese mozo?

—Sí; se unió con los sublevados. Luego no creo que se haya sabido nada de él; quizá esté en Melilla.

—Hay que encontrar a la novia de Bautista —dijo Anita.

—La buscaremos, y creo que la encontraremos.

Con la ayuda de la chica de la fonda y de dos o tres muchachas dieron con la chica. Esta, completamente suspicaz, no quiso decir nada.

—No somos de la Policía —le dijo varias veces Acha.

—A mí no me importa que lo sean ustedes o no. No tengo nada que temer.

La novia de Bautista era una muchacha morena, flaca, de nariz ganchuda, con el pecho plano y el color pálido. No tenía de atractivo más que los ojos negros, de fogosa expresión.

Fermín quiso convencerla de que podían hacer unidos algunas gestiones para averiguar el paradero de Bautista; pero no la pudo convencer ni consiguió que ella diera ningún dato.

Por la noche, Fermín y el médico viejo volvieron a hablar largamente de la revolución de los militares y de los héroes.

DE VUELTA DE JACA, nuestros viajeros se detuvieron a comer en Calatayud, en la fonda del Muro. Dieron una vuelta por el pueblo, vieron sus torres, la plaza, las portadas de las iglesias, el castillo a lo lejos y las cuevas del camino de la Soledad. Estaban de sobremesa cuando Michel preguntó a Fermín Acha:

—Les oí ayer al médico y a usted hablar del héroe, como si fuera algo claro y definitivo. ¿Qué opinión tiene usted del héroe? ¿Qué es un héroe para usted?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque, como le digo, ayer fantasearon constantemente acerca de los héroes y del heroísmo.

—Es curioso que aquí, en este pueblo, me pregunte usted eso.

—¿Por qué es más curioso en este pueblo que en otro?

—Porque aquí, es decir, en una aldea próxima a este pueblo, nació el jesuita Gracián, uno de los pocos autores que han teorizado sobre los héroes.

—Es una coincidencia curiosa. ¿Y era un escritor inteligente?

—Inteligentísimo. La expresión más completa de la moral jesuítica. Gracián era mucho más maquiavélico que Maquiavelo. Gracián era como el arte barroco en el maquiavelismo. Algo como el paisaje de esta tierra: seco, duro, y, sin embargo, fértil. ¿Y qué me preguntaba usted acerca del héroe?

—Le iba a preguntar: ¿Qué norma puede haber para clasificar a un hombre ilustre entre los héroes?

—Es una cuestión no muy clara. En nuestra época se ha escrito muy poco sobre ciertos puntos que se iniciaron y se trataron en el Renacimiento y siguieron preocupando en los siglos dieciséis y diecisiete. En aquellos tiempos se disertó frecuentemente acerca de las condiciones que caracterizaban a los héroes y a los grandes capitanes. Luego, estos temas se han abandonado.

—Y aquella gente, ¿llegó a aclarar esas cuestiones?

—En parte, sí; pero ya sabe usted que las palabras con el tiempo cambian con frecuencia de sentido, y lo que era exacto para entonces hoy no lo es. En nuestro tiempo, el héroe ha tomado un carácter más biológico que en el Renacimiento; así que las definiciones de entonces no valen. En aquella época el héroe, el gran capitán, se veían como una persona distinguida, un príncipe o un militar famoso por su talento, por su valor y por sus virtudes. Hoy el héroe es más bien un poco energúmeno.

—¿Cree usted?

—Sí; nuestro tiempo, por excesivo racionalismo, llega a ser antirracionalista. Así, el mundo en estos últimos cuarenta años ha discutido con entusiasmo la posibilidad del superhombre de Nietzsche.

—¿Qué quiere usted? Para nosotros, los comerciantes y los hombres de negocios, eso ha pasado inadvertido.

—¿De verdad? ¿No ha llegado a usted esa aria de bravura de la filosofía moderna: el Superhombre?

—No. ¿Qué es eso?

—Pues el Superhombre es como el sueño del héroe perpetuo, el hombre completo, sublimado, duro y con múltiples facetas, como el diamante.

—Una utopía.

—Sí, una utopía adornada con una retórica cálida y sonora.

—¿Y aclara eso algo el concepto del héroe?

—No, no aclara nada. Al revés, lo confunde. Pero un poco de bruma siempre se agradece. Yo le preguntaba a un médico que pretendía ser psicólogo hace años: «¿Qué es lo que caracteriza al héroe?». «Las ideas nada más», contestaba él. Aseveración falsa a todas luces, porque hay héroes de ideas contrarias. El héroe es un producto tanto de la Naturaleza como de la cultura, probablemente más de la Naturaleza que de la cultura, puesto que hay héroes de ideas distintas y contrarias, por ejemplo: Giordano Bruno y San Ignacio de Loyola; en Francia, Marceau y La Rochejaquelein, el uno republicano, el otro realista.

—Y ese Gracián de que hablaba usted, ¿qué consecuencias saca de su estudio sobre el héroe?

—Gracián postula varias condiciones para el héroe. No recordaré todas. Le exige la sutileza de ingenio y la prontitud en el espíritu; considera necesario el corazón, es decir, el valor, el buen gusto, la eminencia en algo, la inclinación por los empleos plausibles, la gracia con las gentes, o sea, la afabilidad, el despejo y el arte de ganarse las simpatías. El concepto del héroe de Gracián no es igual al concepto del héroe moderno.

—¿Un héroe es un mártir o se diferencia de él?

—Se diferencia. El mártir es el que muere por una causa y se sacrifica por ella. El héroe no solo puede no morir, sino que hasta puede sacrificar a los demás. A Napoleón se le tiene por un héroe y también a Nelson.

—¿No será la del héroe una idea literaria?

—Yo creo que no; que es una realidad. El héroe es un tipo que existe en germen en la vida. Es un hombre valiente, arrojado, fanático, que puede ser rudo, poco culto; por ejemplo, en España, El Empecinado, y puede ser sabio y fino, como nuestro paisano Churruca. En el héroe la parte que da la Naturaleza es la esencial.

—¿Y qué da la Naturaleza?

—Yo creo que lo primero, lo más fundamental que da, es la energía en el desear, es decir, la voluntad poderosa. Luego la generosidad y el entusiasmo por las abstracciones. Si no hay voluntad poderosa, yo creo que no puede haber héroe. Al servicio de la voluntad potente, del querer con energía, están subordinadas las facultades del espíritu, la inteligencia, la memoria, la intuición. Esta especie de

servidumbre, de tales facultades intelectuales en beneficio de la voluntad, constituye el monoteísmo, el unilateralismo, el espíritu de sacrificio y, en fin de cuentas, el fanatismo.

—¿Así que el héroe es un fanático?

—Yo así lo creo. Fanático de una idea general patriótica, humanitaria o religiosa. El fanatismo impulsa a no dar importancia a los hechos ni al razonamiento de los demás, a seguir la idea única y propia, que le sale a uno de adentro. El que cree que tiene el monopolio de la verdad y posee una voluntad firme, si se le presenta la ocasión, puede ser un héroe. El crítico y el desmayado de voluntad, por inteligente que sea, no puede ser un héroe nunca.

—¿Entonces para usted el héroe es casi un ser inferior? —dijo Anita.

—No.

—Sí, porque no tiene criterio.

—Pero compensa la falta de criterio con impulsos quizá más raros; por ejemplo, con la intuición.

—¿Así que las condiciones del héroe, según usted, son el valor, el fanatismo y el carácter? —preguntó Miguel.

—Eso es.

—¿Sin valor no hay héroe?

—No.

—¿Sin fanatismo tampoco puede haber héroe?

—Tampoco.

—Y sin carácter, menos.

—Menos.

—El ingenio, ¿usted cree que no es necesario?

—Así lo creo.

—Pero la idea sí.

—Claro que sí.

—Porque un hombre que sacrificara la vida por capricho no sería un héroe.

—Naturalmente que no; el propósito tiene que ser algo alto y socialmente trascendental. El héroe ha de sentir entusiasmo por una abstracción, por una utopía, que al día siguiente puede convertirse en realidad.

—Y al lado del héroe auténtico, ¿no tendríamos al falso héroe de la época?

—Sí lo tenemos. Aquí en España al lado del héroe de este último tiempo, del joven decidido, imprevisor y valiente, que se deja matar con un heroísmo un tanto suicida o expone la vida con una inconsciencia completa, aparece el charlatán, el abogado. Este perora y se hace el loco, el estridente; pero sus peroraciones le sirven en su carrera, los periodistas le jalean. Al hacer más ruido tiene más pleitos.

—¿Usted considera al abogado como un mal producto?

—En general, sí. De estos abogados hay quienes se dedican a los asuntos más turbios, que tocan en el chantaje; pero eso no importa, les salvan unas cuantas frases

oportunas y elocuentes. El público cree en las palabras, los jalea y los alaba.

—Sí, son gentes que conocen la aguja de marear.

—Eso es; tienen muy despierto el instinto social y comprenden lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Qué se puede uno permitir y qué no. Saben lo que queda cubierto, como en el légamo de la vida pública, y lo que se descubre necesariamente con el tiempo.

—Es decir, que estos son los listos.

—Cierto; son los discretos. Claro que un hombre de estos puede llegar a ser un héroe. Lo que no será, seguramente nunca, es un mártir.

—Bueno, vámonos —dijo Anita.

—Vámonos.

Montaron en el auto y se alejaron en dirección a Madrid.

Anita, Michel y Fermín volvieron sin haber obtenido noticias completas del paradero de Bautista. Un mes después, Fermín Acha supo que estaba vivo y que había escrito a su madre, a la Juana Mari, desde un puerto de la Cochinchina. Había marchado andando desde Jaca a Huesca y de aquí, por Lérida, había llegado a Barcelona, en donde pudo tomar un barco, que le llevó a Marsella, y en Marsella entró en un buque francés camino del extremo Oriente.

Itzea, junio 1931.

LIBRO SEGUNDO

EL CONTAGIO

GRANDES CONVERSACIONES tuvieron don Leandro y el doctor Arizmendi sobre los asuntos de actualidad.

Uno de los veranos de la época de la Dictadura el doctor marchó a Madrid a pasar unos días, a visitar a un enfermo y a consultar con otro médico. Le acompañó en el auto don Leandro.

Al día siguiente de llegar avisaron por teléfono a Margot para que fuera a verles. Se presentó Margot muy guapa. La vieja señora a quien cuidaba se encontraba enferma y no había salido aún de Madrid. Margot, ya terminados sus estudios en San Carlos, estaba de ayudante de un cirujano joven. Este cirujano trabajaba en uno de los hospitales y empezaba a tener mucha fama de operador.

Al doctor, Margot le pareció encantadora.

La encontró cambiada de aspecto, y, sobre todo, de expresión. Era más mujer, más refinada, más atractiva quizá para todos, pero no para él, que la recordaba niña e ingenua.

Arizmendi y don Leandro se reunían con Fermín Acha y solían ir por la tarde a la sierra a escaparse del calor de Madrid. Uno de aquellos días avanzaron hasta San Rafael, y a la vuelta se detuvieron a merendar en Guadarrama, en el pueblo, en un restaurante con una plazoleta cuadrada formada por edificios de ladrillo, próxima a la carretera.

Estaban los tres sentados cuando vieron llegar a los miembros del Gobierno de la Dictadura en automóvil.

Estos ministros veraneaban en El Escorial. Eran ocho o diez. Ninguno de muy buen aspecto.

—¡Qué aire tienen! —dijo don Leandro en vascuence.

—Detestable —contestó Arizmendi.

—El principal —añadió Fermín— parece un chulo andaluz ya viejo; los otros podrían ser sus criados. Yo sentiría reparo si tuviera que darles la mano.

—Yo también.

—Me parecen gentes para un patio de presidio o, a lo más, para un cuartel.

Se sentaron los ministros en una mesa próxima.

El dictador hablaba mucho, con una voz ronca y al mismo tiempo atiplada; los otros eran de un aire vulgar y ridículo. Únicamente don Severiano, el general, tenía el tipo de lo que era: de un personaje siniestro.

Uno de la Policía rondaba alrededor de los ministros, probablemente vigilando, y al oír hablar a los dos Achas y a Arizmendi en un idioma desconocido comenzó a pasearse delante de la mesa, arriba y abajo, con aire de suspicacia. Parecía dispuesto a pedirles los documentos, cuando Fermín Acha saludó a un señor sentado a una mesa;

señor muy elegante, con pantalones blancos y gorra de marino.

Era un general del Cuerpo Jurídico Militar, que probablemente no se había embarcado ni en el estanque del Retiro. La gorra de marino no parecía muy justificada tan lejos del mar y en un general de tierra adentro dedicado a estudiar procesos y legajos.

El general se acercó a Fermín y se sentó con él a la mesa. Era hombre conocido. El de la Policía, al verle con aquellos tres señores, se debió tranquilizar y abandonó la vigilancia.

Poco después los ministros se levantaron y se colocaron alrededor del dictador. Este hablaba y se golpeaba la bota con un junquillo. Parecía un señorito andaluz en medio de sus capataces y de sus criados. El general don Severiano, bajo, achaparrado, rojizo, con su aire sombrío, verdaderamente de verdugo, presentaba un exterior poco tranquilizador: tenía la cabeza gruesa, el pelo al rape, los brazos cortos, las manos cuadradas. Torpe en el hablar, con los ojos turbios detrás de los lentes, no prometía nada bueno. Era el *bulldog* de la Monarquía.

—¡Qué mal aspecto tienen todos! —repitió Arizmendi.

—Pasa en todas partes lo mismo —repuso Fermín—. La gente tiene mala facha. Se ve un Ministerio español, francés o italiano actual y parece una reunión de tenderos, comisionistas o maestros de obras. ¿Es que eran los accesorios, las pelucas, las gorgueras, las casacas, los que daban aspecto distinguido a los personajes antiguos, o es que eran, en realidad, diferentes, de más prestancia que los de ahora?

—No lo sabemos.

El dictador fue solicitado por unos jóvenes de la burguesía madrileña que estaban representando una mascarada de una boda. El hombre se acercó al grupo de jóvenes y se le aplaudió fervorosamente.

Después se despidió y los ministros tomaron sus automóviles.

El de la Policía se frotó las manos, y dijo:

—Vamos. Ya se han marchado. Ya hemos salido del compromiso.

Fermín, don Leandro y el general se pusieron a hablar de los ministros.

—¿Qué clase de hombre es este Martínez Anido? —preguntó don Leandro al general—. ¿Usted le conoce?

—Sí.

—¿Es valiente? ¿Es cobarde?

—¡Quién lo sabe! —contestó el general—. Tiene el valor de los verdugos, es frío y al mismo tiempo impulsivo. Parece que el ministerio de la Gobernación, donde ahora vive, está defendido con pasillos estratégicos y rincones, en los que hay algún guardia o algún perro de presa del Sindicato Libre de Barcelona que lleva sobre las espaldas diez o doce asesinatos.

—¿Así que tiene miedo?

—¡Uf! Muchas veces don Severiano manda su automóvil de noche desde el ministerio y luego va él en el sidecar de la motocicleta con la Policía. Cuando le

destituyeron de gobernador de Barcelona anduvo asustado buscando rincones donde esconderse, y se metió en la isla Toralla, de la bahía de Vigo.

—¿Cuenta cosas interesantes en la conversación?

—Sí; a veces el hombre se franquea. Suele con frecuencia hablar mal de su jefe y suele decir: «Este Miguel siempre está cerdeando, es una bailarina, una p...». Según él, los pistoleros de Barcelona empezaron a matar allí por instigación de los fabricantes a quienes engañaban sus mujeres. El afirma que eran venganzas de cornudos. Claro que ya sabe que no es verdad.

El dictador dice de don Severiano que tiene alma de niño. ¡Es notable! Alma de niño un animal de esa especie. Anido es un hombre de carácter desigual y receloso.

—Probablemente un esquizofrénico —dijo el doctor.

—He oído esa palabra; pero no recuerdo lo que significa.

—Esquizofrenia es la personalidad dividida, doble.

—Sí, pues este quizá es un carácter suyo. Don Severiano, el sentimental, con su alma de niño, como dice el dictador, dirigiéndose una vez a uno de los principales agentes de la Policía que había caído muerto y estaba en el depósito de cadáveres de Barcelona, rodeado de treinta sindicalistas muertos, en venganza, le decía: «No te quejarás de las flores con que rodeo tu cadáver».

—La autenticidad de estas cosas tiene que ser un poco sospechosa —dijo Fermín, que era hombre de sentido crítico—. Seguramente esa escena usted no la ha presenciado.

—Cierto; y hasta la frase la he oído también atribuírsela al general Arlegui.

—Díganos usted su opinión personal sobre Anido —indicó don Leandro.

—Yo creo que Anido es un hombre mediocre, que se cree un intelectual —repuso el del Cuerpo Jurídico—. Sabe medianamente el francés, el inglés y el italiano. Cree en su misión. Él es la Providencia, el protector, el salvador de los buenos; lo cierto es que la burguesía de Barcelona le ha adorado. Anido, probablemente, cree, como Primo de Rivera, que los profesores e intelectuales usurpan una posición y un prestigio que no les corresponde. Quiere creer que ellos, los militares, son militares verdaderos: César, Napoleón, Anido, Primo de Rivera. En cambio, los profesores y escritores son falsos, usurpadores.

—Es curioso —dijo Fermín—, porque en la actualidad, en España y fuera de España, los militares no han demostrado ni ser buenos tácticos ni tener gran sentido heroico. Si hay algo poco prestigioso en nuestro país es el ejército y sus generales.

—Dígaselo usted a ellos.

—Se lo diría. Francia y Alemania tienen importantes victorias y derrotas en su historia moderna. Austria e Italia tienen grandes derrotas; nosotros, nada; pequeños fracasos insignificantes coloniales de los que hablamos como de grandes desastres, cosas en el fondo de poca monta.

—Yo no puedo abundar en la opinión de usted —dijo el general—, porque pertenezco al ejército.

—Bien, puede usted no abundar; pero pensar lo mismo que yo —contestó Fermín en broma.

—¿Y usted cree que personalmente Anido era hombre honrado? —preguntó don Leandro.

—Eso es muy difícil saberlo. ¿Sabe usted lo que decía el general Ros de Olano cuando le preguntaban qué había querido decir en su libro oscuro y laberíntico el doctor de Lañuela?

—No.

—Pues decía; «Cuando escribí ese libro solo Dios y yo sabíamos lo que allí se dice. Ahora solo Dios lo sabe». Lo mismo le puedo decir con respecto a Anido. Algunos suponen que fue hombre relativamente pulcro. Otros aseguran que desde el Gobierno de Barcelona no solo se cometieron crímenes, sino que también se hicieron negocios sucios y estafas. Eso solo Dios lo sabe.

—¿Y el general Arlegui? —volvió a preguntar don Leandro.

—El general Arlegui, jefe de la Policía de Barcelona en tiempo de Anido, era también un hombre cruel, bruto y de poco valor. Yo creo que, principalmente, era un pedante.

—Una vez —afirmó don Leandro— le vi a ese general a la puerta de una fonda de Mugaire. En esto estalló un neumático y se levantó asustado y echó mano a la pistola. No sé si este hombre sería navarro o no; el apellido lo es.

—Sí, era navarro, de cerca de Estella. Él afirmaba que era del mismo Arlegui, poblado donde hay una casa solariega de su nombre. Se llamaba Arlegui y Bayonés. ¿Usted hubiera querido que no fuera navarro?

—Sí; lo hubiera regalado a otra región con mucho gusto. Pero, en fin, para nosotros Estella no es país vasco.

—Arlegui era hombre zafio, torpe, endiosado; el sargento de la Guardia Civil llevado a un alto cargo. Hablaba siempre echándose las de bravucón y haciendo referencia a la virilidad de los hombres. En el fondo era un gallina; pusilánime y cobarde. Don Severiano es algo más interesante. Arlegui era un hombre sombrío, asustadizo, neurasténico, enfermo del estómago, del corazón y de los nervios. Anido, no. Este gallego es como un animal de una fauna extraña. Anido se duerme en los banquetes. Yo he estado a su lado en varios de estos. Entre sueño y sueño habla de todo y da sus opiniones, que la mayoría de las veces son disparatadas, perfectas majaderías. Una vez le oímos que explicaba a unos médicos que el tifus provenía del estreñimiento y de comer alimentos astringentes; otra vez nos contó cómo se había aprovechado de la organización de los Sindicatos Libres para su política. Por lo que dijo, el plan se lo dio un barbero pederasta de Barcelona. El hombre después nos explicó cómo se inventaban falsos complots para destrozar a los sindicalistas y anarquistas; cómo utilizó los agentes provocadores; ordenó la ley de fugas y reglamentó que por cada sindicalista suyo que cayera fuesen muertos seis de los otros. Cuando se asesinaba a los sindicalistas, como muchas veces se oían desde el

Gobierno civil los tiros en el paseo de Colón y de Isabel II, cerca de la Jefatura de Policía, don Severiano, con su alma de niño, tocaba la pianola para no oír los tiros.

—¿Usted ha hablado con él?

—Sí.

—¿Dónde le solía usted ver?

—Martínez Anido y Primo de Rivera, cuando estaban en Barcelona, solían ir a comer con frecuencia al Círculo del Liceo y a una sociedad que se llamaba La Colombófila, donde iban algunos patronos barceloneses y los admiradores que tenían los dos matamoros en la ciudad. Cuando la expedición a Las Hurdes estábamos un día en una aldea miserable. Al salir Anido encontró a una mujer, que le pidió limosna y le contó sus miserias. El general le dio unos duros y se echó a llorar. Se veía que en él aparecía el gallego con sentimentalismo de gaita.

—¿Ustedes saben la clasificación agresiva que hacen los andaluces de los gallegos? —preguntó Fermín.

—No.

—Pues los gallegos se dividen, según ellos, en dos clases: en la primera están los finos, entrefinos, etc., y en la segunda hay unos que ladran, otros que muerden y otros que ni su señora madre los entiende.

—¿Y este don Severiano?

—Es indudable que es de los que muerden y de los que no se entienden a sí mismos.

—Ya sabe usted que los enemigos del alma son tres —dijo don Leandro—: gallego, asturiano y montañés.

—Este don Severiano —dijo Fermín—, aunque seguramente él no lo sabe, ni lo sospecha, es como los Severianos del siglo segundo de la Era Cristiana, que se distinguían por su dualismo zoroástrico y su concepto rotundo sobre el bien y el mal. El mundo se gobernada, según ellos, por unos espíritus buenos y otros malos. Luz y tinieblas. Tal maniqueísmo lo tiene también, sin duda, este general. La luz es el ejército, la Policía, el obispo, la Liga Regionalista, la Guardia Civil y los banqueros. La oscuridad, los sindicalistas y los anarquistas, los escritores y los catedráticos liberales.

—Otro carácter curioso de don Severiano, que yo sospecho, aunque no esté seguro de él —siguió diciendo el general del Cuerpo Jurídico con gorra de marino—, es que es masón o, por lo menos, protector de la masonería. Mi mujer es de una capital de provincia andaluza. En esa capital he sido yo gobernador. Cuatro o cinco años después de haber estado en el Gobierno civil de la provincia había nombrado la Dictadura gobernador a un señor reaccionario y bastante torpe. El nuevo jefe mandó a un policía a hacer un registro en una casa sospechosa. Se creía que había en ella reuniones de revolucionarios. Fue el agente. Al llamar le salió al encuentro una mujer.

»—Soy de la Policía —le dijo.

»—¿Cómo sé yo que usted es de la Policía? —le preguntó la mujer con un tono colérico.

»—Mire usted la insignia y vea usted mi carnet.

»La mujer cogió el carnet y cerró la puerta.

»El agente contó al gobernador lo ocurrido y este le recriminó por su poca energía, y le dijo: “Vaya usted inmediatamente con dos parejas de Orden público y un cerrajero a esa casa. Si se oponen, descerraja la puerta y de todas maneras prende usted a todo el que encuentre dentro”.

»Fueron los seis hombres, llamaron, no abrían, y el cerrajero comenzó su trabajo. A los primeros golpes de martillo salió la mujer de antes y se excusó como pudo; su marido estaba enfermo, ella no podía salir.

»El policía pasó adentro, registró la casa y se encontró con una especie de capillita con columnas pintadas con signos y estrellas y unas espadas de latón.

»¿Qué podía ser aquel cuarto?

»Abrieron otra puerta, y uno de los de Orden público, sin duda, asustadizo, empezó a gritar: “Aquí hay muchas cajas de muerto. Ha debido ocurrir un crimen”.

»Entraron en el cuarto, y en el suelo, cubierto de arena, vieron varios ataúdes negros vacíos y varias calaveras. El policía comprendió que aquello era una logia masónica.

»Se apostaron en la casa y empezó a entrar gente conocida. Nuestro policía, siguiendo las órdenes del gobernador, fue prendiendo a todos y los llevó al Gobierno civil. El gobernador trasladó a los presos a la cárcel y decidió echarles a unos grandes multas y a los otros procesarlos. Comunicó luego sus disposiciones al ministro, don Severiano, y este, inmediatamente, por telegrama, mandó echarlos a todos a la calle, que se anularan las multas y no se instruyeran procesos.

—Es curioso. Puede que lo hiciera por rectitud.

—Es posible. En ese pueblo de que les hablo mi mujer conocía a una viuda de un maestro a quien la protección de Arlegui y de Martínez Anido llevó por muy malos caminos.

—¿Pues qué le pasó?

—Es historia larga.

—Cuéntela usted.

—ESTE JOVEN a quien me refiero era un muchacho inteligente, y desde la infancia se mostraba muy dócil y aplicado.

El padre, como digo, había sido maestro, y buen maestro. El chico sentía también entusiasmo por la profesión y la consideraba de una manera romántica, como un sacerdocio. Este chico se llamaba Juan Vélez.

Juan estudió su carrera y la concluyó brillantemente. Se distinguió mucho en matemáticas y en otras ciencias; pero, a pesar de ello, no encontró colocación en seguida.

En su casa las necesidades apremiaban. Faltaba dinero, la vida era muy estrecha; alguien dijo a la madre que había unas oposiciones a plazas en la Policía. El muchacho no quiso acudir a ellas; pero la madre le instó. Sacaba argumentos de la necesidad y de la miseria.

A él no le gustaba la profesión; estaba en pugna con sus ideas; mas no se encontraba otra cosa mejor e hizo las oposiciones y ganó una de las primeras plazas. Juan, como he dicho, era un muchacho fino y culto, aficionado a la literatura y a las bellas artes, de sentimientos delicados y de muy buena figura.

Conseguí que le destinaran a la ciudad andaluza donde yo estaba y comenzó a prestar sus servicios en ella, siempre poco contento de ser de la Policía.

Juan se mostró muy discreto. Por entonces enviaron desterrado a la ciudad a un político republicano de Sevilla, y al muchacho le encargaron su vigilancia.

Era imposible vigilar a un desterrado en una capital de provincia sin que él lo notara y sin que lo notara todo el mundo. Juan, lleno de ingenuidad y de buena fe, se acercó al político y le dijo cómo le habían encargado de espiarlo y seguirle los pasos cautelosamente, lo cual era ridículo, porque en un pueblo pequeño se había de advertir la persecución en seguida.

—¿Y qué le voy a hacer yo? —le preguntó el desterrado político.

—Puede usted hacer una cosa.

—¿Qué?

—Pasear conmigo. De esta manera nos aburrirnos menos que usted huyendo y yo persiguiéndole.

El desterrado se rio, accedió a lo propuesto y, durante algún tiempo, revolucionario y policía pasearon juntos.

En esto se presentó allí un aristócrata ex calavera, policía honorario. El aristócrata policía tenía dinero, convidaba a los unos y a los otros y llevaba a Juanito de aquí para allá.

El aristócrata presentó a Juan en casa de un abogado republicano. El abogado, casado, tenía una cuñada, una muchacha muy bonita.

El abogado simpatizó con Juanito y le brindó su protección. Era este de esos tipos medio charlatanes, medio geniales, que se dan en el Mediodía, escritor, orador, periodista y hombre impulsivo.

Recibía muy amablemente a Vélez en su casa y le brindaba su amistad. Su mujer, también demasiado impulsiva y franca, provocaba a Juanito. Le gastaba bromas por el entusiasmo que tenía por su hermana. A él le parecía muy bien la cuñada del abogado, pero no se atrevía a decírselo. Únicamente aseguraba que cuando pudiera dejaría de ser policía.

Por entonces el gobernador recibió una denuncia contra el abogado republicano y se le registró la casa. El abogado republicano supuso que la denuncia venía de Juan, y días después, en la calle, le insultó, le increpó y le dijo que no se presentara delante de él.

Aquello era para el muchacho demasiado triste y Juanito decidió marcharse del pueblo.

III

DE OFICINISTA

JUAN VÉLEZ pidió el traslado; le enviaron a Barcelona y le llevaron a las oficinas de la Jefatura de Policía de escribiente.

Estando allí recibió una carta del abogado republicano de la ciudad andaluza exculpándose y al mismo tiempo dando satisfacciones; pero Juanito había sufrido con este asunto y no quiso contestar nada ni reanudar una amistad que podía estar sujeta a ser rota nuevamente.

La Jefatura de Policía donde emplearon a Vélez se hallaba en el paseo de Isabel II, en la misma acera de la Capitanía general y no muy lejos del Gobierno civil, que se encuentra en la plaza de Palacio.

La Jefatura de Policía era una casa particular que hacía esquina, contigua al edificio de la Lonja. No muy lejos de ella, en la plaza de Regomir, una plazuela estrecha del pueblo viejo, en una casa sucia que tiene también entrada por la calle Calella, estaba la Dirección de Vigilancia, donde tenía su centro la Brigada Social, que se ocupaba de cuestiones de huelgas y de atentados y que era la pesadilla de los sindicalistas.

En la Jefatura de Policía y en el centro de la Brigada Social reinaba, como rey absoluto, el general Arlegui.

Yo, por entonces, estuve en Barcelona y fui a ver a Juanito a la Jefatura de Policía.

Vélez tenía como compañero de oficina a un viejo policía apellidado Cid. Hablé mucho con este hombre. Cid era andaluz y llevaba en Barcelona más de treinta años. Había servido a las órdenes del inspector Tresols, y después, con el pintoresco Memento, que picaba toros, hacía de policía y estrenaba dramas. Cid conoció también al detective inglés Arrow, que contrató la Diputación provincial creyendo quizá que Sherlock Holmes, el personaje de Conan Doyle, era una realidad.

Cid, por contraste con su apellido, era muy tímido y asustadizo. Había hecho campañas burocráticas contra el terrorismo.

De los anarquistas había conocido a Angiolillo, a Pallás, a Santiago Salvador, a Ascheri, a Morral, a Juan Rull y a otros muchos de menor importancia.

A pesar de sus ideas conservadoras, quizá por la costumbre de contar anécdotas de aquellos hombres furiosos, le había nacido cierta simpatía por ellos. Para él no se diferenciaban gran cosa de Miguelito Caparrotta, Diego Corrientes, José María *el Tempranillo* o el guapo Francisco Esteban.

Las frases de aquellos energúmenos de la anarquía las recordaba con horror y al mismo tiempo con respeto.

«La venganza será terrible», había dicho Pallás cuando le llevaron al cuadro para fusilarle. Santiago Salvador había vengado la muerte de este. Una noche, después de

lanzar las bombas en el teatro del Liceo, se acercó a la casa de la viuda de Pallás y gritó desde la calle, como un loco: «Antonia, he cumplido mi deber. Pallás ha sido vengado».

El policía Cid tenía un número del periódico anarquista *Le Père Peinard*, de París, de unos días antes del atentado del Liceo, en el que se veía a Pallás arrodillado delante del pelotón que iba a fusilarle; encima, los cuatro anarquistas agarrotados de Jerez y como leyenda la frase de Pallás: La venganza será terrible.

Cid contaba también anécdotas de otros anarquistas, entre ellos de Ramón Sempau, que atentó contra el teniente Portas.

Hablaba de los industriales del terrorismo, comenzando por Juan Rull y su familia; de Pujol, de Miranda y de Cardenal, monederos falsos por motivos libertarios; de Aucellet, revendedor de billetes; de Alfredo Picoret, que puso unas bombas en el monte del Coll y que representaba en los teatros, y de otros dueños de tabernas y hasta de prostíbulos. Algunos habían pasado del requeté carlista al terrorismo ácrata.

El viejo empleado de la Policía, perseguidor de anarquistas, hablaba de otros menos terribles: unos, estafadores; otros, monederos falsos; algunos, ladrones y atracadores que intervinieron en las gestas del terrorismo.

El señor Cid guardaba fichas y fotografías de todos ellos. Tenía un archivo muy completo, que no servía para gran cosa, porque la mayoría de los anarquistas de su tiempo emigraron o se retiraron de la vida activa.

Mientras Juanito Vélez escribía pliegos de papel de barba en la oficina de la Jefatura de Policía, andaban con grandes complicaciones de orden público en Barcelona.

Durante la guerra, la vida de la ciudad había sido muy intensa. El dinero corría en abundancia, se jugaba, se descubrían líos y chanchullos de todas clases y negocios oscuros de espionaje. Aquello era como un río de América aurífero y al mismo tiempo fangoso.

El anarquismo se transformó por entonces en pistolerismo.

Durante la guerra, los patronos organizaron una sociedad para imponerse al elemento obrero, una Junta de resistencia antisindicalista, llamada la Federación Patronal.

Antes de esto, el Consulado alemán trabajaba en contra de los aliados y de los aliadófilos. Había dos hermanos alemanes, banqueros, directores por entonces de la propaganda germanófila. Tenían como agente para sus trabajos al policía Manuel Bravo Portillo.

Bravo, en 1918, estaba suspendido de empleo y sueldo y procesado por espionaje a favor de los alemanes.

La Federación Patronal necesitaba un hombre decidido y escogió a este. Así, el policía de los alemanes se puso al frente de una campaña antisindicalista y de otra antialiada. El dinero le llegaba a manos llenas.

Bravo Portillo era hombre alto, moreno, arrogante, con bigotes negros levantados a lo káiser; de aquí quizá le venía la germanofilia. Era cubano, muy presuntuoso y pretendía ser aristócrata.

Bravo Portillo, cuando entraba en acción, llevaba en la mano derecha la pistola y en la izquierda un rompecabezas con el mango recubierto de goma.

Bravo Portillo presumía de valiente, levantaba el bastón por cualquier motivo y en los alborotos pegaba bastonazos a los obreros. Entonces se le veía avanzar con los ojos brillantes, la dentadura blanca y el aire agresivo.

Estaba casado con una rubia muy decorativa y tenía tres o cuatro queridas.

El primer atentado de la banda de Bravo Portillo fue contra un ingeniero profesor llamado Barret.

Este profesor era al mismo tiempo gerente de una fábrica de municiones que trabajaba para los aliados. El Consulado alemán se puso al habla con Bravo Portillo para ver la manera de impedirlo. Al parecer, el policía contaba dentro del sindicato metalúrgico de Barcelona con un confidente.

El confidente habló a los jefes de talleres. «Es una vergüenza —les dijo— que en la fábrica se estén haciendo municiones para uno de los beligerantes».

Se declaró la huelga con tal motivo. Los sindicalistas la secundaron, viendo en el asunto una cuestión pacifista y antiguerrera.

Perdieron la huelga los obreros, y Bravo Portillo entonces tuvo la habilidad maquiavélica de interesar a los sindicalistas de acción. Estos se mezclaron con la gente de su banda y entre todos mataron a Barret.

Aquel fue el primer atentado de la época del pistolero.

A Barret lo mataron cuando iba a entrar en la escuela donde era profesor y lo llevaron moribundo al Hospital Clínico.

Después de esta muerte vino la del obrero Pablo Sabater, *el Tero*, y luego otras muchas, entre ellas la del abogado Layret.

Los dos hermanos alemanes, directores en Barcelona de la propaganda germanófila, siguieron después dirigiendo los atentados.

Más tarde, a Bravo Portillo se le unió un alemán que se hacía llamar el barón de Koenig o Koenig. Este barón quería hacerse pasar por hombre de noble familia. Era el aventurero Fritz Stallmann.

El barón de Koenig entró en España poco después de comenzar la guerra y se estableció en Fuenterrabía, en compañía de dos señoras, una que pasaba como su mujer y la otra como su suegra.

Bravo Portillo y el barón de Koenig comenzaron una represión por el terror contra los sindicatos anarquistas, y la represión se fue haciendo por momentos más dura y más sangrienta.

A la violencia de las bandas policíacas se opuso la violencia de los anarquistas.

La colaboración de Bravo Portillo y del barón de Koenig con sus bandas de pistoleros se suponía en Barcelona que procedía de que el uno estaba al servicio del Comité que tenía la Patronal para exterminar a los sindicalistas peligrosos, y que el otro, el barón, trabajaba para el Consulado alemán, que pretendía matar a los fabricantes que vendían sus géneros en Francia...

—Respecto al barón de Koenig, mis datos no son esos —dijo don Leandro.

—¿Pues?

—Yo tengo datos fidedignos que me inducen a creer que este barón de Koenig no estaba al servicio de Alemania, sino de Francia. Ahora parece indudable que se halla al frente de la policía secreta del ministerio de la Guerra en París.

—Entonces la cosa es más confusa aún —contestó el general del Cuerpo Jurídico—. Si Koenig era agente francés y no alemán, no sé qué planes podía tener en Barcelona.

—Sería quizá solo Bravo Portillo el que estaba a sueldo de la Patronal y del Consulado alemán.

—De Bravo Portillo se aseguraba que era espía al servicio de Alemania y que daba a los submarinos la ruta de los barcos españoles que llevaban contrabando de armas y municiones. Bravo tenía un espionaje montado contra los fabricantes barceloneses aliadófilos que vendían sus géneros a Francia. Koenig trabajaría por su cuenta, no sabemos con qué fin.

También hubo al principio otro agente francés, el barón de Rolland; pero este no llegó a destacarse.

El barón de Koenig se convirtió en una época en árbitro de Barcelona, y en 1919 abrió una oficina de informaciones en el centro de la Rambla. La banda del barón de Koenig estaba muy bien organizada. Se veía en ella la superioridad de la técnica alemana. La banda de Koenig se disolvió en mayo de 1920, y el barón fue expulsado de España por orden del ministro de la Gobernación. El barón una vez estuvo a punto de ser cazado.

José Soleta, *el Nano de Sans*, con su gente, le preparó una emboscada y le rodeó; pero el barón, que iba siempre sobre aviso, notó la maniobra, empezó a tiros con los que se le acercaban y se salvó.

El atentado contra el barón de Koenig que llevó a cabo la banda de pistoleros del Nano, según algunos, fue simulado. ¡Quién lo podrá saber!

Por entonces un gobernador catalán de buenas intenciones —siguió diciendo el general— quiso pacificar Barcelona por procedimientos suaves.

Destituyó a Blanco Portillo y obligó a cesar en su campaña al barón de Koenig.

Los patronos de Barcelona no querían la paz, sino la represión violenta a todo trance. Se dijo que al gobernador Bas le dieron una larga lista de agitadores para ser exterminados. Como el gobernador no se prestó a ello lo destituyeron. Entonces los patronos pidieron se les enviase a Martínez Anido y al general Arlegui para que siguieran el régimen de la mano dura hasta extirpar a los sindicalistas.

La manera fuerte de Anido y de Arlegui producía entusiasmo en la burguesía barcelonesa. Los patronos pretendían que se cerraran los locales de los sindicatos, se detuviese a los obreros y se persiguiera a la prensa libertaria.

Bravo Portillo y el barón de Koenig siguieron la represión iniciada, y uno de los confidentes, el Inocencio, puso una bomba en el Salón Pompeya, donde se reunían muchos sindicalistas y en donde hubo heridos y un terrible pánico.

Por entonces mataron a Bravo Portillo. Varios pistoleros del Único lo acechaban desde hacía tiempo. Al fin, lo cogieron al bajar de un tranvía, le dispararon varios tiros y cayó muerto a la entrada de una carbonería. Se dijo entonces que dos hermanos anarquistas, varón y hembra, Progreso y Libertad, intervinieron y fueron el alma de este atentado.

A la muerte de Bravo Portillo un periódico publicó una caricatura en donde varios obreros catalanes reunidos decían con satisfacción: *Hem mort el porc*.

El barón de Koenig estaba entendido con Bravo Portillo, y al morir este le sustituyó en su cargo de confianza o de detective de la Patronal. El barón organizó una banda negra al servicio de aquella sociedad.

El barón era un hombre valiente, atrevido y enérgico. Sus gentes eran, naturalmente, granujas, algunos señoritos tronados, falsos obreros, matones y pederastas. Se hablaba del Pintor, del Sabandija, del Argentino, del Noi, del Tartamut, de la Dalia, de la Gioconda, de la Flor de Lis, etc.

Los principales, como el Pintor y otros, habían pasado de distintas bandas terroristas y después fueron perseguidos por sus antiguos compañeros, y algunos cayeron muertos en las calles.

Poco después de llegar Martínez Anido disminuyeron los atentados terroristas, y hubo una fiesta en Barcelona de los Somatenes y se le hizo a Anido una enorme ovación.

No hay que creer, pues, que en Barcelona Anido, en ese tiempo, fuese un hombre odiado, ni mucho menos; al revés, se le tenía casi por un grande hombre.

Al principio, Martínez Anido llegó a dar confianza a la ciudad, hubo algún período de paz; pero pronto volvió la lucha terrorista.

Ya por entonces se había constituido el Sindicato Libre, formado por aventureros y por hombres salidos del requeté carlista y por otros traidores del Sindicato Único.

Formado el Sindicato Libre, comenzaron de nuevo los asesinatos y la ley de fugas. Entonces nació en la ciudad una profesión nueva, la del asesino mercenario. Había en Barcelona unos centenares de pistoleros. Estos mataban por una cantidad relativamente módica. Por dos o tres mil pesetas se tumbaba a cualquiera. El pistolero se convirtió en industrial.

Hubo casos en que se mató hasta por veinte duros. Dentro de una banda se tenían listas de aquellos a quienes había que suprimir.

«Este lo *hará* el Fulano y este otro el Mengano —se aseguraba.»

A veces un pistolero que necesitaba dinero le decía a un compinche: «Si me das veinte duros que necesito, a ese lo *hago* yo».

Estos hombres servían para realizar venganzas personales. Toda aquella hampa había convertido la muerte en una industria: se trabajaba por cualquiera que pagase bien. Con ello la inquietud y la inmoralidad del pueblo aumentaron de una manera prodigiosa.

El industrialismo de los pistoleros se acusaba.

Los bandidos de unos y otros sindicatos se entendían por debajo de cuerda y todos con los confidentes de la Policía.

Mucha gente se asombraba de que la Policía no estuviera nunca presente cuando se verificaban los atentados. Unas veces por engaños y otras por complicidad, los pistoleros sabían alejarlos del sitio en que se iba a cometer el atentado.

Aquel terrorismo era como una partida de ajedrez: con frecuencia, los campeones la jugaban para el público y no para ellos. Así, en ocasiones, los blancos decían a los

negros: Este peón me lo como. Bien; a cambio, yo me comeré este otro. Y se pactaba y seguía así la partida.

Quizá los más cínicos y más canallas de los que jugaban la partida eran los intermediarios entre los asesinos y los que daban las órdenes. Los ricos vivían en un medio social distante, consideraban a los sindicalistas como a perros rabiosos; los pistoleros formaban una canalla sin escrúpulo ni idea moral alguna. Los intermediarios no; eran los contratistas del crimen. Cotizaban la muerte del uno y del otro y sabían a conciencia lo que hacían.

HUBO TIEMPO en que había pistoleros de todas clases: del Sindicato Libre, del Sindicato Único, del Somatén y de la Liga Catalanista. Muchos pasaban de uno a otro sindicato y alquilaban su brazo y su pistola al mejor postor.

Cada grupo director con intenciones de espionaje metía pistoleros en los grupos enemigos. Esto producía, naturalmente, una gran confusión y un terrible desconcierto; muchas veces no se comprendía de dónde partían los golpes.

Martínez Anido y el general Arlegui trabajaban contra los del Sindicato Único.

Se hizo por entonces una guerra a muerte a los pistoleros de la banda del barón de Koenig y se mató a muchos de ellos.

—Eso debe ser cierto —observó don Leandro—, porque en este tiempo uno de los agentes de Irún que venía de Barcelona me dijo que los pistoleros de la banda del barón, a quien no llamaban Koenig, sino barón de Kert, estaban fichados y perseguidos por la Policía oficial, porque sabían que el barón trabajaba principalmente por Francia.

—No sabía esto.

—Siga usted.

—Anido y Arlegui hacían en Barcelona algo de lo hecho por el conde de España en su época: tenían sus espías en los talleres, cafés y tabernas y un elemento ejecutivo para acabar con los enemigos a tiros. Toda la gente de ideas avanzadas estaba expuesta a ir a la cárcel por un motivo cualquiera, como en los buenos tiempos del conde de España. Uno de los jefes del elemento reaccionario fue un abogado bajito, vivo, de bigote corto, con ojos negros.

Unas organizaciones terroristas como las de Barcelona no se pueden dar más que en ciertos medios sembrados de odios, llenos de gente maleante. El conocer al personal que hacía servicios de confidencias para el Sindicato Libre era muy difícil, pues la Policía les proporcionaba documentos falsos y ellos cambiaban con frecuencia de nombre. Entre estos confidentes había mozos de cafés, limpiabotas e invertidos.

En los encuentros que había en las calles los del Libre no eran nunca presos, porque tenían carnets especiales, que les servían no solo para escapar, sino para ser protegidos por la Policía.

En unos el miedo, en otros el deseo de obtener una ganancia poco limpia, les hacía mandar constantemente denuncias a la autoridad. Mucha gente vivía con estos

recursos de delaciones y de confidencias. Eran los que llamaban en el argot policíaco chivatos, tapias, etc. Con frecuencia, personas alejadas de la política recibían anónimos con amenazas y dibujos siniestros de ataúdes y de puñales. Los pistoleros de uno y otro bando y los confidentes eran muchas veces amigos y se entendían para sus negocios.

Es evidente que elevar la moral de un pueblo es cosa larga y de mucha dificultad; en cambio, el rebajarla es cuestión rápida y casi inmediata.

Por entonces un militar de la clase de sargentos, Julio Lasarte, hombre de unos cincuenta años, capitán de la clase de reserva, comenzó a hacer un gran fichero de todos los revolucionarios de Barcelona y de España. Este capitán de la clase de reserva pensó sin duda hacer un gran servicio a su país, señalando a todos los sospechosos para que fuesen encarcelados o fusilados.

Con Martínez Anido y Arlegui se creó en seguida en Barcelona la moral del pánico, de la cobardía y de la impunidad.

—¿Martínez Anido obraría como un déspota?

—Sí. Completamente. Para este hombre la vida de los demás no tenía importancia; si se trataba de un enemigo creía que tenía derecho a todo. Al acusado de ideas sindicalistas, aunque no hubiera hecho nada, después de llevarle a Barcelona desde cualquier parte en conducción ordinaria, es decir, a pie y con la Guardia Civil, lo mandaba meter en la cárcel y lo encerraba tres o cuatro meses. A algunos los tuvo treinta meses sin tomarles declaración. Entonces la mujer, la hija o la hermana del preso iba a visitar a Anido. El sátiro orangutanesco abusaba de las mujeres; luego decía: «Que suelten al preso», y cuando estaba libre lo mandaba matar.

»Este miserable, flor del ejército, tenía como colaborador al hombre que le hacía bueno, al general Arlegui.

—Buen colaborador.

—Arlegui era un bruto, mixto de canalla y de burócrata. Como jefe de la Guardia Civil, se había distinguido por sus chinchorrerías. Tenía un gran placer en reñir, en procesar, en inventar molestias inútiles para los subordinados. Era cominero y ridículo. Arrestaba por las causas más pequeñas a dos y a tres meses en cuarteles y recintos fortificados. En un pueblo de la provincia de Segovia tuvo a la Guardia Civil de maniobras en un día de agosto abrasador, con su traje de paño y sus correajes, una porción de horas. Las mujeres de los guardias le apedrearon después a la vuelta. Arlegui era muy pincho, hablaba con acento entre americano o andaluz, diciendo palabrotas.

—¿Qué tipo era?

—Era alto, de nariz larga, ojos claros, bigote blanco y corto, la boca recta y rígida, los labios un poco caídos y pesados. Tenía cara de militar español, el pecho lleno de cruces, el aire satisfecho y petulante, el pelo con raya, tenía ojos de *cocotte*,

con unas arrugas alrededor y la pata de gallo. Tenía una cara de militar del tiempo de Fernando VII, era un pedante, un tonto y al mismo tiempo un sádico; padecía diez enfermedades juntas. Debía de tener una úlcera de estómago y una lesión cardíaca.

Martínez Anido se las echaba de delicado al lado de su jefe de Policía. ¡Delicado aquel animal inmundos!

Anido decía: «Yo no suprimo a la gente. Tengo mis servidores tan fieles que cuando me estorba alguno me basta decir: “¿Qué es de Fulano de Tal?, ¿dónde se esconde?”, para que a la semana siguiente me lo ofrezcan en el depósito de cadáveres».

Arlegui bajaba a los calabozos infectos de la Jefatura de Policía, a veces con la pistola en una mano y en la otra el espadín. Era cobarde como una liebre. Mandaba abrir el calabozo y entraba dejando la puerta abierta.

—¿Has declarado? —le preguntaba al detenido.

—Yo no tengo nada que declarar. Yo no sé nada.

—Está bien. Mañana declararás. A pan y agua.

Al día siguiente repetía la visita, y si el preso no declaraba seguía el mismo procedimiento y a los tres días le suprimía el agua.

Arlegui solía tener en su mesa una dobladera de acero, afilada como un puñal. A veces, cuando le llevaban algún obrero detenido, le decía: «¡Eh, tú, valiente!», y le pinchaba con la dobladera.

Al ver que el hombre se retiraba espantado decía riendo: «¡Cobarde, no tienes valor!».

Los policías, por orden de Arlegui, llevaban a aquellos inmundos calabozos de la Jefatura de policía, que no tenían más respiradero que una aspillera estrecha, a los ladrones y a los invertidos para que a los políticos la estancia les fuera más desagradable.

Cerca de la Jefatura de Policía estaba el bar del Recreo, donde se reunían algunos pistoleros del Libre, y cuando pasaba por allá algún sindicalista de noche, salido de la Jefatura, su muerte era muy probable.

Arlegui era un hombre despótico, terrorista y cobarde. Estaba neurasténico y enfermo, tenía una úlcera en el estómago y con frecuencia vómitos de sangre. Sus disgustos con la familia le desquiciaban. Padecía manía persecutoria.

Por las noches se levantaba y empezaba a gritar: «¡Quiéren matarme!», y registraba la casa por ver si había bombas debajo de las camas.

El miedo le hacía vivir en un constante delirio. Veía en los periódicos, a veces en los anuncios, acusaciones y amenazas.

Creía que los fiscales trabajaban contra él. A un agente de Policía le llamó una vez y le dijo: «Vaya usted a ver al fiscal de la Audiencia y le dice usted: “Vengo a decirle a usted, de parte del general Arlegui, que es usted un canalla y un hijo de p...”».

Exigía a todos sus subordinados que le llamaran Excelencia y Mi general.

Arlegui se rodeaba de precauciones, se encerraba en casa, vigilaba los alimentos para que no le pudieran envenenar.

Entre otros muchos crímenes, se contó que Arlegui, a un sindicalista muerto a palos y a tiros por la gente a sus órdenes le frotó los ojos con el puro encendido y le atravesó el cuerpo varias veces con el espadín. A este sindicalista muerto lo cogieron luego, le llevaron en un auto a la vía del tren, donde un expreso lo destrozó.

Arlegui no era como un tigre o una hiena, sino como la araña, que no ataca a la víctima más que cuando está sujeta y envuelta entre sus hilos.

Por entonces los sindicalistas pistoleros del Único mataron a un inspector de Policía llamado *Espejo, Espejito*, hombre de confianza de Arlegui. Los sindicalistas charlaban en un café al cual iba el policía a espiar y a tomar datos. Espejo se sentaba en una mesa en un grupo de gente. Uno de los pistoleros llamó al mozo, que era de la Asociación, y le dijo: «Tú márcame al policía».

Al salir Espejo, el mozo señaló al policía. Salieron dos pistoleros, le siguieron a Espejo y en una calle céntrica lo mataron. Al saberlo Arlegui, bramando de coraje, se echó al teléfono y llamó a las Comisarías.

—¿Cuántos presos políticos hay ahí?

—Tres —le contestaban.

—Matarlos.

Llamaba a otra Comisaría:

—¿Cuántos presos hay ahí?

—Cuatro.

—Aplicarles la ley de fugas.

Se dijo que en la sala de autopsias del Hospital Clínico aquella noche se juntaron treinta y seis cadáveres de sindicalistas alrededor del cuerpo del policía Espejo.

Anido y Arlegui fueron a la sala a ver el espectáculo. Se aseguró que Arlegui, furioso porque habían matado a su amigo y confidente, disparó su pistola en la cara de uno de los anarquistas muertos que conservaba los ojos abiertos. Al parecer, estaba trastornado. Arlegui se quedó solo en el depósito de cadáveres, y dirigiéndose a Espejo, entre los treinta y seis obreros muertos, le decía de una manera sentimental: «Espejo, no te quejarás de mí. Ahí los tienes; son las flores con que adorno tu cadáver».

Al día siguiente, en el entierro del policía Espejo, detuvieron a dos sospechosos, los registraron, y la pareja de Seguridad afirmó que llevaban dos pistolas. Al ser conducidos de noche a la cárcel, los policías dijeron que habían querido huir y les descerrajaron unos tiros. Una de las víctimas no murió en el acto; pudo llegar a la Casa de Socorro y contó lo ocurrido.

Naturalmente, no se procesó a nadie. Los policías decían: «Como que vamos a dejar que maten de rositas a los nuestros».

¡Treinta y tantos a cambio de Espejito les parecían pocos!

Los policías, según las órdenes de Anido, no tenían obligación de declarar en los

procesos de terrorismo. Uno de estos policías, un tipo señalado de matón, se llamaba Juan Carratalá. Carratalá se sentía Don Juan, gastaba bigote y perilla de mosquetero, estaba casado y se había enredado con la criada de la casa de un señor, don Almanzor García, oficial de Correos.

Don Juan Carratalá no encontraba siempre facilidades en la casa de don Almanzor para ver a su amada. Una noche, Carratalá se presenta un tanto borracho y llama en la puerta de don Almanzor. El amo de la casa pregunta desdeñosamente:

—¿Qué quiere ese hombre?

Don Juan Carratalá, indignado de que a él le llamen ese hombre, dice:

—Que salga la muchacha, que tengo que hablarla.

Don Almanzor replica:

—La muchacha no puede salir, porque está sirviendo la mesa.

Entonces don Juan Carratalá, considerando que esto es un desacato a su autoridad, entra furioso en la casa, se mete en el comedor, saca la pistola y, pim, pam, le deja muerto en la silla a don Almanzor.

El Juzgado no se atreve a prender al policía, que queda sometido a una condena condicional, y le deja en libertad bajo fianza de cien mil pesetas. Martínez Anido las paga. Poco tiempo después don Juan Carratalá fue denunciado por amenazas de muerte a su mujer, y entonces se le pudo condenar a un año de presidio. Allí quizá seguiría, como el Tenorio de Zorrilla, enriqueciendo su estadística de muertes. La impunidad de los policías y de los confidentes que trabajan con ellos era inaudita. La burguesía de Barcelona excitaba a Anido y a Arlegui a ser implacables con los obreros. De una manera pública y privada les alentaban y les aplaudían.

Anido, Arlegui y Miláns del Bosch formaban una trinidad que producía el espanto de los sindicalistas. Estos, a su vez, eran la pesadilla de los patronos y de los policías. Obreros, patronos, policías y pistoleros vivían asustados, expuestos a que los cazaran como a conejos, en un rincón cualquiera.

Se daban casos de inhumanidad terrible.

A algunos sindicalistas del Único, entre ellos uno de los hermanos Rodenas, le llevaron herido al hospital, le dejaron desangrarse y morir. Con otros parece que hicieron lo mismo.

Juanito Vélez conocía bien estos hechos, aunque se los pintaban con colores distintos a la realidad. Creía de buena fe que los sindicalistas eran los únicos agresivos, los que habían hecho de la pistola el principal argumento de su política.

En tanto, la madre de Juan se quejaba. ¡La vida en Barcelona estaba tan cara! ¡El sueldo era tan escaso!

«¿Qué se podría hacer? —pensaba Juanito—. Si yo encontrara trabajo fuera de la oficina, esta sería la solución.»

Era difícil encontrar trabajo.

La madre, siempre obsesionada por la falta de dinero, consiguió, por una criada de la hija del gobernador, visitar a este.

Contó cómo su hijo estaba empleado en la Policía en las oficinas, y no ganaba más que el sueldo escueto, con lo cual apenas tenían los dos para vivir.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el gobernador.

—Veinticinco años.

—Pues entonces que salga a hacer servicio activo y tendrá más sueldo. Las oficinas están bien para los viejos y los inútiles. Yo le protegeré.

POCOS DÍAS DESPUÉS a Vélez lo trasladaron a la Brigada Social. Le pusieron a las órdenes de un agente, Henestrosa, que tenía el ansia de avanzar en su carrera y de distinguirse en el servicio.

Henestrosa había hecho también un archivo de anarquistas, de sindicalistas y de gente maleante. Guardaba las fotografías y las fichas; allí estaban desde los políticos radicales hasta el Talens, y otros muchos con apodos, como *el Panchet*, *el Tartamut*, *el Canela*, *el Nano de las Rosquillas*, etcétera etcétera.

Henestrosa, durante mucho tiempo, vigiló a un militar, jefe de las Juntas de Defensa, que vivía en la misma casa de Bravo Portillo. Este militar tenía conferencias constantes con políticos de distintos matices, alguno de ellos republicanos. El policía les seguía por todas partes y les espiaba y les sorprendía hablando con un jefe catalanista o radical en una taberna o en el claustro de una iglesia.

Henestrosa era chiquito, vivo, neurasténico, siempre dispuesto a sacar la pistola. Llevaba a Vélez en su compañía, y como tenía categoría superior a él le mandaba despóticamente. Iban los domingos a los puestos de libros de las Atarazanas, en los que solía descubrir periódicos anarquistas. Seguían por la calle de Santa Madrona, donde se estacionan busconas y a veces pasa algún joven invertido que va al mismo tiempo sucio, pintado y contoneándose por la calle. También solían encontrar por allí chulos, que invitaban a los lugareños a jugar a las tres cartas y a otras martingalas prohibidas.

De allí avanzaban al Paralelo. Henestrosa le decía a Vélez que si advertía que alguien vendía periódicos anarquistas del extranjero se echara sobre él y lo prendiera.

Henestrosa sentía un odio terrible por todo lo que fuera revolucionario.

Las denuncias suyas, con mucha frecuencia, eran ridículas: Fulano habla mal de la Monarquía y lee periódicos anarquistas. A Zutano se le ha visto varias veces en un café frecuentado por sindicalistas. De Tal se dice que es cajista en una imprenta donde se publican libros anticlericales. A Cual se le ha encontrado de pronto bien vestido, lo que es muy sospechoso.

Vigilaban Henestrosa y Juanito el Centro de metalúrgicos de la calle de Mercaders, donde mataron en la escalera las bandas policíacas a tres obreros venidos de fuera, que habían ido a visitar el Centro por primera vez; probablemente a buscar trabajo. Rondaban el Círculo de Lampistas y el de mecánicos de la calle de Ataúlfo, de donde salió uno de los que mataron a Dato.

Una vez Henestrosa y Vélez marcharon de noche a casa de un sindicalista, y le esperaron. Se fingieron anarquistas y pretendieron que el sindicalista les llevara a un Centro ácrata en una taberna de una callejuela próxima a la catedral. Los policías conocían la existencia del Centro; pero no sabían a punto fijo dónde estaba.

«Muy bien; vamos a nuestro Centro —les dijo el sindicalista—; pero les advierto a ustedes que tienen que ir por la calle delante de mí y con las manos en la espalda. Ahora, si meten ustedes la mano en el bolsillo, les disparo todo el cargador de la pistola.»

Los dos policías, haciendo de tripas corazón, echaron a andar. El sindicalista les mandaba tomar calles poco frecuentadas. Al llegar a la calle del Obispo, esquina a la de la Piedad, Henestrosa creyó conocer a uno de los compañeros de la Brigada Social y gritó: «¡Eh, a nosotros!». Y sacó la pistola.

El sindicalista disparó seis tiros, sin alcanzar a Henestrosa, y este le hirió a su adversario en la pierna.

Como iba apareciendo gente, los dos policías echaron a correr. No se dijo nada en los periódicos de lo ocurrido.

A consecuencia del atentado, Henestrosa fue llevado a otra sección y Vélez quedó con un nuevo compañero al servicio de un inspector.

El compañero de Juanito era otro tipo curioso: Paco Herrera. Paco había hecho los estudios completos de cura, por presión de la familia, y luego no quiso ordenarse, y no teniendo medios de vida hizo exámenes para la Policía.

Paco contaba cosas del Seminario donde estudió que parecían fábulas, hablaba de seminaristas que llevaban la pistola a las clases, de jóvenes estudiantes de Teología que salían de noche, iban a los bailes y tenían líos con mujeres.

Paco Herrera sabía perfectamente el latín y andaba buscando el modo de entrar en una Academia. Si encontraban los dos compañeros algo que les conviniera, el uno daría lecciones de latín y el otro de matemáticas, y si marchaban bien dejarían la Policía.

Juanito y Paco, el ex maestro y el ex seminarista, se hicieron amigos íntimos y se prometieron, viéndose en aquel medio peligroso de intrigas, de confidencias y de traiciones, el favorecerse mutuamente como pudieran.

Seguía la lucha entre sindicalistas y policías, que formaban los unos el Sindicato Único y los otros el Libre. Estos se habían nutrido con carlistas del requeté, con algunos anarquistas traidores a su partido y con gentes salidas de las cárceles.

Se hablaba de unos pistoleros muy bravos, como el Torrens, el Noi de la Veu, y los Armengoles, que llegaban, cuando tenían diferencias personales, a batirse a pistola como caballeros en el campo de la Verdad, que estaba, según decían, hacia el Paralelo.

Se contaba la historia trágica de un ebanista valenciano llamado Eloy Vinuesa que vivía en Barcelona. Al pasar este detenido por la policía con otros tres desde una obra en construcción les soltaron una descarga y cayeron todos al suelo. Los llevaron al depósito de cadáveres y Vinuesa, que estaba vivo, al recobrar el sentido se encontró entre cadáveres y haciendo un esfuerzo se escapó por una ventana y pudo esconderse.

Los sindicalistas del Libre mataban con perfecta impunidad. Algunos tenían sus pistolas y sus municiones en el sótano de un café de la Rambla. Cuando había que trabajar entraban en el sótano, se dirigían al armero, tomaban sus pistolas, salían y a la media hora volvían, después de haber tumbado a alguno; luego dejaban sus armas y seguían tomando café y charlando.

Por entonces, y más tarde, los sindicalistas de acción del Único hicieron cosas extraordinarias. Mataron a una porción de gente enemiga y a varios sindicalistas traidores al partido, entre ellos a un tal Armengol.

Tuvieron también un Congreso de anarquistas en Montjuich. A pesar de estar todas las inmediaciones vigiladas por la Policía, el Congreso se celebró y los delegados de distintas regiones y de distintos países se reunieron, discutieron y tomaron sus acuerdos.

Como no se podía exterminar a la mayoría de los sindicalistas, el gobernador y el jefe de Policía pensaron en acabar con los líderes del Único, y se atentó contra el principal de ellos en Manresa: se le hirió, pero no se le mató.

En vista del poco éxito del golpe se reunieron los del Sindicato Libre con Arlegui y Anido y se pensó en simular un atentado contra el gobernador, y después, en represalias, fusilar a todo el elemento sindicalista destacado. Se haría una limpia completa de anarquistas en la ciudad.

Este gran complot se iría organizando en el Gobierno civil bajo la dirección del Abogado.

Para esto se necesitaba tiempo y preparación. Juanito Vélez era todavía poco conocido por los elementos sindicalistas, y fue uno de los elegidos para ir preparando el complot.

Le dijeron que se quería descubrir algunos centros de acción. Los demás empleados de la Brigada Social eran ya muy conocidos por los sindicalistas. Arlegui le llamó y le dijo que necesitaba gentes desconocidas de la Policía que sirvieran de confidentes. A Vélez le destinaron para esta comisión. Tendría el sueldo y veinte pesetas de dietas.

Juanito no sospechó, al principio, que el complot que se preparaba fuese una pura invención de la Policía, que se estaba urdiendo en el Gobierno civil.

Llevaron al muchacho a una fábrica, en donde se creía que se estaba tramando el complot, y con el asentimiento del fabricante Juanito entró en las oficinas.

A los quince o veinte días los compañeros le comunicaron detalles del complot y conoció a los principales inspiradores y a los que habían de ejecutarlo. Para él era cosa muy dura y desagradable tener que hacer esta denuncia; pero la hizo cambiando las fechas, buscando la manera de no comprometer a sus nuevos compañeros de trabajo. De este modo el complot fracasó.

En la Jefatura de Policía a Juanito le mandaron que dejara la fábrica y se relacionara con los confidentes del Único y del Libre.

Juanito se hizo amigo de un sindicalista comisionista de librería, con quien llegó a

tener buenas amistades. El sindicalista le convenció y le presentó a otros compañeros. Vélez llegó a sentir grandes dudas, pues después de conocer a los sindicalistas auténticos no sabía si ponerse con ellos o contra ellos.

A lo último se decidió por ellos; confesó a su amigo que era de la Policía y que había estado en una fábrica para espiar. El sindicalista le dijo que debía seguir en la posición en que estaba y favorecer a sus nuevos amigos.

Ellos le darían confidencias que le servirían ante la Jefatura para pasar por hombre muy útil y enterado.

La Policía quiso por entonces preparar un lazo para cazar a dos jóvenes del grupo de acción decididos y audaces: el Jaumet y el Noi; pero estos, avisados por Juan, se escaparon. Pocos días después los cogieron por sorpresa en un bar y al llevarlos a la cárcel les aplicaron la ley de fugas.

Vélez había entrado en un grupo con anuencia de la Policía; estaba afiliado al Sindicato Único.

No tenía necesidad de ir a la fábrica, ni tampoco a la oficina; de cuando en cuando mandaba notas, y con esto ya cumplía su misión.

Juanito comenzaba a hacer la vida del perdido de la ciudad. Se dejaba llevar. El ambiente laxo de holgazanería y de vicio había aflojado su voluntad. Se había hecho amigo de un señorito, hijo de un fabricante, que gastaba el dinero a manos llenas. Los dos se levantaban tarde, pasaban el tiempo en el café e iban por la noche a los teatros del Paralelo.

El hijo del fabricante le llevaba a los escenarios de los teatros.

Allí conoció Vélez a una muchacha cómica, que representaba en catalán y en castellano, una muchacha no de gran talento, ni muy bonita, pero con el atractivo principalmente de la juventud y de la picardía que dan las tablas.

Era una chica de dieciocho a diecinueve años, de ojos pequeños y brillantes, dientes blancos y pequeña estatura. Su madre había sido cómica de alguna fama y trabajaba por entonces de característica. La muchacha se llamaba Elvira.

No era, sin duda, una virtud, ni mucho menos; Juanito le hizo una corte asidua y poco después se enredó con ella.

Los amores desmoralizaron al joven confidente. Para él, que había vivido siempre de una manera honesta, sus relaciones fueron un verdadero desastre.

La vida de Juan se hizo completamente desordenada y desastrosa. El calor, era verano, el beber líquidos con exceso, el no dormir, las noches del teatro, le daban una exaltación y un frenesí mezclados con momentos de abatimiento.

A esto se unía la posibilidad del peligro de las confidencias policíacas. Juanito llegó a tomar opio y cocaína. Se retiraba a su casa por la mañana y quedaba dormido como un tronco.

La vida fangosa de la gran ciudad mediterránea le iba agarrando como un pulpo y paralizando sus instintos de dignidad y de trabajo.

En cuestión de dinero, su bolsa se desequilibró; al principio recurrió al amigo hijo

del fabricante, luego pidió prestado, empeñó el sueldo y todo lo que tenía. Con asombro de sí mismo, veía que iba camino de hacerse un perdido, un granuja. Juanito hizo muchos disparates e indelicadezas.

La chica, en cambio, la Elvira, tomó aquellos amores como una diversión. Su madre no se escandalizaba.

—Con tal de que esto no tenga consecuencias, a mí no me importa nada —decía.

—¿Estás enamorada de ese chico? —le preguntaban las cómicas a la Elvira.

—¡Ca! Es un desgraciado —decía ella.

El muchacho hijo del fabricante rico fue poco después recluido por la familia.

Juanito intimó por entonces con el Abogado, que era el jefe de los confidentes de Anido, y le pidió dinero. El Abogado se lo dio. Pronto, cuando vio la decadencia de Vélez, le obligaba a hacer cosas graves, verdaderas enormidades; chantajes y estafas, que él no se atrevía a hacer.

El Abogado maniobraba con dos de sus hombres de confianza: el Inocencio y el Floro; dos desalmados, cómplices en toda clase de crímenes. El Inocencio se jactaba de haber matado a un orador sindicalista, años antes famoso, apodado *el Noi del Sucre*.

Juanito no pensaba más que en sus amores. La embriaguez sexual se unía en él al desprestigio interior, al desprecio que sentía por sí mismo.

Ya veía claramente; no haría nada en la vida, no podría salir del atolladero en que se había metido y un día quedaría muerto de un tiro en el rincón de una callejuela o aparecería mezclado en algún asunto feo que lo desacreditaría para siempre y le obligaría a dejar el Cuerpo.

El pensar en su madre le dejaba frío. Ella era la principal causante de su desgracia. Le había impulsado a entrar en la Policía, y viéndole ir y venir en aquel medio peligroso y sucio de los confidentes no hizo jamás una advertencia salvadora. Con tal de tener dinero en casa para vivir y hacer la compra, lo demás no le importaba ni le preocupaba.

Los amores para Juanito tenían un carácter de sueño, de delirio. En vez de detenerse en la pendiente se dejaba llevar y hasta ponía de su parte la voluntad de abandonarse al destino. La conciencia de su vida, poco limpia, le inducía a marchar alegremente a la ruina. Le parecía imposible salir de aquel pantano.

Su actuación como policía tenía al mismo tiempo un aire audaz y disparatado.

Estaba dispuesto a mezclarse en cualquier complot, a favor o en contra del Gobierno, con tal de que le pagaran por adelantado. Su actitud decidida se cotizaba y se consideraba como un rasgo de energía y de valor.

Como mucho del pistolero estaba impregnado de literatura de callejuela y de quiosco, los conocidos llamaban a Juanito *el Fantomas*, por su aire, un tanto sombrío y misterioso.

EN ESTO, el Abogado, con sus dos confidentes: el Inocencio y el Floro, dijeron que se estaba preparando mi atentado serio contra el gobernador. En el atentado colaboraban todos los ases del pistolero.

Era indispensable que Juanito actuase con los policías para hacer abortar el movimiento.

El atentado se cometería unos días después, ya en el mes de octubre.

Martínez Anido, cuando volvía a su casa de noche por la Rambla, al llegar cerca de la estatua de Colón, en vez de doblar por el paseo de este nombre y luego seguir por el de Isabel II al Gobierno civil, donde vivía, se desviaba; entraba por una callejuela llamada del Dormitorio de San Francisco, iba a la plaza de Medinaceli, plaza pequeña, con árboles y palmeras, y de aquí salía al paseo de Colón.

¿Por qué no iba directamente por el paseo al Gobierno civil, que era el camino más fácil? Quizá pensaba que de los tinglados del muelle, cerrados con verjas, en los cuales solía haber montones de cajas y de bultos, podían atacar contra él. Ciertamente que la calle del Dormitorio de San Francisco tenía unos pasadizos donde se podían apostar los pistoleros enemigos; pero, probablemente, estos pasadizos estaban vigilados siempre por los agentes de la Policía de Anido y de Arlegui. Era un poco extraño que el atentado se quisiera verificar por entonces, porque muchos decían que el Gobierno iba a destituir ya pronto al gobernador de Barcelona. Algunos anarquistas aseguraban que el complot era policíaco.

Por entonces a Juanito le ocurrió una aventura extraña. Estaba en un café del Paralelo esperando a la Elvira. Había bebido varias copas de coñac, cuando un hombre se le acercó, y le dijo:

—¿Usted es don Juan Vélez?

—Sí.

—¿Quiere usted venir conmigo? Verá usted gente curiosa.

Juanito dijo:

—No tengo inconveniente.

Salieron los dos del café y comenzaron a marchar, durante media hora, hacia el barrio de Montjuich. Entre este barrio y el de Hostalfranch, en una calle se detuvieron. Llegaron a una puerta pequeña. Pasaron la puerta, después varios patios, callejones estrechos, hasta un cuarto con tres hombres de extraño aspecto. Uno era un señor elegante, el otro tenía aire de militar y el tercero era un trabajador. Estos hombres le invitaron a sentarse, y en una conversación larga con ellos le dijeron que le mandarían con frecuencia instrucciones de lo que debía hacer para no caer en manos de los pistoleros de un partido o de otro. A cambio de esto, él se comprometería a decirles, en ciertos momentos, toda la verdad de lo que supiese.

Juanito se encontraba en un estado como de sonámbulo. Prometió lo que le exigieron y dio las señas de su casa.

Luego no pudo sacar en consecuencia dónde había estado aquella noche; pensó en si sería un sueño de un delirio alcohólico; pero no; la promesa de aquellos hombres se cumplió y casi todas las semanas le mandaban una instrucción sobre lo que tenía que hacer y sobre lo que no tenía que hacer. Su nota la firmaban: «Los Tres». Hacia la mitad de octubre estaba dispuesto el atentado contra Martínez Anido. Se aseguraba que entraban en él todos los directores del sindicalismo de acción; tomarían parte los hombres de más arrestos, entre ellos el Talens, apodado *el Valencianet*; José Gardeñes, José Claramunt, Manuel Bermejo, Amalio Cerdeño, Antonio Calomarde Costa, Rafael Climent y otros muchos.

De todos estos, el Talens era el más conocido como pistolero. Se decía que había ido a Sevilla a matar a un político republicano, a quien disparó unos tiros.

Unos días antes del atentado disparó contra el agente de vigilancia Lucio Guzmán, frente a una iglesia de Sans.

El Abogado y el Inocencio llamaron a Vélez y le entregaron tres bombas para el atentado contra Anido.

Los sindicalistas llevaron estas bombas a una casa de la calle de Escudillers. Confirmaron que estaban cargadas con dinamita. Al día siguiente, entre Juanito, el Abogado y el Floro, entraron en la casa, desarmaron las bombas, les quitaron la dinamita y la sustituyeron por arena.

El complot se preparó para el día 23 de octubre.

Al final de la Rambla, ya cerca del puerto, bajando en dirección al mar, a la derecha se encuentra el viejo cuartel de las Atarazanas, y a la izquierda, una serie de calles y callejuelas del pueblo viejo. Cerca del monumento a Colón hay una plazoleta, que se llama plaza de la Puerta de la Paz, y de allí parte la calle del Dormitorio de San Francisco, que luego se continúa con la calle Ancha.

La calle del Dormitorio se interrumpe por la plaza de Medinaceli y es paralela al paseo de Colón.

Los conspiradores creían que podrían coger desprevenido al general en la plaza de Medinaceli, rodearle y matarle a tiros y con bombas. Los de la Policía pensaban exterminar primero a los sindicalistas comprometidos directamente en el atentado y después prender a todos los que pudieran considerarse inspiradores, aunque lejanos, del asunto.

Varios sindicalistas estarían apostados en la calle del Dormitorio de San Francisco; otros se agazaparían detrás de los troncos de las palmeras y de los plátanos de la plaza de Medinaceli, desde donde dirigirían sus fuegos.

A Juanito Vélez, Los Tres, los corresponsales misteriosos, le avisaron que si quería salvar la vida no entrara con ningún pretexto en la plaza de Medinaceli en el momento del atentado.

Oficialmente, los confidentes que se ocupaban de esta cuestión eran: uno de la

Policía, llamado Pellejero: el Inocencio y el Floro.

La noche señalada salió Martínez Anido en auto del teatro Eldorado, de la plaza de Cataluña.

El automóvil bajó por la Rambla y torció a la izquierda, como siempre, por la pequeña plaza de la Puerta de la Paz, por delante del bar Cava Universal.

Una hora antes, el grupo mayor de los conspiradores marchó en dos motocicletas. Dejaron estas en la esquina de una callejuela con la calle de Fernando, a una distancia menor de un kilómetro de donde se iba a verificar el atentado.

Tomaron por la calle del Vidrio a la plaza Real, luego por la de Zurbano, donde cruzaron la calle de Escudillers y entraron por el Pasaje de Escudillers. Allí recogieron las bombas en un portal. Esta casa de las bombas estaba, según me han contado, cerca de un prostíbulo, donde después tiraron a una muchacha a la calle. Esta muchacha se llamaba Lolita Bernabeu. En Barcelona todo el mundo aseguró que a la Lolita la mató un militar. El militar estaba ebrio, y jugando a la esgrima le dio a la muchacha con la punta de un paraguas de esos delgados y le atravesó la zona cardíaca, y la mató. Al verla muerta, las mujeres de la casa la cogieron y la tiraron a la calle. Por eso los médicos estaban extrañados de que la herida en el cuerpo de la Lolita, que suponían de bala, no tuviera orificio de salida.

Siguieron los sindicalistas el Pasaje de la Paz a la calle del Dormitorio de San Francisco. Todas estas calles, estrechas, tienen a un lado y a otro almacenes y una acera en medio. Las casas son altas y su aspecto de noche es poco tranquilizador. Al final del Pasaje de la Paz hay una reja a la calle del Dormitorio, que no se cerraba ni se cierra. Los muchos callejones próximos permitían una rápida escapatoria.

Juanito Vélez, siguiendo la consigna que le habían mandado Los Tres, no avanzó hacia la plaza de Medinaceli.

A las siete de la noche comenzaron a aparecer en las esquinas varios grupos de sindicalistas. En esto se presentó el automóvil del gobernador, que penetró por la calle del Dormitorio despacio. Al mismo tiempo se oyeron los estampidos de dos motocicletas, que entraron en la plaza de Medinaceli, y se estacionaron allí. Alguien gritó: «¡La Policía!». Y en seguida comenzaron los tiros.

Algunos de los agentes dispararon a boca de jarro sobre los sindicalistas y estos contestaron, y quedaron varios muertos.

Otros muchos huyeron.

De los conspiradores se dijo que cayeron muertos Bermejo, Cerdeño, Claramunt y Climent.

Siguieron sonando los tiros con largos espacios cada vez más lejos. Los anarquistas, sin duda, esperaban el estallido de las bombas; pero las bombas no explotaron. Juanito sabía por qué. Entre los muertos estaba el policía Pellejero.

Este Pellejero iba en compañía del Talens. Al descubrirse que la Policía se había dado cuenta del complot, Pellejero quiso detener al Talens, y le enseñó la insignia que llevaba detrás de la solapa. El Talens levantó la pistola, se la puso al policía en la sien

y disparó. Pellejero cayó muerto en el acto.

Juanito Vélez, con otros, desapareció del lugar rápidamente. Se prendió a Feced, al Talens y a José Gardeñes.

Juanito se salvó en aquella ocasión por milagro.

POR ENTONCES la compañía en que trabajaba la Elvira marchó a Mallorca. Juanito se encontró sin la muchacha muy deprimido. Tenía una deuda enorme para su pequeño sueldo. Fue a buscar a Paco Herrera y le contó su situación. Le dijo que había hecho deudas que no podría pagar en toda su vida y que estaba a punto de resolver la situación pegándose un tiro.

—Eso nunca —le dijo Herrera.

—No sé qué hacer.

—Lo que debes hacer es pedir en seguida una licencia por enfermo, y por primera providencia te vas. Le dices a tu madre que el médico te ha dicho que te vayas. Después solicitas un traslado y allí adonde te destinen te marchas, y ya pagarás si puedes.

Juanito hizo lo que le decía su amigo, y se escapó sin despedirse de nadie.

Por entonces Anido fue destituido del Gobierno civil de Barcelona. Los patronos barceloneses hicieron a Anido y a Arlegui un homenaje en el hotel Ritz. Se discursó y se llamó torpe destitución a la de aquellos hombres, que decentemente no hubieran podido estar más que en un presidio o en un lazareto, y se habló de anarquía y de libertinaje.

La despedida de Anido no fue muy cordial. Nadie fue a saludarle a la estación, con lo cual el hombre se consideró ofendido y humillado.

Arlegui, en cambio, que iba con su hija, fue motivo de una ovación. Se despidió diciendo que se marchaba de Barcelona confuso de reconocimiento por las demostraciones de afecto que había recibido, por las consideraciones que tuvieron para él los barceloneses, etcétera etcétera.

—Pero a Juanito, ¿qué le pasó? —preguntó Fermín.

—A Juanito, que había pedido un sitio lejos de Barcelona, le enviaron a Tuy, a Galicia. Vivía, según parece, muy oscuramente y muy triste, y el primer invierno que pasó allí cogió la gripe y al poco tiempo se le manifestó una tuberculosis con unas fiebres altísimas y vómitos de sangre y en poco tiempo murió.

—Mala suerte.

—Sí, muy mala.

El general había quedado satisfecho de excitar el interés y la curiosidad de sus oyentes.

Fermín, don Leandro y Arizmendi se despidieron de él y fueron a buscar el auto, que habían dejado al borde de la carretera.

Barcelona, noviembre 1931.

LIBRO TERCERO

LA PROTECCIÓN DEL NEGRE

DESDE EL PUEBLO DE GUADARRAMA los dos Achas y Arizmendi tomaron hacia Madrid, a gran velocidad. Después de pasar Torrelodones comenzó a oscurecer. Cruzaron por delante del barrio vasco de este pueblo, en cuyas casas se veían los interiores iluminados. Encontraban, al avanzar por la carretera, zonas de calor y zonas de frío, muy separadas unas de otras.

—Es curioso cómo puede estacionarse el calor y el frío en el camino —observó Fermín— y seguir tanto tiempo inmóvil.

—Dependerá, sin duda, de los sitios donde da más el sol y de que estos se hallen más o menos azotados por el viento.

—Así debe ser; pero es, de todos modos, un poco raro que esas zonas de calor y de frío al aire libre con las corrientes de viento no se mezclen.

Una niebla opalina cubría Madrid y se veían vagamente sus edificios de un color cárdeno oscuro.

Tomaron una recta larga de la carretera, que terminaba cerca de Las Rozas. Brillaban en el aire una fila de focos eléctricos próxima a la vía del tren. Vieron pasar un expreso, con todas sus ventanas iluminadas.

Al llegar a una encrucijada del camino apareció un bar restaurante muy iluminado y lleno de gente. Sonaban los altavoces de la radio en el aire. Brillaban las luces, con sus pantallas rojas, sobre las mesas, cubiertas de blancos manteles.

—Vamos a cenar aquí —dijo don Leandro.

—Me parece muy bien —asintió Arizmendi.

Bajaron del auto, que dejaron cerca, y se sentaron en la terraza, donde hacía una temperatura muy agradable.

Cenaron, y al final de la cena Fermín Acha dijo:

—Yo también tengo algunos datos del terrorismo de Barcelona. Me contó una historia curiosa un cura que había sido capellán de la Cárcel Celular.

—Hombre... Cuéntela usted —indicó Arizmendi.

—Este cura era un hombre amable y simpático. Yo fui a visitarle dos o tres veces para hacerle algunas preguntas acerca del arte románico catalán. Charlamos de esto y después del estado moral de Barcelona en aquel tiempo. Él me aseguró que el espíritu de la ciudad era, indudablemente malo, vicioso, inmoral, materialista, entregado al mayor desenfreno. Yo le dije que Barcelona, como las otras dos o tres grandes ciudades del Mediterráneo, era, naturalmente, un pueblo trabajador, pero con un fondo turbio y fangoso.

El cura se molestó un tanto al ver que yo asentía a lo que él aseguraba, y

reaccionó en seguida.

En general, el catalán es muy patriota y está muy contento de su país. Los demás españoles comparamos poco nuestras cosas con las de los vecinos y damos por sentado que por ser nuestras ya son importantísimas, no porque sean buenas, sino porque son nuestras; así es que no comparamos.

El cura, como les indicaba, reaccionó pronto:

—No crea usted —me dijo—; en medio de esta gente mala, sin principios morales y religiosos, se han dado casos de bondad y hasta de abnegación. Ha habido ejemplos de virtud y de mérito insospechados.

—Es evidente —le repliqué yo— que tiene que haber momentos buenos en los hombres, por muy endurecidos y empedernidos que estén en el crimen.

El cura, mientras estuvo en la cárcel, asistió a condenados a muerte, porque en su tiempo hubo varios ejecutados. Me contó detalles de ellos que demostraban su valor y su altruismo. Me habló de un anarquista a quien salvaron los compañeros, que creo que se llamaba Devesa. Estaba condenado por el asalto a un Banco, y dos terroristas se presentaron a declarar y a decir que en esa época Devesa no podía estar en el pueblo del atraco, porque se encontraba con ellos preparando un complot en Valencia, lo que era verdad. Al confesarlo sabían que los iban a prender.

El cura me contó también lo que ocurrió con un empleado de Barcelona.

Este empleado estuvo procesado en el asalto de un Banco de un pueblo industrial próximo a la gran ciudad.

Según se decía, el empleado, casado y con hijos, mantenía relaciones amorosas con una mujer, también casada, que vivía en el pueblo donde se intentó el atraco. Este hombre tuvo la mala suerte de presentarse en el pueblo precisamente el mismo día en que se asaltó el Banco. El asalto fracasó y fueron cogidos los atracadores.

La Policía prendió a todos los forasteros llegados al pueblo veinticuatro horas antes del suceso como posibles cómplices, les sometieron a un interrogatorio, entre ellos al empleado. Le preguntaron a este a qué habían ido allí y él intentó salir del paso diciendo que a comprar unos terrenos. Le volvieron a preguntar en dónde estaban aquellos terrenos y a quién iba a comprárselos. Él dio el nombre de un agente. Se comprobó que no había tales terrenos, se le consideró complicado en el asalto y en el juicio sumarísimo fue condenado a muerte. Estaba a punto de entrar en capilla cuando el jefe de los atracadores, que tenía sobre su conciencia infinidad de muertes y de robos, llamó al juez y le dijo: «Mire usted, señor juez, tengo que decirle que a este hombre nosotros no le conocemos, y que no ha tenido participación alguna en el asalto del Banco. Comprenderá usted que esta declaración mía es completamente generosa. Yo no tengo en este momento interés ninguno a favor ni en contra de ese hombre; pero me duele que lo vayan a matar, porque la verdad es que no tiene nada que ver en el asunto».

El juez llamó al empleado, tuvo una conferencia con él y le apretó y le exigió que le contara en confianza qué es lo que le había ocurrido.

El empleado explicó lo que le pasaba: tenía amores adúlteros con una mujer casada del pueblo y había ido a verla. Dijo después que casi prefería que le apretaran el cuello que no decir en público la verdad, porque de decirlo habría una guerra constante en su casa con su mujer y su suegra, y otra guerra en la casa de la mujer a quien visitaba entre ella y su marido.

El juez, inmediatamente, puso en libertad a este hombre.

«Realmente, era un tipo extraño», dije yo.

El cura me habló después de un atentado que se preparó, y no llegó a realizarse, durante una gran revista de Somatenes para bendecir las banderas. Los anarquistas cogieron un auto, después de atacar al chófer, pusieron dentro unas bombas de una enorme potencia y dejaron el automóvil en el paseo de Gracia, donde se iba a celebrar la ceremonia. Las bombas no estallaron; si no, hubiera ocurrido una catástrofe terrible; medio paseo de Gracia se hubiese venido abajo.

El cura me dijo que cuando estaba en la cárcel veía a los policías y a las gentes de los sindicatos que iban a preguntar a qué hora saldrían los presos enemigos, sencillamente para matarlos. Se había perdido toda humanidad. Los de uno y otro sindicato hacían, cuando salían de la cárcel, que fueran a esperarles los amigos de su cuerda para que los defendieran de un posible ataque.

Varios, para no salir de la cárcel, inventaban que habían tomado participación en algún atentado y pedían declarar ante el juez. No les valía. Otros creían salvarse saliendo de la cárcel a horas intempestivas; pero tampoco resolvían la cuestión; porque si no contaban con amigos en la calle, eran atacados a poca distancia.

Los anarquistas mataron también al verdugo de Barcelona cuando estaba en el balcón de su casa. Le tenían mucho odio. Se jactaba de haberlo hecho un tal Villós que le disparó varios tiros desde un automóvil. El verdugo, Pérez Cicario, vivía en la calle de la Riereta y era zapatero de viejo. En la vecindad le confundían con otro remendón y los chicos le gritaban a este: «¡Buchí, Buchí!. —Y el zapatero salía al portal y decía—: Yo no soy el buchí; ese vive unos números más abajo».

El cura afirmaba que el pueblo se había acostumbrado al pistolero como a un fenómeno natural. Me contó que una asistenta que tenía su hermana estaba preocupada por su hijo, un holgazán que pretextaba no hallar trabajo, hasta que un día la mujer, satisfecha, le indicó a su señora:

—Ya, por fin, mi chico ha encontrado un destino muy bueno. Le dan quince pesetas al día.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Y qué destino le han dado?

—Le han hecho pistolero.

Había dejado el cura su cargo en la cárcel y entrado en una parroquia del centro, donde yo le conocí.

UN DÍA se le presenta en el confesonario un tipo de unos veinticinco a treinta años. El cura se pone a confesarle, y el hombre le dice de sopetón:

—No vengo a confesarme.

—¿Pues a qué viene usted?

—He venido a pedirle a usted un consejo.

—Diga usted lo que sea.

El hombre era un pistolero apodado *el Negre*. El Negre tenía buen tipo, estatura más bien baja que alta, pelo rizado, moreno, ojos negros y vivos, una cara de torero, del torero fino y expresivo. Parecía muy decidido. Iba bien portado, con traje negro; hablaba catalán y castellano. Al parecer, se veía en él un tipo todo acción y energía, un hombre de presa.

El terrorista explicó al cura sus preocupaciones y el problema que en aquel momento le obsesionaba.

El Negre había tenido un amigo, Jaime Oriol, obrero hábil y distinguido, de ideas extremas, casado con una mujer joven y bonita. Jaime Oriol tenía dos hijos: una niña y un niño: Teresa y Ramón.

Oriol va una noche con dos amigos obreros a un centro sindicalista y a la salida hay una riña entre grupos enemigos y lo matan.

La mujer, todavía joven, guapa y muy solicitada, resiste algún tiempo a las insinuaciones de unos y de otros, y, por último, se va con un hombre; deja a la niña en casa de una cuñada y al chico en un asilo.

El Negre va a visitar al chico, a Ramoncito Oriol, y le entra una gran pena al verle triste y abandonado. El Negre le saca del asilo y le lleva a su casa, donde vivía su madre. El Negre se había mostrado siempre un hijo cariñoso y había tenido mucho afecto a una hermana monja. El Negre era un pistolero del Sindicato Único de los que habían cometido más número de atentados.

Por lo que explicó El Negre al cura y este me contó a mí, al comenzar su acción anarquista dirigía la lucha en Barcelona una banda formada por Ramón Archs, Pedro Vandellós y otros, que prepararon la muerte de Maestre Laborde, conde de Salvatierra y la de Dato.

Maestre Laborde, mientras fue gobernador de Barcelona, se mostró déspota e inhumano. Era hombre autoritario, soberbio, de los que creen que el que manda tiene todos los derechos, y el que obedece, ninguno.

Maestre Laborde, aconsejado por Anido y Arlegui, y con motivo del atentado contra un presidente de la Sociedad Patronal, realizado, probablemente, por la banda del barón de Koenig, persiguió a los sindicalistas, mandó cerrar los centros obreros y metió en la cárcel a la gente de ideas avanzadas, entre ellos a muchos obreros

inocentes, que tuvieron que pasar meses y meses encerrados y sometidos a malos tratos.

Maestre Laborde era hombre violento.

Durante su mando hubo un plante en la cárcel Celular de Barcelona y se presentó en ella Maestre con el jefe de Seguridad de entonces, declarado energúmeno. Habló el gobernador con su manera despótica, y como no le obedecieron inmediatamente los presos, empezó a palos a derecha e izquierda, secundado por el jefe de Seguridad, que hizo lo mismo, con más energía aún, hasta dejar heridos a muchos.

Fueron presos en Madrid los del complot contra Dato, entre los cuales había algunos que atentaron contra Maestre Laborde. Arlegui sabía la complicidad de Ramón Archs y de Pedro Vandellós, y no descansó hasta acabar con ellos. Al parecer, no solo mandó matarlos, sino que los martirizó. Al uno le quemó los ojos con un cigarro puro y al otro le atravesó varias veces con el espadín.

DESPUÉS, la banda de acción terrorista pasó a estar dirigida por otros elementos jóvenes, entre ellos el Mecánico, el Boltaña, el Che, El Negre, etc.

Todos ellos eran terribles, capaces de cualquier cosa, con una mentalidad de piratas sentimentales.

El Mecánico, que, aunque no le llamaban jefe, lo era, tenía una gran serenidad. Una vez, él y El Negre llevaron unas bombas en un capazo para tirarlas en la Jefatura de Policía. Las bombas eran redondas, de las que llamaban piñas, y pesaban. Los dos hombres se renovaban llevando la carga. Al llegar a la Rambla, las bombas cayeron del capazo y fueron rodando por el suelo.

«¡Eh! Cuidado, cuidado —gritó el Mecánico—, que son bombas, que son bombas.»

La gente que pasaba se echó a reír. Los dos anarquistas recogieron sus aparatos y siguieron adelante.

El Mecánico y los suyos decidieron grandes venganzas.

Su banda se llamó de Los Vengadores. Estaba formada por siete muchachos jóvenes. En tiempo de la formación de la cuadrilla, un día, ya al caer de la tarde, entró el grupo, formado por el Mecánico y otros cuatro, entre ellos el Negre, en un cafetín del Paralelo.

Estaban en una mesa cerca del ventanal charlando cuando vieron que un grupo de pistoleros enemigos se había dado cuenta de su presencia. A ellos se les agregó otro grupo de policías; en conjunto, una docena de hombres, que tomaron en la terraza posiciones estratégicas.

No había más salida en el café que la principal.

Los cinco anarquistas se entendieron con la mirada. Cada uno llevaba dos pistolas cargadas, cada una en el bolsillo de la chaqueta. Se levantaron y se dirigieron a la puerta distraídamente, como si no se hubieran dado cuenta de la asechanza, en dos grupos. El Mecánico y el Negre aparecieron primero en la terraza; luego, los otros tres. De pronto, los cinco dispararon las diez pistolas, mientras los del Libre y los de la Policía preparaban sus armas. Los diez tiros hirieron a varios de los enemigos, que, sorprendidos, contestaron con torpeza a la agresión.

Los cinco anarquistas volvieron a disparar de nuevo, y se retiraron tranquilamente sin que nadie les persiguiera.

El primero a quien la banda condenó a muerte fue al arzobispo Soldevila.

El cardenal-arzobispo de Zaragoza era un reaccionario de influencia. La ejercía no solo en su sede, sino en Barcelona, y recomendaba a las autoridades de allí medidas fuertes y duras contra los obreros y los agitadores. Los anarquistas sabían que el arzobispo conferenciaba en Reus con los jefes de la Patronal de Barcelona y

daba consejos para atacar a la organización sindicalista obrera.

La banda marchó a Zaragoza; se entendieron los directores con una vieja anarquista catalana que vivía allí hacía algún tiempo, la ciudadana Teresa, y entre todos prepararon una emboscada y mataron al arzobispo una tarde que iba a una posesión suya llamada El Terminillo.

El arzobispo fue muerto en el auto cuando entraba en su finca, donde había establecido una escuela dirigida por monjas. Los anarquistas le hicieron veinte disparos.

El arzobispo cayó muerto y quedaron heridos su familiar y el chófer.

La gente quedó un poco asombrada de la muerte del arzobispo-cardenal. El prelado, según los periódicos, era un santo varón, un alma de Dios, y no intervenía para nada en la política. Al decirse que el atentado procedía del campo sindicalista, pensó todo el mundo:

—Esos sindicalistas están completamente locos.

El atentado tenía su razón, buena o mala, pero la tenía.

En el atentado tomó parte El Negro. Mientras este acechaba con su pistola al arzobispo, Ramoncito Oriol, el hijo de su amigo, jugaba en la casa con un caballo de cartón.

—¿Qué has hecho? —le preguntó el niño cuando vio a su protector que volvía de su terrible faena.

—Hemos estado de día de campo, de caza.

—¿Y por qué no me has llevado a mí?

—No había más que hombres. No había niños. Te hubieras aburrido.

Desde Zaragoza los individuos de la banda anarquista fueron a Valladolid, donde un joven afiliado al sindicalismo los escondió. Estuvieron en la ciudad castellana unos días y luego el Mecánico y El Negro se trasladaron a Madrid.

Todas las mañanas los dos marchaban a la estación del Mediodía, a la llegada de los trenes, como quien va al trabajo, a ver si aparecía Martínez Anido, para matarle.

Don Severiano no aparecía. Los anarquistas tenían noticias de que había salido de Barcelona en el tren como autoridad y de uniforme. Le esperaban y no le encontraban. En una de las salidas, al llegar a una de las estaciones del tránsito, Anido bajó y se disfrazó.

El presidente del Consejo de por entonces, que hizo dimitir al general, le quitó la guardia de policías que llevaba. Los anarquistas no sabían este detalle. De saberlo, hubieran intentado matarle en el tren.

Don Severiano, el bravo general, viéndose solo y sin protección alguna, temblaba de miedo.

El hombre se escondió y se disfrazó de aldeano. Se puso un traje de pana, una pelliza y una gorra, y como su aire era tan plebeyo y tan vil, parecía un palurdo.

Así disfrazado, y en un vagón de tercera, llegó a Lugo, donde tenía parientes, por ser él natural de la provincia.

De Lugo se dirigió a Vigo. Aquí conocía a un pescador de la isla Toralla. El pescador tenía una choza, y allí fue a esconderse el general y pasó varios meses.

Mientras tanto, los anarquistas le seguían, dispuestos a acabar con él. Aquel militar, tan valiente cuando iba escoltado por Policía y Guardia Civil, sin escolta era un pobre miserable y cobarde.

Para aquel acecho constante de los anarquistas se necesitaba un valor, una serenidad y un fanatismo incalculables. El Mecánico y El Negre estaban dispuestos a todo por el placer de acabar con el general. Le odiaban como a una bestia dañina y esperaban con ansiedad el momento de atravesarle a balazos, aunque les costara la vida.

De vuelta de aquellas esperas de tigre al acecho, El Negre llegaba a la posada con algún juguete y se entretenía hablando con su protegido. De noche le dejaba en la cama, le daba un beso en la frente y se marchaba.

Como la asechanza en Madrid no dio resultado, El Negre y el Mecánico fueron a La Coruña para ver si allí cazaban a don Severiano.

Los pistoleros veían a El Negre que iba y venía con el hijo del amigo muerto y les parecía muy bien su piedad y la respetaban.

En La Coruña la Policía descubrió las huellas de los Vengadores, e inmediatamente tuvieron que escapar de allí de prisa y corriendo.

En tanto, un joven amigo de la banda, medio tuberculoso, que había ido desde Barcelona a León a reponerse, mató al ex gobernador de Bilbao, Regueral, a quien acusaban de haberse mostrado implacable y cruel con los obreros vizcaínos.

El joven era vegetariano, naturista y enemigo de la violencia. Un día leyó en un periódico obrero que el gobernador Regueral había cometido grandes atropellos en Bilbao. Sabía que estaba en León, cogió una pistola, salió de casa y se encontró de pronto con el ex gobernador en la calle. Le detuvo, le agarró de la solapa y le dijo: «Usted es un canalla y un bandido y ahora mismo lo voy a matar», y sacando la pistola del bolsillo le disparó un tiro en el pecho y lo dejó muerto.

Hecho esto, se retiró tranquilamente sin que nadie le persiguiera.

Despistada la banda anarquista de los Vengadores por no poder coger a Anido, subió a Gijón, donde asaltó el Banco y se llevó ciento veintitantos mil duros. Este dinero lo guardó un mozo de café, complicado en el asunto.

Los anarquistas fueron cogidos en una callejuela de Oviedo, en una buhardilla, y atacados por la Policía. En la lucha hubo muertos por una y otra parte. Algunos de los atacadores escaparon por los tejados, y El Negre pudo salir del pueblo disfrazado de mendigo, llevando a su hijo adoptivo en los hombros. Se aseguró que el cadáver del Mecánico se encontró a orillas del río; pero no había tal.

De la banda anarquista de los Vengadores se salvaron únicamente los jefes, quizá por su audacia o por su suerte; los demás cayeron muertos en varios encuentros.

IV

EN PARÍS

EL NEGRE pudo ganar la frontera con Ramoncito Oriol y marchó a París y dejó al niño en un colegio.

Luego El Negre estuvo en la Argentina y en Méjico con su amigo el Mecánico. Hicieron allí una porción de fechorías y volvieron a París, en donde forjaron un atentado contra el rey de España.

Nadie conocía su plan; no habían hablado más que a dos o tres personas de confianza absoluta, cuando un día fue la Policía francesa a sus casas respectivas y los llevó a los dos presos a la cárcel de la Santé.

Pasaron allá unos meses, y en esto llamaron al Mecánico y le comunicaron que España pedía su extradición y que el Gobierno francés la había concedido.

El Mecánico fue trasladado a la Conserjería. Todos los días le mandaban desnudarse tres y cuatro veces para registrarle. A la puerta de su celda habían puesto un letrero, que decía: «Très Dangereux». Los demás presos, al verle en los corredores, se llevaban la mano al cuello y hacían, ¡*cuic!*, para dar a entender que pronto le ejecutarían.

El Mecánico les contemplaba impasible, con su aire de indio bravo.

El Negre no tenía la importancia de su amigo, y fue puesto en libertad. Entonces quiso ir a ver a Ramoncito Oriol, a su protegido, al colegio, y al llegar a la puerta no se atrevió. Le parecía que el chico iba a conocer que salía de la cárcel y a echarle en cara sus fechorías.

El Negre tenía la nostalgia de Barcelona, teatro de sus hazañas. Fue allá e intervino de nuevo en los asuntos sindicalistas y terroristas. Formó parte de otra banda, que se llamaba, medio en serio, medio en broma, Los Solidarios.

El Negre intervino en nuevos atentados; atracó Bancos, sacó dinero. Se le veía en cafetines frecuentados por gente decidida. Estos se reunían con mucha frecuencia en un bar del Paralelo con un nombre muy apropiado para juntas de anarquistas, pues se llamaba La Tranquilidad.

En esto, El Negre encontró a la madre del chico, de Ramoncito Oriol, convertida ya en una buscona de bajo vuelo.

La mujer quería ver a su hijo. El Negre le hizo reflexiones razonables; pero ella no se avenía. Los dos riñeron y se amenazaron.

La madre del niño, muy ofendida por la actitud de El Negre, comprendía por qué no quería que el chico se reuniera con ella. La mujer decidió declarar la guerra al terrorista, denunciarle y hacerle la vida imposible. Lo consiguió. Dominado por la incertidumbre, el pistolero quería consultar con el cura la primera vez que fue a verle al confesonario. ¿Qué hacía? ¿Entregarle el niño a la madre? Esto era llevarlo a un ambiente de vicio y de inmoralidad. ¿Llevarlo a vivir con él? Era imposible. Estaba

expuesto a que lo mataran un día cualquiera los enemigos y el chico quedaría en la calle.

«Es difícil aconsejarle —le dijo el cura—; pero creo que, si usted tiene dinero para ello, lo mejor es que el chico se quede en el colegio de París.»

Unos meses después, el pistolero se presentó de nuevo en el confesonario y habló de su asunto. El chico tenía entonces doce años. La pensión en el colegio francés era relativamente pequeña: tres mil francos al año; en ocho años, veinticuatro mil francos, lo que, al cambio de entonces, no llegaba a cinco mil pesetas. El Negre las tenía y las había enviado al director del colegio donde estaba el chico.

—Cuando tenga que ser soldado estará en disposición de ganarse la vida.

—Me parece muy bien lo que ha hecho usted —le dijo el cura al terrorista.

—Le voy a dejar a usted el nombre y las señas del chico. Si dentro de un año no me presento aquí, escríbale usted.

QUINCE O VEINTE días después, no haría más, El Negre se metió en la iglesia y le pidió al cura que le dejara dormir en un rincón. De su cuadrilla habían matado a uno en el tren, al otro en un barco, a un tercero le habían ejecutado por la ley de fugas, un cuarto estaba preso y a él le andaban buscando de cerca.

El Negre no tenía más solución para salvar su vida que dejar el Sindicato Único, pasarse al Libre y después buscar la manera de entrar en el Tercio de Marruecos. Algunos de sus compañeros habían conseguido hacer esta combinación; pero para ello se necesitaba tener habilidad y suerte.

El Negre estaba ya deshecho, rendido, de la existencia aperreada que había llevado. Los últimos meses lo único que le preocupaba era el chico, Ramoncito Oriol.

Dos o tres días después el cura leyó que en los alrededores de la ciudad habían encontrado al Negre muerto.

El Negre, huyendo, por lo que dijeron, se metió en una casa elegante y subió por las escaleras con la pistola en la mano. Al ver una puerta abierta, entró por ella, recorrió un pasillo y llegó a la cocina. Una criada, al verle, se echó a temblar; él le dijo que no quería más que huir, que le llevara a la azotea. La criada le llevó a la azotea y el Negre fue saltando una azotea tras de otra hasta llegar a una casa que conocía, y de allí salió a una calle próxima a la Rambla. De aquí marchó al bar del Paralelo y pudo descansar. Salió del bar, pensando que estaba a salvo, y al llegar a unos desmontes le pegaron dos tiros y lo dejaron muerto. El cura fue a verle al depósito de cadáveres, y allí estuvo un momento con la madre del «Negre» y con la hermana monja.

—¿Y escribió el cura al muchacho? —preguntó Arizmendi.

—Sí, parece que sí. El muchacho se portaba bien y se mostraba aplicado. El chico escribió también al cura preguntándole cómo se llamaba su protector y quién era. El cura le contestó que acababa de morir y que era una persona buena, caritativa y cristiana.

—Mentira piadosa que todos hubiéramos considerado plausible —dijo don Leandro.

—Es verdad —añadió Arizmendi.

—Más plausible para nosotros los vascos, que tenemos algo de jesuitas —dijo riendo Fermín.

Madrid, diciembre 1931.

LIBRO CUARTO

SILENCIO

LA TARDE DE INVIERNO era oscura, templada y gris. El Valle de Loyola se inundaba de niebla. Caía una lluvia menuda, el suelo brillaba lleno de charcos; en los postes de la carretera y en las paredes de las casas, grandes y negras, resplandecían las luces eléctricas.

El Urola corría crecido, murmurando con sus aguas amarillas y espumosas. La mole de Izarraitz se adivinaba entre la bruma.

La pared oscura del colegio de los jesuitas mostraba los rectángulos de luz de sus ventanas iluminadas.

En una sala próxima a la biblioteca dos padres trabajaban ante montones de libros sobre una mesa. En las paredes, con algunos mapas geográficos y geológicos, los armarios mostraban a través de los cristales rocas, plantas y fósiles. Los dos padres seleccionaban libros para bibliotecas de distintos colegios españoles de la Orden.

Uno de los jesuitas, el padre Robles, de cerca de setenta años, era grueso, sonriente, con el vientre abultado y el aire un tanto fofo. Tipo con algo de infantil y de burlón. Dedicado desde muy joven a trabajos históricos y eruditos, a fuerza de someterse desde hacía cincuenta años a las estrechas reglas de la Compañía, gozaba de gran independencia. El padre Robles, espontáneamente y sin proponérselo, discurría en todo con el mismo criterio de la Orden. No sentía necesidad de adaptarse, estaba perfectamente adaptado e identificado con la Compañía.

El otro jesuita, el padre Ugarte, más joven, delgado, un poco sombrío de aspecto, era hombre flaco, seco, anguloso, de aire duro y frío exagerado por sus anteojos colocados sobre la nariz huesuda, larga y estrecha. No había en él nada del tipo suave y melifluo frecuente en la Orden de los ignacianos; todo lo contrario, en él todas parecían aristas y esquinas.

El padre Ugarte explicaba en el colegio de Loyola cosmología, geología, paleontología y al mismo tiempo teología moral.

¿Cómo podía armonizar estas disciplinas científicas con su fe católica? Él solamente lo sabía. Los superiores le dejaban estudiar sin molestarle lo más mínimo y consideraban que el padre Ugarte defendía a la Compañía cuando redactaba algún artículo en cualquiera revista demostrando que los datos aportados por algún escritor heterodoxo no eran completamente exactos o estaban mal deducidos.

El padre Ugarte tenía la ambición de la ciencia, una ambición secreta. Hubiera querido dejar su nombre unido a una obra científica importante. La casuística, el confesonario, todas estas prácticas del cura y del fraile, le molestaban interiormente. No lo decía, pero las despreciaba, le parecían vejece y cosas ridículas.

Los estudiantes y los novicios, más fanáticos que los profesores y más agudos en su psicología, no le querían, le tenían por un traidor. Encontraban que el padre Ugarte

ponía mucho más entusiasmo cuando rebatía algunos puntos de la teoría de la evolución o cuando hablaba de los períodos geológicos y de la posibilidad o imposibilidad del hombre terciario que cuando disertaba acerca de la gracia suficiente, del probabilismo o refutaba la moral de los jansenistas.

Parecía que esto, la teología moral y el casuismo, los explicaba por obligación, mecánicamente, sin el menor entusiasmo, lo cual no quería decir que no dominase la materia y no conociese perfectamente las distintas teorías y opiniones.

Enfrascados el padre Robles y el padre Ugarte en su trabajo, no oyeron que llamaban discretamente a la puerta. A la segunda llamada el padre Robles exclamó:

—Adelante.

Un lego asomó la cabeza y murmuró:

—Es una visita.

—Que pase.

SE ABRIÓ LA PUERTA y apareció un señor peripuesto. El padre Ugarte se levantó con rapidez y contempló con una mirada severa a través de sus anteojos al visitante. El padre Robles se irguió a medias, de una manera pesada, como hombre flojo y cansado.

—¡Hola, hola! —dijo.

—Siéntense ustedes por mí, padres —indicó el señor recién venido—. ¿Están ustedes bien?

—Bien, muy bien. Puede usted sentarse.

—No, muchas gracias. He venido de San Sebastián con dos señoras que quisieran hablar con ustedes, y, como a esta parte del monasterio no pueden pasar ellas, yo les rogaría, si no les es molesto, que salieran un momento al locutorio.

—Nada, no hay molestia ninguna —dijo el padre Robles.

—A mí no creo que me necesitarán —indicó el padre Ugarte.

—Si usted quisiera venir también, mi reverendo padre, esas señoras lo agradecerían mucho.

El padre Ugarte hizo un gesto de fastidio. Salieron los tres de la sala y fueron marchando por un largo corredor. El padre Robles renqueaba un poco; el padre Ugarte medía el suelo con el compás de sus largas piernas, y el señor recién llegado marchaba a pasitos cortos.

Del pasillo salieron a una escalera, la bajaron, tomaron otro corredor y entraron los tres en una sala de visitas.

Las dos señoras que esperaban hicieron una reverencia ceremoniosa a los dos jesuitas, se saludaron todos y se sentaron.

De las dos señoras, una era de San Sebastián; la otra, aunque vivía en la misma ciudad, era de Azpeitia. El señor era también de San Sebastián.

La dama donostiarra, de más de cincuenta años, alta, seca y mandona, era presidenta de una congregación y de varias juntas benéficas de San Sebastián.

Debía haber sido mujer guapa: tenía la cara correcta, un poco dura y sin gracia. Vestía con elegancia y gastaba algunas joyas muy ricas.

—Mire usted, padre —dijo la señora dirigiéndose al padre Robles—; ya comprendemos que el tiempo de ustedes es precioso, y no queremos distraerles. Venimos a hablar de un asunto que a nosotras nos parece muy importante: del crimen de Beizama.

—¡Hombre, el crimen de Beizama! —exclamó el padre Robles—. No comprendo qué relación podamos tener nosotros con él.

—El crimen de Beizama —siguió diciendo la señora— tiene soliviantado al país y se está hablando de él demasiado. La mala prensa está desatada en ese asunto y es

necesario atarla corto.

—Le confieso a usted, señora —dijo el padre Robles—, que, aunque he oído hablar de eso, no he seguido la cuestión, no sé lo que ha pasado.

La señora donostiarra contó algunos incidentes de la causa. La señora hablaba escuchándose y con cierto retintín. Seguramente creía que tenía el monopolio de la verdad. Los demás no podían ser más que usurpadores audaces, y las verdades que pretendían pasar como auténticas eran moneda falsa.

La señora azpeitiana, menos orgullosa y altisonante, hablaba con más modestia y con mucho acento del país, confundiendo a veces, aunque suavemente, las zedas y las eses.

El señor era un hombre almibarado y melifluido, subrayaba y acentuaba las frases de la señora donostiarra. Parecía un admirador ferviente de la facundia y de los arranques oratorios de la católica dama.

Las dos señoras y el señor aseguraban que los encartados por el crimen de Beizama no eran los autores. Se les había obligado a declarar por la violencia y hasta por el tormento, metiéndoles pinchos entre las uñas. Se les había hecho sufrir con otros horribles procedimientos.

El señor almibarado dijo que los curas en los sermones afirmaban la inocencia de los procesados, y ¿quién mejor que ellos podía saber la verdad?

La señora quería convencer a los dos jesuitas de la exactitud de su tesis.

El padre Ugarte dijo varias veces secamente:

—Eso, la justicia es la que debe resolver. Los religiosos no creo que debemos metemos en una cuestión así.

La señora creía todo lo contrario; afirmaba rotundamente que los procesados no eran culpables. Los detenidos eran gente buena y religiosa. Para ella, con ser religiosa demostraba que no podían ser criminales.

—Ya veremos, ya veremos —dijo el padre Robles—; consultaremos, haremos averiguaciones...

—No, no —repuso la señora—; es indispensable parar el escándalo de los periódicos.

—Señora..., no se...

—Ya que, afortunadamente, tenemos la Dictadura —siguió diciendo ella—, no nos será difícil que el Gobierno prohíba a los periódicos que hablen de ese crimen. Yo visitaré en cuanto pueda a la reina Cristina, que va a venir dentro de unos días a San Sebastián. Quisiéramos que ustedes nos dieran su apoyo y su beneplácito.

—Eso es, quisiéramos que nos apoyaran —añadió la señora de Azpeitia.

—Quizá sería más prudente averiguar de antemano lo que hay de cierto en la cuestión, en cuanto a lo que se dice de violencias y de martirios, y dejar obrar libremente a la justicia —dijo el padre Robles.

—No, no, no —afirmó calurosamente la señora donostiarra—. Es un escándalo, un escándalo que hay que cortar lo más pronto posible —añadió—. En San Sebastián,

los liberales y los anticlericales quieren mezclar en este asunto a los sacerdotes. Hay que cortar esto de raíz. Es la única manera de impedir los vuelos del escándalo que por política quieren preparar los liberales y los enemigos de la religión.

El padre Robles sonreía con sus ojos maliciosos y cansados. El padre Ugarte no decía nada y limpiaba de cuando en cuando los cristales de sus anteojos y los miraba después al trasluz, por si tenían alguna nube.

Al marcharse las dos señoras y el caballero, el padre Robles se puso a canturrear, y el padre Ugarte siguió con su mismo aire indiferente y frío.

Recorrieron los dos jesuitas el pasillo, subieron la escalera y entraron de nuevo en su sala de trabajo.

—Si no le aburre a usted, Ugarte —dijo el padre Robles—, ocúpese usted de esa cuestión del crimen de Beizama. Yo mandaré que le lleven mañana al cuarto los recortes de los periódicos de la provincia que hayan hablado de ello, y usted, que tiene un espíritu científico de investigador, podrá ver lo que hay en el fondo de ese asunto.

—Muy bien. Leeré lo que usted me mande con cuidado.

Al día siguiente, por la mañana, los trozos de los periódicos que se ocupaban del crimen de Beizama los tenía Ugarte en la celda, pegados en cuartillas numeradas.

El padre Ugarte leyó en aquellos recortes el relato del crimen cometido en el caserío Cogosagasti con todos sus detalles. Las primeras investigaciones, hechas sin resultado por el juez; la prisión de los Aranceguis del caserío de Lizardi, y la detención de la Jacinta, una criada de una taberna de Tolosa llamada Ceruchiqui. Vio en aquellos periódicos cómo las sospechas fueron convirtiéndose en indicios claros y vehementes y le sorprendió la cuestión de los anónimos dirigidos al juez por personas de significación en la comarca, entre ellas el secretario del Ayuntamiento de un pueblo.

«La verdad es que es difícil el pensar que estas gentes no tengan participación en el crimen —se dijo el padre Ugarte—. Claro, estos informes de los periódicos pueden estar amañados, falsificados, como supone esa señora pedante que estuvo ayer aquí. ¿Pero qué fin puede haber en ello? No lo comprendo.»

El padre Ugarte reflexionó, y se dijo: «Habrà que ver al juez, a los presos y al médico de la cárcel, para tener una idea un poco aproximada de lo ocurrido».

POR LA MAÑANA, después de dar su clase, el padre Ugarte salió del colegio con la intención de ver al médico de la cárcel, a quien conocía desde hacía tiempo. Le abordó cautelosamente y llevó la conversación hacia el crimen de Beizama. El médico habló con claridad del asunto y dio toda clase de detalles.

—¿Qué hay de esas supuestas torturas a que se ha sometido a los procesados? — preguntó el padre.

—Nada. Son falsas.

—¿Se puede asegurar categóricamente que no son ciertas?

—Lo más categóricamente posible. Yo he visto a los presos todos los días, porque se comenzaba a hablar de martirios.

—¿Y nada?

—Nada. No ha habido tales torturas. Es una mentira que no sé de dónde ha salido ni con qué fin se ha propagado. Yo creo que en España no se ha martirizado nunca a criminales de delito común. De los otros, ya sería más difícil el negarlo rotundamente. En cuestiones políticas interviene el fanatismo, la cólera... Es otra cosa.

Ugarte se despidió del médico y fue a visitar al capellán de la cárcel. Le interrogó con habilidad. El capellán, puesto a la defensiva, contestó con cierto aire brusco y malhumorado: «Yo no sé nada; no puedo decir nada. Si sé algo, lo sé bajo secreto de confesión».

Ugarte le contestó que no intentaba averiguar cosas tan íntimas y le interrogó respecto a los supuestos tormentos.

El cura no había notado nunca ninguna señal que indicase que se hubiera martirizado a los presos.

Para la sagacidad de Ugarte no pasó inadvertida la actitud del cura.

«Este cree que son criminales —se dijo—; si no, protestaría de la prisión con energía y afirmaríala inocencia de los presos.»

El cura parecía reprochar a Ugarte su inoportunidad. Se separaron. Al pasar por el Juzgado, el jesuita se decidió a preguntar por el juez.

—¿Podría verle?

—Sí, señor.

Le hicieron subir a su despacho.

El juez, hombre alto, distinguido, muy elegantemente puesto, recibió con grandes extremos de amabilidad al profesor del colegio de los Jesuitas y le invitó a sentarse.

Ugarte le dijo claramente su objeto. Le contó cómo algunas personas devotas le habían indicado la duda de que los procesados por el crimen fueran culpables, y cómo él deseaba tener una idea de la culpabilidad o de la no culpabilidad de los presos, para

tranquilizar a aquellas personas.

—Mi opinión íntima es que son culpables —dijo el juez—. Yo he hecho lo posible para aclarar la cuestión. La Audiencia estudiará la causa y verá y dará su fallo en el juicio oral.

—¿Se podría visitar a los presos?

—Si quiere usted, iremos a la cárcel —indicó el juez—; pero como les tengo que dar la noticia de su traslado próximo a San Sebastián, los puede usted ver aquí mismo.

El juez ordenó a un conserje que los trajera.

—¿Le habrán hablado a usted también de que los han martirizado? —preguntó el juez.

—Sí. También me han hablado de ello. He visto al médico y al cura de la cárcel, y por sus palabras he comprendido que es una imputación falsa.

—Completamente falsa. ¿Para qué se iba a hacer ese disparate? Quizá haya alguien que tenga interés en salvarlos; pero en perderlos... nadie.

—Sí. Así lo creo yo también.

—Aquí los tiene usted —dijo el juez.

Aparecieron en el despacho los Aranceguis, padre y dos hijos, del caserío Lizardi. Venían sueltos, sin esposas. Eran tipos vulgares, de aire sombrío, pómulos salientes, morenos, cejijuntos, de pequeña estatura.

El presunto asesino tenía un gesto de terror estereotipado en la cara; se veía que debía vivir presa del mayor espanto.

El juez le dijo a Ugarte, señalando al mayorazgo de Lizardi:

—Este hombre se ha pasado quince días sentado en un banco con la cabeza entre las manos, aniquilado, llorando:

El Arancegui padre era pequeño, con la frente deprimida; daba una impresión de terquedad, de decisión y de firmeza.

—¿Usted sabe vascuence, padre? —preguntó el juez.

—Sí.

—Hábleles usted en vascuence. Pregúnteles usted si se les ha martirizado en la cárcel.

Ugarte hizo la pregunta. Ellos contestaron:

—No, no. Nosotros no hemos dicho nunca eso.

Ugarte quiso hacerles hablar; pero ellos estaban, sin duda, dispuestos a no contestar a las preguntas.

¿Cómo era posible, si aquellos hombres eran inocentes, que no proclamaran, aunque fuese de una manera atropellada y confusa, su inocencia, y más con un cura que les hablaba en su idioma? Esto parecía imposible. Y, sin embargo, allá estaban los tres, callados, cabizbajos, mirando al suelo, sombríos, sin decir una palabra.

El padre Ugarte experimentó una impresión penosa, como de verse ante verdaderos culpables.

El juez les dijo que, al cabo de pocos días, iban a ser trasladados a San Sebastián.

—Pueden estar ustedes contentos —añadió—. Si son ustedes inocentes, allí podrán probar su inocencia.

—Sí, señor —dijo el Arancegui padre, como si la noticia no le entusiasmara gran cosa.

Los tres procesados salieron del despacho impenetrables.

—Me ha costado muchísimo hacer hablar a estos hombres —dijo el juez—, sobre todo al padre; es de una firmeza y de una terquedad que es imposible sacarle una afirmación ni una negación. Se ha encerrado en un mutismo absoluto. Él no sabe nada, no ha oído nada, no sospecha de nadie. Además, sabe lo bastante el castellano para entender la pregunta; pero finge que no sabe; entonces el intérprete le tiene que traducir la frase, y esto le da tiempo para pensar la contestación.

Vinieron después las hijas de Arancegui, también del caserío de Lizardi. Una morena, rechoncha, un poco bigotuda, de ojos negros, y otra pequeña, más esbelta. De esta se dijo que lavó las blusas manchadas de sangre de sus hermanos.

Las muchachas no dijeron nada, contestaron con monosílabos y contemplaron al juez y al jesuita con una mirada de malicia hostil.

Después de salir ellas entró la Jacinta, la principal heroína del crimen; al parecer, la inspiradora. La Jacinta, en un tiempo, acusó claramente a los Arancegui del crimen cometido en el caserío de su madre.

La Jacinta, una mujer con un aire valiente y atrevido, era morena, gruesa, de mal color, más bien fea que guapa, vestida de negro. Hablaba el castellano bien. Al hablar cerraba los ojos con un aire erótico y a veces se ponía roja hasta la raíz de los cabellos. Se veía en ella una mujer de cuerpo entero, se comprendía que podía ejercer influencia en el Arancegui hijo, retrasado y deficiente.

La Jacinta afirmó la culpabilidad del mayorazgo de Arancegui, y, puesta a hablar, confesó que ella había intentado envenenar a su hermanastra, a quien odiaba, echándole arsénico en un plato de manzanas asadas.

Al parecer, la Jacinta se desmentía en las declaraciones. La mañana misma del día del crimen aquella mujer salió del pueblo y marchó al caserío Cogosagasti, que estaba a diecisiete o dieciocho kilómetros; vio a su madre y a su hermanastra asesinadas; recogió el ganado en la borda próxima a la casa, lo que sin duda le preocupaba, y se volvió al pueblo sin decir palabra a nadie.

¿Cómo explicaba el haberse presentado en su caserío aquel día? Era muy raro que fuese una casualidad, y más raro aún, que siendo una casualidad, en la que ella no hubiese colaborado, al volver al pueblo callase el hecho.

El juez le hizo preguntas picarescas acerca de algunos hombres de la cárcel. Ella se rio y se ruborizó.

La Jacinta miraba al juez con evidente simpatía y desviaba la vista del jesuita, cuyo aspecto serio y grave sin duda le molestaba.

Se marchó la Jacinta y entraron dos matrimonios: un tal Múgica, un aldeano de

cara redonda, con aire socarrón, y su mujer, que parecía una persona inocente y cándida.

El juez dijo que aquel Múgica le dio mucho que hacer; era el más ladino de todos. Se le acusaba de encubridor. Estaba en relaciones con el secretario del Ayuntamiento de Isasondo, que le aconsejaba lo que tenía que decir y lo que tenía que callar en sus declaraciones.

Este Múgica, una de las veces, se presentó ante el juez como baldado, apoyándose en un palo; afirmó que estaba reumático; por eso no se había presentado a declarar al ser llamado. Después de la declaración salió del Juzgado cojeando ostentadamente y así fue por la calle, y cuando llegó a un sendero, en donde creyó que no le veía nadie, echó a correr como un gamo.

Después entró un convecino de Arancegui en el caserío de Lizardi: un pobre hombre asustado, casado con una mujer pequeña, morena, chata, con una mirada fiera y selvática.

Luego pasó un joven, acusado también de encubridor, con una nube en un ojo, que había sido soldado, y que se cuadró militarmente para contestar a las preguntas del juez. Este daba la impresión de que no sabía nada de lo ocurrido.

Ugarte pensó en lo extraño de que ninguno de los presos tuviera aire clásico de vascongado. Podían haber sido de cualquier país meridional de Europa.

El jesuita se despidió del juez. Al salir del Juzgado llovía, el suelo estaba lleno de charcos. Ugarte decidió comer en una fonda del pueblo: la fonda del Casino.

Al acercarse a ella paraba un automóvil en la puerta. Del auto bajó un conocido de San Sebastián, condiscípulo suyo y concejal republicano. Este le llamó con grandes extremos y le presentó a su hijo. Tenía el amigo una fábrica de papel en Villafranca. Subieron la escalera de la fonda, pasaron un corredor pintado de verde y llegaron al comedor.

Había varios curas del pueblo sentados a una mesa, unos hombretones grandes. Estaban ya en el postre, bebían copas y fumaban tagarninas de a palmo.

El comerciante de San Sebastián y su hijo se sentaron en la misma mesa que el padre Ugarte.

Comenzaron a comer, y durante la comida apareció el juez, acompañando a dos señoras, madre e hija.

La madre hablaba con acento andaluz o americano. Debía ser una señora original. Dijo que ocho años había tenido una rana domesticada, y había sentido tanto la muerte del animalito que compró un galápago, porque se decía que estos animales vivían muchísimo. La señora, después de comer, sacó su galápago, lo puso sobre el mantel, le dio ensalada y le colocó un panecillo encima para que lo llevara.

Al salir las dos señoras y el juez, este saludó al jesuita, quien se inclinó también ceremoniosamente.

—¿Conoces al juez? —preguntó el fabricante al padre Ugarte.

—Sí; lo he saludado hoy. He estado hablando con él.

—Ha realizado una labor muy buena en ese crimen de Beizama; pero en todo Guipúzcoa los bizkaitarras y los clericales están haciendo esfuerzos para salvar a los procesados y han echado a volar la leyenda de que los han martirizado en la cárcel metiéndoles maderas en las uñas. Son mentiras tendenciosas.

—¿Tú crees que los presos son culpables?

—Hombre, evidentemente. Aquí lo cree todo el mundo. Yo tengo obreros en mi fábrica que son de Beizama y de Régil. Todos ellos creen en la culpabilidad de los procesados. Si quieres venir conmigo, vamos a Beizama y a la venta en el auto.

—Muy bien; iremos.

El fabricante de papel, amigo del jesuita, era un poco charlatán y jactancioso. Presumía de republicano y de ser hombre íntegro y austero.

DESPUÉS DE COMER salieron de la fonda del Casino y fueron a Régil. La tarde seguía lluviosa y triste. De Régil se dirigieron por el camino de Beizama y pararon en una venta, de donde parte una antigua calzada que va a Cogosagasti, el caserío donde se cometió el crimen. El hombre de la venta era alto, aguileño, muy tipo del país. El padre Ugarte habló con él.

—¿Así, que usted cree que son los presos los autores del crimen? —le dijo.

—¿Quiénes pueden ser sino ellos?

—¿No podrían ser forasteros?

—No; hubieran dejado rastro.

—Qué, ¿vamos a ver el caserío del crimen? —preguntó el fabricante de papel al padre Ugarte.

—Bueno, vamos.

—Habrá una hora de camino.

—Bien; no importa.

Caía una lluvia menuda; tomaron la calzada, inundada en parte con grandes barrizales, y se acercaron a Cogosagasti.

El caserío era pobre. Cerca se abría una hondonada profunda, llena de árboles, en aquel momento sin hojas. El caserío tenía las ventanas y la puerta cerradas, con precintos de plomo y tiras de papel, puestos por la justicia.

—Aquí, a este caserío —dijo el fabricante— han venido de juerga algunos curas, militares y empleados. Esto está muy lejos, muy aparte, y no trascendía al pueblo lo que pasaba.

Cerca del caserío se levantaba una borda, en donde estaban guarecidas de la lluvia las ovejas, que tanto le preocupaban a la Jacinta.

Después de mirar con atención el caserío, el padre Ugarte, el fabricante y su hijo volvieron por el camino desfondado, ya al anochecer, envueltos en una niebla espesa, metiéndose en los charcos, resbalándose y expuestos a cada paso a caerse.

Llegaron al encuentro del camino con la carretera. El chófer, que les esperaba al lado de la venta, dijo:

—¡Demonio! Tardaban tanto, que he tenido miedo de que les pasara algo.

—¿Creías que nos habían asesinado también? —le preguntó el fabricante.

—Por lo menos, estaba intranquilo.

Se metieron en el auto.

—No sé si se hará el silencio en esa cuestión —dijo el fabricante a Ugarte—. Si se hace, creo que en ninguna parte de la Europa actual, ni en los Balcanes, se pueda dar un caso parecido. Ni en tiempo de Calomarde pasaría una cosa así.

—Yo supongo que la justicia aclarará esta cuestión —repuso Ugarte.

—¡Pero si está aclarada!

—La Audiencia la aclarará más.

—Si aquí no se hace la luz, yo estoy dispuesto a salir a la calle y a gritar hasta que me oigan los sordos.

El padre Ugarte no tenía gran fe en que su amigo y discípulo, a pesar de su republicanismo, fuera hombre de grandes energías.

Como el fabricante estaba interesado en que Ugarte quedara convencido, le llevó a Villafranca, a su fábrica, donde pudo hablar con unos obreros de Beizama. Uno de ellos era de un caserío próximo a Lizardi, y había estado allí cuando el crimen.

Todos creían en la culpabilidad de los procesados.

El del caserío dijo: «En un monte de esos, como Murumendi, no puede pasar nadie sin que alguien se entere. Siempre hay uno que se levanta de noche a ver el tiempo, a echar de comer a las vacas o a mirar el ganado. Es imposible que pase una gente forastera sin que se den cuenta. Esos de Lizardi o los de algún caserío próximo han tenido que ser. Los perros no han ladrado, a pesar de que ahora dicen que sí. Allí, en Murumendi, los pastores, los leñadores, todos creen que los criminales son los de Lizardi».

Tras de esta conversación, el fabricante llevó al padre Ugarte a Azpeitia y lo dejó a la puerta del colegio de Loyola.

En el trayecto siguió afirmando que él protestaría y gritaría hasta que le oyeran los sordos.

DOS DÍAS DESPUÉS, en la sala del colegio, con sus libros y sus mapas, ante una mesa muy iluminada por la luz eléctrica, se volvieron a reunir el padre Robles y el padre Ugarte, a seguir en su clasificación de libros.

De pronto, el padre Robles dijo:

—¿Así, que la presunción de usted respecto a los detenidos por el crimen de Beizama es que son culpables?

—Sí.

—¿De que no han sido martirizados?

—Es evidente. Lo dice el médico, lo dice el cura de la cárcel y lo dicen ellos.

El padre Ugarte afirmó que la opinión popular era unánime; todos creían en la culpabilidad de los procesados en los sitios cercanos al lugar del crimen. En cambio, a medida que se alejaban de aquellos sitios, comenzaba ya a creerse lo contrario. Si había una conspiración en el ambiente no era para perder a los presos, sino para salvarlos.

El padre Robles contempló a su compañero un tanto pensativo y después dijo:

—Y, sin embargo, no habrá más remedio que influir para que esta campaña cese.

—¿Cree usted?

—Sí; es un escándalo. Los periódicos liberales no se contentan con narrar los hechos, sino que intentan mezclar en el asunto a las autoridades civiles y eclesiásticas.

—Mi opinión es que se debía dejar que obrara independientemente la justicia.

—El juez y el Tribunal obrarán seguramente según su conciencia y por los indicios que encuentren; lo que no me parece mal es que cese la campaña de los periódicos.

El padre Ugarte se encogió ligeramente de hombros y no dijo nada.

Pronto se olvidó del asunto.

Como temía el fabricante amigo de Ugarte, poco después se dejó de hablar en absoluto del crimen. La reina madre, la Compañía de Jesús o el Gobierno de la Dictadura, solo cada uno de ellos, o todos en colaboración, habían decretado el silencio acerca del crimen de Beizama.

El gobernador de Guipúzcoa, que ejercía la censura, no permitió que se hablara del asunto. Los periódicos de San Sebastián callaron. Se decía que los procesados tenían amistades con gentes influyentes de la Iglesia; que uno de los presos como encubridor, Múgica, era primo del obispo de Pamplona, y que el obispo hizo todo lo que pudo por su pariente. Se dijo también que el juez de Azpeitia iba casi todos los días a pasear a Loyola, a visitar a los padres, y que era muy bien recibido por ellos.

Un par de meses después, el fiscal de la Audiencia de San Sebastián encontró que

no había indicios de culpabilidad en ninguno de los detenidos; sobreseyó la causa y echó a todos los procesados a la calle.

Estos se encontraron con que en el pueblo no se les miraba bien, y se marcharon a América.

El padre Ugarte fue enviado poco después a Roma. El fabricante de papel, republicado amigo suyo, que decía que había de gritar hasta que le oyeran los sordos hasta que se aclarara la causa y se hiciera justicia, se calló también.

No solo se calló, sino que hizo ejercicios espirituales en Loyola. Fue de los que cantó la *Marcha de San Ignacio* con más fervor:

*Inazio hor dago,
beti ernai dago
armetan jarria
dauka konpainia,
txispaz armaturik,
bandera zabalik,
gau eta egun,
guk guztiok bakea dezagun.*

(‘Ahí está Ignacio, siempre despierto; tiene puesta en armas la Compañía, armada de chispas y con la bandera desplegada noche y día... para que nosotros todos tengamos paz’).

Por la paz o por lo que fuera todo el mundo calló en Guipúzcoa. La consigna clerical se cumplió en absoluto. Silencio, silencio y silencio.

Sevilla, mayo 1931.

LIBRO QUINTO

MARGOT Y SUS PRETENDIENTES

I
LA ENFERMERA

ANITA, MICHEL Y FERMÍN volvieron a Madrid. Fermín a su casa, y el matrimonio vascofrancés, a un hotel de la Gran Vía.

El primer día, Anita llamó a Margot. Margot se presentó al momento. Anita hacía ya mucho tiempo que no la había visto. La encontró muy elegante y muy guapa. Margot estaba alta, huesuda, con las caderas fuertes, hecha una mujer. Era además muy sonriente. Tenía siempre la sonrisa en los labios y mostraba una dentadura sana y fresca.

—¿Qué haces? —le preguntó Anita.

—Trabajo mucho de practicante. Ayudo en las operaciones y asisto también a partos.

—¿De verdad? —preguntó Anita.

—Sí.

—¿Pero tienes valor?

—¿Por qué no he de tener?

—Pero chica, parece mentira.

—¿Qué le parece a usted mentira?

—Que seas tú aquella pequeña que pasaba con una cesta por delante de casa.

—Pues ya ve usted. He crecido.

Anita le convidó a comer y hablaron largamente.

Margot seguía viviendo en casa del marqués de los Carvajales y cuidando de la madre de este señor.

La condesa de Zorita era una vieja caprichosa. Afortunadamente, por entonces, tenía un criado favorito y quería que le atendiera y le cuidara siempre él. Con esto Margot se veía libre de muchas chinchorrerías desagradables.

—¿Y tendrás muchos pretendientes? Porque estás muy guapa —le dijo Anita.

—¡Psche!

Margot hablaba de esta cuestión amorosa con un poco de indiferencia.

Roberto, el hijo de la marquesa, estaba algo enamorado de ella, según dijo; pero era un pobre enfermo; le quería de una manera patológica. Hubiera deseado sujetarla, que no saliera de casa; pero ella no estaba para eso.

Margot tenía un pretendiente formal, un estudiante de Medicina, de último año de carrera. Este era un muchacho serio; a ella le parecía bien, y si no hacía la tontería de enamorarse de otro, quizá se casara con él.

—¿Tu corazón no ha dicho nada? —preguntó Anita.

—Nada. Yo creo que no va a decir nunca nada.

—¡Bah!

—Sí; eso de enamorarse no está a la moda. Para eso se necesita no tener nada que

hacer y estar un poco encerrada en un rincón.

—No creo.

—Quizá haya falta de imaginación en mí. Yo no tengo imaginación. No invento para mi uso particular ninguna novela; soy muy vulgar. No se me ocurren ningunas ideas excepcionales.

—¡Qué importa eso!

—Sí importa; yo me figuro que la imaginación se desarrolla con la pereza. ¿Usted estuvo enamorada de Michel?

—Sí.

—Era otra época.

—No me vas a hacer creer, Margot, que de veinte años acá las gentes han variado.

—¿Él le quería a usted?

—Sí; mucho.

—A una persona que le quiere a una mucho, debe ser difícil no corresponderle algo.

—¿Y a ti no te quieren?

—¡Pche! No sé. Creo que no.

—¿No has tenido ningún novio?

—No... Únicamente Martincho.

—¿Quién es Martincho?

—Un chico de Ascaín. Cuando éramos pequeños e íbamos a la escuela, él decía que cuando fuéramos grandes nos casaríamos.

—¿Qué se hizo de él?

—Se marchó a California; ya se habrá casado allí. Me escribió dos cartas. Todavía creo que las guardo.

Margot se manifestó entusiasta de un cirujano joven, el doctor Hidalgo, operador de un hospital, a quien ella ayudaba. Le consideraba como a un verdadero superhombre.

El cirujano le había dicho que si ella se proponía, en cuatro años se hacía médica.

—¿Así que ese es tu tipo?

—Sí.

—Si lo supiera nuestro amigo el doctor Arizmendi, ¡qué pena le daría!

—Yo al doctor Arizmendi le tengo tanto cariño como a un padre y le considero como a mi maestro. La época que he pasado en su casa es la que recuerdo con más gusto de toda mi vida.

Margot empleaba con frecuencia palabras médicas.

—Se cree que es pedantería; pero yo creo que no lo es —indicó ella—. Cuando se tiene una idea clara y una palabra clara, es difícil pensar que a una no le entienden e ir buscando una expresión oscura y un circunloquio.

El convivir con el doctor Hidalgo y con sus internos le había dado esta costumbre.

—Y este doctor Hidalgo, ¿está casado? —preguntó Anita.

—Sí.

—¡Qué lástima!

—No; si yo no le tengo como a un enamorado posible; pero le admiro.

Margot debía tener muchos galanteadores. Sin duda se dejaba querer con su inconsciencia de mujer guapa y atractiva.

Después de hablar de sí misma contó muchos detalles cómicos de la casa y de la familia del marqués. Luego Anita y ella dedicaron un momento a las cuestiones de la política y de la monarquía, que andaban de cabeza.

—Todo eso del comunismo está a la moda —dijo Margot—; yo, como no pienso que he de colaborar en arreglar el mundo, no me ocupo de ello. Ya es bastante para mí el dirigir un poco mi vida.

—¿Egoísta?

—¿Y quién no lo es?

Iba a marcharse Margot, y Anita le dijo:

—Siempre que tengas tiempo disponible, nos avisas por teléfono y vienes a comer con nosotros. ¿Quieres?

—Muy bien, vendré. Se lo advertiré también al marqués, que me ha dicho que quiere visitarles a ustedes.

Anita y Margot se besaron en las mejillas y se despidieron.

MIGUEL Y ANITA se encontraban a gusto en su hotel de la Gran Vía. Miguel iba con frecuencia a buscar a Fermín Acha en auto y paseaban por los alrededores de Madrid. Margot estuvo varias veces a comer y tuvo largas conversaciones con Fermín. Se entendían los dos admirablemente.

Miguel tomó con gran empeño la cuestión de las elecciones y siguió con curiosidad los resultados.

—¿Qué va a pasar aquí? —le preguntaba a Fermín.

—No sé; es posible que venga la República.

El domingo se verificaron las elecciones, y Miguel anduvo de colegio en colegio, con gran curiosidad, para averiguar los resultados.

El lunes Margot se presentó en el hotel, al caer de la tarde.

—¿Has cenado? —le preguntó Anita.

—No, todavía no.

—Pues cena con nosotros.

—Bueno, avisaré a casa.

Lo hizo así y se quedó a cenar. Margot contó que por la calle corrían una serie de versiones contradictorias. Unos decían que el rey iba a abdicar; otros, que se estaban preparando Cortes Constituyentes; algunos aseguraban que se había preparado un tren y que la familia real se marchaba.

—Vamos a avisar a Fermín —dijo Michel—. El sabrá noticias.

Michel telefoneó al Círculo, y Fermín contestó que les esperaba, después de cenar, en un café de la calle de Alcalá, enfrente de San José, a las diez de la noche.

Fueron Anita, Margot y Michel; el café estaba lleno de gente. Se hablaba a gritos. Entraron y no encontraron sitio. Fermín les llamó y les llevó a un rincón, donde pudieron sentarse. Anita no se encontraba a gusto en aquel barullo y los ojos le picaban con el humo del tabaco.

El café estaba en una ebullición constante. Dos oradores, subidos a una silla, pronunciaron soflamas revolucionarias. En esto, un grupo salió del local con ánimo de pelea, y al poco rato volvió otro grupo gritando y diciendo: «Hay que armarse. Nos atacan a tiros».

Unos decían que eran guardias; otros, que eran paisanos apostados en el Prado y en las proximidades de la Cibeles. Un jovencito mostró su sombrero atravesado por una bala.

Con esto se exaltaron de nuevo los ánimos y se habló de salir a la calle y de ir a buscar a los agresores y de armar pelea con ellos.

—Esto está muy alborotado —dijo Anita—. Yo creo que debíamos marcharnos.

—Sí, vámonos —advirtió Fermín.

—A mí me parecía muy divertido —repuso Margot.

—Sí, tú eres muy revolucionaria; pero los demás no lo somos —contestó Anita.

Salieron del café. La calle de Alcalá y la Puerta del Sol estaban llenas de gente.

Para el siguiente día, Michel y Anita convidaron a almorzar a Fermín y a Margot. Se notaba agitación en la calle. Dos o tres jóvenes pasaron por la Gran Vía con un cartel puesto en el sombrero que decía: «Que se vaya». Los municipales les miraban y no decían nada.

Después de comer y tomar café salieron los cuatro a la calle. Hacía un hermoso tiempo.

En la Red de San Luis se alineaba un retén de Guardia Civil de veinte a treinta soldados de a caballo. Se le acercó otro piquete y el oficial que lo mandaba explicó al oficial del retén algo detalladamente.

—¿Qué habrá pasado? ¿Qué le habrá dicho? —preguntó Michel.

—No sé —contestó Fermín.

En esto, un empleado del ministerio donde trabajaba Acha le detuvo y le dijo de sopetón:

—¿No sabe usted lo que ocurre, don Fermín?

—No. ¿Qué ocurre?

—Que en la Casa de Correos han puesto la bandera de la República.

—¿Pero es que se ha proclamado la República?

—No lo sé.

—Pues es cosa rara que en un edificio oficial esté la bandera republicana sin que haya habido cambio de Gobierno.

Michel dijo que debían sentarse en un café de la Gran Vía, porque aquel sitio parecía un buen observatorio. Margot tenía que marcharse al hospital a ver a su cirujano. Anita, Michel y Fermín se quedaron y estuvieron allí algún tiempo.

Vieron luego pasar al mismo grupo de guardiaciviles de a caballo, que venía despacio de la Red de San Luis y fue a la Plaza del Callao. Allí también había un retén de Guardia Civil, y el oficial que había dado explicaciones al de la Red de San Luis volvió a dárselas al de la plaza del Callao.

Todo esto tomaba un cierto aire misterioso. Fermín quería acercarse a la calle Ancha de San Bernardo a encargar unos libros en una librería de viejo de un conocido y amigo suyo.

En esto vieron un grupo de estudiantes, uno de ellos alto, despeinado, que pasó muy decidido. El joven dijo al oficial de la Guardia Civil algo sobre la República.

Marcharon Fermín, Anita y Michel a la calle de San Bernardo. Las tiendas estaban cerradas. Había un piquete de guardiaciviles en medio de la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó Fermín a su amigo el librero.

—Que ondea la bandera republicana en la Universidad.

—¿Y cómo no la quitan?

—No lo sé, no lo comprendo. Son cosas de esos estudiantes alborotadores, que no

quieren dejar un momento en paz a nadie.

Los tres amigos entraron en la librería, e invitados por el librero, se sentaron y estuvieron charlando.

En esto cruzó por la calle un automóvil con una gran bandera roja.

—Aquí va a pasar algo —dijo el librero—, y salió a la puerta de la tienda.

El coche cruzó por delante de los guardiaciviles, y los que iban dentro gritaron con voz estentórea: «¡ Viva la República!». Los guardias no se movieron. Sin duda la República se había ya proclamado.

Inmediatamente comenzó la efervescencia en las calles; aparecieron banderas y lazos de papel rojo. Ondeaban banderas tricolores en los automóviles y coches; todo el mundo gritaba y alborotaba con entusiasmo.

Los tres amigos volvieron al hotel, donde se quedó Anita, que tenía miedo a los disturbios populares. Fermín y Michel siguieron adelante. En la Puerta del Sol ya no se podía dar un paso. En los balcones del ministerio de la Gobernación brillaban los colores de la República.

Según le dijeron a Fermín, había surgido un gran número de escalatorres. Estos subieron al ministerio y después al Palacio Real por la fachada, con una facilidad extrema, y pusieron la bandera tricolor en los balcones. Los tranvías y los autos se iban acumulando en la Puerta del Sol y en las calles adyacentes.

Muchos de los autos marchaban sin duda hacia la plaza de Oriente. La curiosidad del público estaba concentrada allí.

La multitud se apretaba densa y amenazadora. Habían tenido que acordonar el Palacio Real. En la puerta del edificio estaban pegados los retratos de Galán y de García Hernández.

—Y del rey, ¿qué se sabe? —preguntó Miguel.

—Dicen que se ha marchado.

—¿Y la reina y la familia real?

—Deben estar ahí dentro.

—¡Qué situación! ¿Usted cree que asaltarán el palacio?

—No sé. ¡Quién lo puede saber!

Los dos amigos anduvieron entre el gentío, en la aglomeración de autos y de camiones. Se oían por todas partes gritos, vivas y mueras.

Los balcones y los portales se llenaban de curiosos. Parecía que todo el pueblo se lanzaba a la calle.

Volvieron a la Puerta del Sol; la gente se encaramaba en la estación del Metro, subía a los techos de los tranvías y se agitaban banderas rojas en los autos.

Los que habían subido por la fachada al ministerio de la Gobernación habían abierto las puertas y el edificio se hallaba ocupado por la plebe. Aquella gente sentada en las escaleras y en los sillones de los despachos hablaba, comía bocadillos y comentaba la situación política.

Michel dijo a Fermín que debía cenar con ellos, y cuando volvieron al hotel

telefoneó a Margot. La muchacha había tenido que estar en casa toda la tarde.

Michel le contó lo ocurrido. Sin duda Margot explicó en la casa lo que ocurría y el marqués se puso al teléfono y dijo que mandaría a Margot. Se reuniría con ellos y luego la llevarían a su casa.

Efectivamente, Margot apareció un poco después y Michel la convidó a cenar.

Terminada la cena, salieron todos de casa con la intención de hacer un recorrido en auto por el pueblo y ver lo que pasaba.

Estaban tirando con una cuerda la estatua de Isabel II, de la plaza del mismo nombre, y la llevaban a rastras a la Puerta del Sol. En el pedestal de la estatua arrancada habían puesto un busto de la República adornado con ramas. En varios letreros escritos con pintura y carbón se llamaba a la plaza plaza de Fermín Galán.

Después marcharon por la calle de Alcalá y el Prado, y delante del Museo de Reproducciones vieron algunos grupos que intentaban derribar la estatua de María Cristina. Al parecer, no lo pudieron conseguir y tuvieron que abandonar la empresa.

Subieron por el Prado y por la calle de Alcalá y entraron en el café donde habían estado noches antes. Allí todo eran voces, gritos y discusiones. Margot, muy contenta de verse en aquel barullo, se reía con los alborotos.

Tenían los amigos el deseo de presenciar algo nuevo, característico de una revolución.

La noche tibia, casi de verano, invitaba a no marcharse a casa y a perder el tiempo deambulando.

Salieron del café; Anita se cansaba.

Delante del Casino de Madrid, algunos golfos se habían apoderado de los sillones de mimbre de la acera e imitaban, o creían imitar, a los socios ricos en sus actitudes y palabras.

—Estamos en el Instituto del Trabajo —decía uno.

—Que me traigan el automóvil —añadía otro—. ¡De prisa!

—Oiga usted, condesa —decía un tercero, dirigiéndose a una vendedora de periódicos—. ¿Va usted a tener reunión esta noche?

Margot celebró la broma con grandes carcajadas.

CON LA CELEBRACIÓN de la República tomó Madrid un aire carnavalesco.

El marqués, el primer día de la revuelta había tenido miedo y pensado en incendios y cabezas cortadas; luego, decidió salir y reunirse con los amigos de Margot para enterarse de los acontecimientos con sus propios ojos.

El marqués era hombre inteligente, amable, de unos cincuenta y tantos años, con aire de oficinista. Le gustaba callejear.

—No es que yo sea republicano —dijo— ni que me gusten estas algaradas; pero si hay jaleos en la calle, quiero verlos y que nadie me lo cuente.

Toda la pobretería de Madrid había desaguado en el centro del pueblo.

—Hay que reconocer que la chusma es poco estética —dijo el marqués.

—Es cierto. Tampoco era muy decorativa la chusma aristocrática y burguesa —replicó Fermín.

Por las calles andaba gente zarrapastrosa venida de los barrios lejanos.

En el Palacio Real y en sus alrededores pusieron varios letreros intencionados: «Por aquí se piden los Santos Sacramentos». «Se alquila; todo confort». En una garita decía: «Se alquila un palacio», y debajo: «A London. Frágil». En una pared habían escrito: «Se ha perdido un perro. Se llama Alfonso. Pedid su cabeza».

Por la tarde la aglomeración de la gente fue enorme. En los autos y camiones venía una multitud sudorosa, con el rostro inyectado. Iban chiquillas de voz gatuna, viejas gordas con aire de ballenato entre obreros y supuestos trabajadores, que parecían chulos.

—¡Qué viejas! ¡Qué ordinariez y brutalidad! —dijo el marqués.

—Sí; algunas de ellas, por su tipo, podrían ser infantas de España —replicó Fermín.

Toda la multitud harapienta de los barrios bajos y del extrarradio invadía las calles céntricas y las proximidades de Palacio. El alcalde recién nombrado publicó un bando para que la gente acudiera al paseo de Rosales, donde la Banda Municipal iba a dar un concierto. Naturalmente, todo a base de *La Marsellesa*, *La Internacional* y el *Himno de Riego*.

Unos neófitos de la Juventud Comunista, con la cabeza descubierta y un aire sentimental, cantaban himnos tristes con voz lánguida. Unas chiquillas, con voz agria y pronunciación madrileña, decían en su canción: «Somos los hijos de Lenin».

Cosa bastante cómica que Lenin el mongólico tuviera aquellos hijos madrileños de voz gatuna. Estos comunistas llevaban símbolos soviéticos y en algunas partes los recibían a silbidos.

Las gentes de los camiones chillaban a voz en grito, hasta enronquecer, unos estribillos absurdos, como:

*Una, dos, tres.
¡Muera Berenguer!*

Había otros estribillos contra el rey y la reina, un poco sucios y feos.
La canción favorita de la turba era esta:

*Márchate, Alfonsito;
Alfonsito, márchate;
que ya los españoles
no te podemos ver.*

También se cantaba esta copla, que parecía tener más sentido:

*Se han marchado los Borbones
y ya nunca volverán;
llevan la ropa manchada
con la sangre de Galán.*

En esta gran manifestación, plebeya y populachera, había de todo, detalles cómicos y detalles serios.

Una comparsa de barrenderos, enarbolando sus escobas, gritaba al pasar: «No se ha ido, que lo hemos barrido». Y otros decían: «No se ha marchado, que lo hemos echado».

Entre la multitud, algunos llevaban una horca y, colgando de ella, un muñeco de trapo, representación del rey. Esta horca de broma producía, sobre todo al anochecer, un efecto siniestro y macabro.

Había otras notas carnavalescas de humorismo callejero. Uno llevaba una especie de serpiente grande, de trapo y hoja de lata, colgada de un palo, y decía: «A la una, a las dos y a las tres: la solitaria de Berenguer».

Se leían letreros en los distintos edificios. En el Palacio Real varios carteles impresos decían: «Pueblo, respeta este edificio, porque es tuyo». En la estatua de la plaza de Oriente habían puesto un cartelón que decía así: «Camaradas, respetad esta estatua, que es una obra de arte».

Aquella manifestación tenía aire de danza macabra o de resurrección de los muertos del subsuelo social. El fondo turbio de la ciudad aparecía con un relieve extraordinario, y el joven pálido y el hombre inyectado, el viejo espectral, la muchachita risueña y la buscona adiposa, con su gorro frigio entre las greñas, parecían salidos de un cuadro de género.

—¿Se puede creer que toda esta gente es antimonárquica y anticatólica? —dijo Fermín.

—Yo creo que no —replicó el marqués—. La mitad o más de la mitad de los que van aquí, en otras circunstancias irían en una procesión o darían vivas al rey.

A LOS POCOS DÍAS de llegar nuestros forasteros, ellos y Fermín marcharon a visitar a Margot. Vivía en casa del marqués, en el barrio de Argüelles. Fueron a su cuarto, donde ella les obsequió con té.

Margot habló largamente de la familia con quien vivía. Estando hablando se presentaron en el cuarto el marqués, la marquesa y Roberto. Hubo sus presentaciones. La marquesa era de gran tipo, alta y brillante. Invitó a los amigos de Margot a bajar a sus habitaciones.

Estaban de tertulia la hermana del marqués, una hermana de la marquesa y una amiga, casada con un general.

La marquesa habló con Anita en francés largo y tendido, como con un conocimiento antiguo.

La marquesa trataba con mucha consideración a Margot, quizá por egoísmo.

Margot no tenía en la casa más ocupación que cuidar de la anciana señora; pero había acabado por aconsejar y mandar en la familia.

Esta chica, tan fuerte, tan bien plantada, era el alma de la casa del marqués. Se mostraba siempre alegre y servicial. Era la que resolvía los problemas de la casa, producidos por el egoísmo y la debilidad del amo, por el carácter insustancial de su hermana, por la volubilidad de la marquesa y por la melancolía del heredero.

El marqués era hombre muy asustadizo; temblaba al oír los pronósticos hechos acerca de la revolución. La marquesa era coqueta, inteligente, muy entonada y un tanto contradictoria, pues quería dos cosas opuestas al mismo tiempo. Se mostraba muy amante de su hijo. Este, Roberto, muchacho pálido, de diecinueve años, delgado, con aire un tanto sombrío, tenía, al parecer, urea en la sangre.

La hermana del marqués era baja y rechoncha, la nariz corva y la piel amarillenta. Parecía un loro, vestía mal, nunca había llegado a conseguir el menor prestigio en la casa ni a ganarse la simpatía de la familia, ni siquiera de los criados. Su sobrina, casada, le decía siempre alguna impertinencia, y el sobrino no la atendía.

—¡No comprendo qué me pasa! —decía la solterona—; no me dicen más que insolencias.

—Es que las provocas tú —le contestaba su hermano.

—Tengo desgracia. Hasta los vestidos me los hacen mal.

—¡Porque no tienes buen gusto! —le replicaban.

—Sí; será por eso.

El marqués la utilizaba para que moviese los pedales de la pianola, mientras él se ejercitaba tocando el violonchelo.

—Si tenemos que ir a Francia —decía—, me dedicaré a tocar este instrumento, aunque sea en los cafés.

Cuando no necesitaba a su hermana, la dejaba sola.

El hijo del marqués, Roberto, estaba también muy preocupado por la cuestión política. Hasta entonces se mostró republicano y comprendía la razón del cambio de gobierno; pero, de pronto, se sintió comunista, interiormente ofendido con los pronósticos de la revolución.

El día de las elecciones se lanzó a la calle con un criado, el bolsillo lleno de candidaturas comunistas y cada uno con su pistola. El candidato republicano, un joven elegante y bien plantado, los mandó detener y llevar a la comisaría, donde les registraron, les quitaron las pistolas y los soltaron.

¿Por qué el candidato había comprendido que ellos iban armados? No lo pudo suponer; pero la sagacidad de aquel hombre le molestó y le dio la impresión de su sentido práctico.

El marqués se mostró en la conversación con Michel y Fermín muy ameno y divertido y un poco cínico y bufonesco. Cambiaba de tema con facilidad y tenía salidas ocurrentes.

Se habló del cambio de gobierno, y el marqués dijo:

—Yo mismo era republicano en mi juventud. Encontraba que los aristócratas del antiguo régimen eran odiosos, las frases republicanas me entusiasmaban. Había leído novelas francesas, *El noventa y tres* y las *Memorias de un médico*. Luego conocí aristócratas. No se parecían al conde de Charny ni a Lantenac; era gente amable, de poca energía, quizá mediocre, que aceptaba los valores ajenos.

—Sí —replicó Acha—; en general, los burgueses trepadores, los que vienen detrás de ustedes, son los más intransigentes, los que no aceptan más prestigios sociales que el dinero y la clase. Es natural que así sea. Es el espíritu del neófito.

Se habló luego de la revisión de valores, que podía ocasionar cambios en los gobiernos, y el marqués dijo:

—En todas las épocas hay superioridades e inferioridades. Cuando uno de mi tiempo, ya viejo, se pone a hablar con jovencitos se siente un tanto sorprendido y casi humillado. Nosotros vivimos en una época pobre y miserable. Las casas de hace cincuenta años no eran cómodas ni confortables, no tenían cuarto de baño ni ascensor. A un chico no se le daba apenas dinero, no se le hacía caso, no tenía ocasión de hablar con las muchachas como hablan ahora. Hoy, en cambio, la época es una época de consideración a la juventud, el joven se luce, gallea, influye en la política, va al cine y pasea con las muchachitas. Para ellos el dejar la juventud va a ser bastante más duro de lo que fue para nosotros. Para nosotros fue como unas botas duras o un cuello de camisa almidonado, que no produce más que molestias.

—¡Bah! La juventud tampoco ahora es ninguna maravilla —repuso Roberto.

—Quizá no; pero es algo mejor que en nuestro tiempo. A nosotros nos trataban como a perros que estorban. Recuerdo cuando íbamos a las fiestas del pueblo, donde mi familia tenía posesiones. Nos sentábamos en una mesa grande, y a la cabecera se ponían los canónigos y los curas y en un extremo quedábamos nosotros, los chicos de

familias ricas y pobres. Ellos comían los mejores pedazos y a nosotros no nos dejaban casi nada. Luego nos echaban de allá. «Idos a jugar, a ver bailar», nos decían, y ellos se quedaban fumando, bebiendo y jugando a las cartas. En este pueblo solía veranear un obispo, un señor grueso, panzudo, de cara redonda y unas cejas tan pobladas que más que dos parecían una sola, o un bigote puesto encima de los ojos. El obispo venía a nuestra casa. Cuando le veíamos en su coche, tirado por mulas, en las calles le aplaudíamos y gritábamos: «¡Viva el señor obispo!», y él saludaba a un lado y a otro, muy serio y con un gran aspecto de dignidad y de superioridad. Hoy le hubieran tirado tomates o tronchos de berza.

—¡Qué exageración! —dijo la hermana del marqués—. ¿Por qué le habían de tirar nada?

—Es el espíritu de ahora. Entonces vivíamos en plena insustancialidad. Una prima mía contaba que en un colegio de monjas, donde se educó ella, se prohibía decir hombre y se decía masculino, y cuando estaba en el jardín el hortelano se advertía a las monjas: «Que no bajen las niñas, porque hay un masculino en el jardín».

—¡Qué ganas de contar mentiras tienes! —exclamó la hermana del marqués—. Son cosas que inventas.

—Sí, sí; como quieras. Nosotros hemos vivido hechos unos primos. Cuando yo era estudiante tenía un amigo, y todas nuestras calaveradas consistían en hacer novillos e ir a la Parada de Palacio, donde oíamos a los Alabarderos, que tocaban la sinfonía de *El anillo de hierro*, de Marqués, que, por cierto, su motivo principal está cogido de una melodía de *Orfeo*, de Glück.

—Tampoco eso tiene nada que ver —saltó su hermana.

—Todo tiene que ver. Eso quiere decir que nuestras calaveradas eran falsas y la sinfonía también.

Fermín y Michel se entretuvieron mucho con las observaciones del marqués, que a veces exageraba las bufonadas para hacer reír. De la pobreza de su juventud pasó a hablar de las ideas del momento revolucionario.

—Por ahora, la revolución española —dijo— no tiene ninguna originalidad; parece una traducción del francés y del ruso. Entre Robespierre y Lenin.

—Son las ideas del mundo y del momento —observó Acha—. Buenas o malas, hay que tenerlas en cuenta.

—No me chocaría nada que se intentara darle vida oficial al cubismo y se quisiera considerar la música del *jazz-band* como música clásica.

—A mí tampoco me chocaría.

—¿A usted no le pasa algunas veces que el ver a la gente de cerca le da asco? —preguntó el marqués.

—Sí; siempre se tienen fantasías de esa clase —contestó Fermín.

—Yo entonces siento repulsión por todos los hombres. No veo en las caras más que expresiones de instintos bajos y groseros. Me parece que estoy en una jaula de

nicos. Hay al comienzo de una novela de Dostoyevsky, creo que es *Los hermanos Karamazov*, un pasaje en donde una señora le dice a un fraile que la repulsión que siente por la gente le impide ser caritativa. A mí me pasa algo parecido, con la diferencia de que yo no pretendo ser caritativo.

Fermín se rio, y la marquesa hizo un gesto como para dar a entender que aquellas ideas eran chifladuras de su marido.

Se despidieron Anita, Michel y Fermín.

Margot salió de la casa con sus amigos y les habló de la familia del marqués.

Roberto, el joven enfermo y malhumorado, solía mostrarse irritable. Se colocaba en abierta hostilidad contra su padre y contra su tía, se incomodaba también con su madre y su hermana cuando opinaban de las cosas a la ligera. El joven se hallaba plenamente convencido de que tanto él como toda su familia eran unos seres inútiles y perjudiciales, dignos de ser exterminados.

En la casa del marqués, contó Margot, se produjo, con el miedo a la revolución, una fuga de todos los contertulios; solo aparecían dos o tres aristócratas de tarde en tarde. Algunas amigas de la marquesa le decían a esta: «Chica, esto se pone muy malo; no sé qué vamos a hacer. Mi marido quiere que vayamos al campo; a mí me parece mejor ir a Biarritz».

Los únicos fieles todavía eran un capellán de un convento, hombre seco, práctico, poco amable, enemigo de los frailes y de los jesuitas, y un general alto, delgado, con un bigote y una perilla blancos, como de algodón. El buen señor se manifestaba especialista en patriotismo.

«Antes que nada, tenemos que ser españoles», decía.

Después de afirmar esto, contaba historias de Cuba y de Filipinas, en las cuales los españoles quedaban muy mal como chanchulleros e intrigantes.

El general amigo de la casa era, según Margot, un hombre listo, pero perfectamente ignorante. Una vez había dicho: «La Mancha es una región árida, pero el día que pongan en la tierra unos tubos huecos para conducir el agua, aquello se podrá convertir en un *venereo* de riqueza».

La marquesa, entre el marido cobarde e hipocondríaco y el hijo enfermo, tenía momentos de desesperación.

La hermana de la marquesa era una mujer rubia, de unos cuarenta años, con ojos azules muy bonitos. Tenía un título decorativo.

Una amiga íntima de la marquesa, la mujer de un general aristócrata, muy atractiva, era devota y presidenta de varias congregaciones.

A pesar de su devoción y de su piedad, había tenido muchas aventuras amorosas, según se decía. Quizá era verdad.

Esta señora estuvo a punto de ser monja. Después reaccionó contra su misticismo de juventud y se lanzó a la vida mundana. Se casó, tuvo un hijo, se separó del marido y luego volvió a él.

El marqués era un tipo raro y digno de estudio, sobre todo muy inteligente y muy

miedoso. Había llegado a sentir miedo por cualquier cosa. Margot decía que padecía la pantofobia.

Hubo vez que el marqués llamó al médico espantado; tenía las manos hinchadas, y esto le parecía síntoma de estar enfermo del corazón.

El médico le examinó y le convenció de que no tenía nada.

—Puede usted estar tranquilo —le dijo.

—Sí, tranquilo. Figúrese usted que esto fuera verdad.

El marqués mentía con un gran cinismo. Cuando necesitaba argumentos para sus teorías, los inventaba. En sus historias las conexiones eran siempre falsas.

AL DÍA SIGUIENTE Margot estaba libre y Michel y Anita la llevaron en auto a la sierra. Fue también Fermín. Margot habló largo tiempo; se mostraba un tanto satírica. Siguió burlándose de la familia del marqués, a pesar de que le tenía cierto afecto. Luego hablaron de política.

—Poco rencor ha demostrado el madrileño con su revolución, si es que esto es una revolución —dijo Acha.

—Es verdad —añadió Miguel—. Los pueblos se van haciendo más sosos, más pesados y menos vengativos.

—¡Qué engaño corre en el mundo sobre nosotros los españoles! Se nos cree todavía terribles y somos unos infelices.

—Pero quizá no lo han sido siempre.

—Es posible.

—¿Había aquí odio contra el rey o era solo una cosa superficial? —preguntó Michel.

—Es muy probable que fuera eso. Yo creo que el pueblo le tenía al rey por un juerguista y no veían en él un hombre avariento, mezquino, que estaba haciendo su fortuna, sin ninguna gracia ni generosidad.

Marcharon por la Cuesta de las Perdices y se dirigieron a Torrelodones y después más adentro de la sierra. El Guadarrama resplandecía azul, como una piedra preciosa.

—¿Le gusta a usted este paisaje, Miguel? —le preguntó Fermín.

—Me parece un poco seco.

—¿Y a usted, Anita?

—A mí sí; me gusta mucho. Hay colores espléndidos.

—Esto tiene que ser pobre —añadió Michel.

—Eso no importa para su belleza —replicó Fermín—. Yo he llegado a pensar que, como paisaje, el campo árido es casi siempre más bonito que el campo fértil.

—Eso no puede ser —exclamó Miguel.

—¿Por qué no? Una cosa es la belleza y otra la utilidad, la fertilidad. La huerta de Valencia a mí me parece una cosa horrible. El campo verde no me parece bonito más que con un poco de niebla.

—A mí me gusta mucho Castilla —dijo Margot.

Llegaron hasta el Alto del León y contemplaron la gran llanura de Madrid. Al comenzar la vuelta iba avanzando el crepúsculo. Los montes se destacaban sobre nubes rojas sangrientas, en sus cañadas entraban rayos dorados y las cimas se coloreaban con tonos violáceos.

Al llegar a casa telefoneó el marqués. Preguntó si querían ir a comer con ellos, y como Fermín le dijo que ya tenían dispuesta la cena, el marqués contestó que iría por

la noche al hotel.

El marqués, con su aire de oficinista pobre, había callejeado por Madrid, hablado con unos y con otros, asintiendo a lo dicho por la gente. Se sentaron a la mesa los cinco. El marqués quizá consideraba el sentarse a la mesa con Margot, con la enfermera de su madre, un símbolo de la revolución próxima. El marqués traía para contar varias anécdotas recogidas en la calle. A una señora de la aristocracia, al tomar un taxi, le preguntó el chófer: «¿Dónde vamos, ciudadana?». «Usted a paseo, yo a tomar otro auto». También había oído el marqués decir en la calle: «¿Sabe usted por qué ha venido tan pronto la República?». «¿Por qué?». «Porque la han traído los ex presos».

El aristócrata comentó el aire brutal y envilecido de la chusma de las calles en la tarde de la manifestación.

—Indudablemente —le contestó Acha—, el aire de la gente no era, en general, muy distinguido; pero hay que reconocer que este aspecto no le ha podido dar al pueblo pobre los tres o cuatro días que se llevan con otro gobierno.

—La gente por ahí hay que reconocer que no ha hecho grandes barbaridades —dijo el marqués—. En la Casa de Campo se han dedicado a cazar conejos y gamos; un ciudadano se ha metido en el lago a bañarse y, según parece, se ha ahogado. No se habrá perdido mucho.

—Hombre, nada. ¿Pero cree usted que si se hubiera ahogado un individuo de la familia real o un caballero se hubiera perdido mucho?

El marqués se quedó un tanto aturdido con la pregunta. Después reaccionó, y dijo:

—¡Qué fenómenos extraños produce la disolución de una Monarquía! Hemos sustituido el olor a perfume de la Monarquía con el olor a cuadra de la democracia.

—El olor a perfume estaba un poco mezclado con el olor a podrido —replicó Fermín—. Respecto al rey, ya sabe usted que no era, precisamente, un pebetero. Fue a visitarle, no hace mucho, un pintor cordobés, y cuando le vimos le preguntamos: «¿Qué tal el rey?», y el pintor dijo: «Huele lo mismo que la leona del Retiro». Además, ya sabe usted que nuestro monarca se dedicaba a la industria de embutidos de cerdo en Riofrío y, seguramente, allí no olería muy bien.

El marqués palideció. Fermín repuso:

—Parece que nuestro Borbón arruinó a un buen señor que se asoció con él para la explotación de los cerdos.

El marqués había quedado un tanto humillado.

—¿Este cambio le ha sorprendido a usted? —preguntó Miguel a Fermín.

—Sí; yo creía que no vendría la República sin tiros; pensaba que el rey sería un poco más hombre, más valiente; que habría algunos jefes monárquicos que resistirían. También pensaba que, ya establecido el desorden, sería más intenso y más duradero; pero parece que no, al menos en Madrid.

—¿Se han notado los preliminares de la revolución?

—Realmente, no ha habido revolución. Se publicaron durante la Dictadura hojas

sediciosas en las que se insultaba al rey y al dictador; se publicó un periódico titulado *El Murciélagos* y otro *La Gaceta de la Revolución* y se enviaron pasquines por correo. El rey y sus consejeros tuvieron poco talento al no indultar a Galán y García Hernández.

El marqués, que estaba un poco apabullado, salió de su apabullamiento, y preguntó:

—¿Y cree usted que ahora se vivirá mejor?

—¡Qué sé yo! Si no vivimos peor, ya será bastante. No varía la manera de ser de las personas porque varíen las instituciones. El español es a veces exaltado, como Don Quijote, y madrugador y cuco, como Sancho Panza. Tiene también admiración por la farsa y por la audacia fácil y, hoy por hoy, parece que ha perdido su antigua energía.

—¿No les parece a ustedes que antes teníamos la pequeña originalidad de la Monarquía y que ahora entramos en la vulgaridad general? —preguntó el marqués.

—Era muy pequeña, como dice usted, esa originalidad, de muy poca monta, al menos en España —replicó Acha—, porque la Monarquía y la aristocracia no servían ni para dar normas de elegancia. Hay que reconocer que era una Monarquía y una aristocracia un poco cursi.

—Sin embargo, la Monarquía garantizaba el orden.

—¿Pero qué orden? Machacando a todos los elementos vivos y trabajadores, haciendo una selección al revés.

—Esta revolución tiene aire de carnaval.

—Lo pasado también no llegaba a tener proporciones más que de mascarada triste.

—Pues esto será peor, ya verá usted. España se va a convertir en una casa de huéspedes pobre.

Acha contó la impresión de los aeroplanos cuando volaron por encima del Palacio Real y del cuartel de la Montaña y habló del pánico que cundió en Madrid al correrse la noticia de que los aviones iban a bombardear el pueblo.

La gente reaccionó de una manera muy distinta ante la amenaza; la mayoría de la plebe consideraba el posible bombardeo como un fenómeno cósmico, una especie de catástrofe sagrada. Los obreros socialistas, por lo que se decía, habían fallado; se habían comprometido a proclamar la huelga general al sublevarse los aviadores de Cuatro Vientos y no lo habían hecho.

—La gente es extraña —dijo Michel—; hoy ha venido aquí una costurera para arreglar un traje de Anita y la hemos preguntado: «¿Qué le parece a usted el nuevo Gobierno?», y ella ha contestado: «¿Qué va a hacer una gente que ha estado en la cárcel?».

—¡Qué estupidez! —dijo Fermín.

—No comprendía, o no quería comprender, que no es lo mismo estar en la cárcel por haber robado que por defender una idea política. En cambio, la camarera de

nuestro cuarto dice convencida: «Han hecho bien los republicanos. El rey era un ladrón».

El marqués siguió con sus observaciones, atacando y replegándose según las contestaciones que recibía, y se marchó a su casa con Margot, al parecer bastante descontento.

Al día siguiente, Margot apareció en el cuarto de Anita.

—¿Has hecho ya todos tus quehaceres? —le preguntó esta.

—Sí.

—Siéntate y descansa. ¿Quieres tomar algo?

—No. Muchas gracias.

—Aquí no hacemos ahora más que hablar de política, cosa que a mí no me interesa nada. ¿Cómo vives tú? Cuéntame tu vida.

—Ya la conoce usted.

—No, con detalles.

—Por la mañana, me levanto temprano, a las siete o siete y media.

—¿Tan pronto?

—Sí. En seguida voy al cuarto de la vieja marquesa. Mientras una doncella y un criado la visten y la arreglan, yo le tomo el pulso y la temperatura. A veces la ausculto y le hago análisis de sangre o de orina y preparo lo que tiene que tomar, píldoras o inyecciones.

—¿Siempre tiene que tomar algo?

—Casi siempre. Le doy las medicinas y la dejo sentada en su poltrona. En seguida me voy al hospital. A las diez se hace la visita y preparo, con un interno, los instrumentos para las operaciones. Después viene el doctor Hidalgo y estamos hasta la una o las dos operando.

—¿Y todos los días hacéis operaciones?

—Todos los días, menos los domingos; a veces más de una. Cuando termino vuelvo a casa, tomo una ducha, como sola y me presento en el cuarto de mi vieja marquesa. Le leo los periódicos y algunas novelas francesas de folletín.

—Eso te cansará, después del trabajo.

—No; leo maquinalmente, sin enterarme. Muchas veces el doctor Hidalgo me avisa para ver algún enfermo nuevo; otras veces mi pretendiente me dice si quiero ir a una conferencia con él, y entonces merendamos los dos en un café de la calle de Alcalá.

—¿Te invita él siempre?

—Sí; pero a veces no tiene dinero, y pago yo.

—Eso no me parece bien.

—¡Pche! ¿Qué importa? Por las noches salgo poco. En general, después de cenar, me quedo en una antesala próxima a la alcoba de la vieja señora, llena de retratos del rey, de la reina Victoria, de la reina madre y de los infantes. Allí suele ir con frecuencia el hijo de la casa, Roberto, a charlar, y cuando no, un ama de llaves de la

vieja señora, una irlandesa, casada con el mayordomo, que es alemán. También, con cualquier pretexto, va el ayuda de cámara del marqués, un tipo de chulo madrileño, que está algo prendado de mí y que me tiene mucha rabia.

—¿Por qué?

—Porque no le hago caso. Me dice cosas, que cree que me van a ofender, como incluirme entre la servidumbre de la casa. Yo me río de todo esto.

—¿Vas a la iglesia?

—No; el domingo, como no tenemos trabajo, duermo hasta las once. Si me invitan por la tarde los de casa, voy a la Sierra; si no me invitan, suelo pasear en el Parque del Oeste, cuando no hay gente.

—¿Sola?

—Sí, casi siempre sola.

—¿Y estás contenta con esa vida?

—Sí; no tengo tiempo para estar descontenta. Como ve usted, trabajo lo que puedo.

A Anita le preocupaba mucho la vida de Margot. Le parecía que trabajaba demasiado, y que tanta independencia, tanto desdén por los prejuicios generales, le iban a ocasionar alguna caída o algún perjuicio. Le hubiera gustado verla más sujeta, más respetuosa con las viejas fórmulas admitidas.

La frialdad de Margot y su falta de sueño amoroso tampoco le parecían bien. Encontraba a la muchacha demasiado práctica. Aquello de que para ella no hubiera nada tan agradable como tomar una ducha y dormir, le parecía una prueba de insensibilidad y hasta de barbarie.

—Oye, Margot —le dijo Anita con cierta malicia.

—¿Qué?

—Para tanta indiferencia amorosa, te encuentro muy perfilada. El traje sencillo, pero muy bonito; el sombrero, a la última; las medias y los zapatos, de lo mejor; las manos cuidadas y las uñas retocadas. A mí no me la das. No eres una estudiantona, no.

—Hago lo posible para no parecerlo.

DÍAS DESPUÉS se presentó Fermín en el hotel y encontró a Anita sola. Hablaron mucho de Margot y de sus pretendientes.

—Me figuro —dijo Fermín— que Margot está enamorada del médico joven con quien trabaja en el hospital.

—¿Y ese médico está casado?

—Sí.

—¡Qué lástima!

—Parece que el doctor está casado con una médica y que no tiene hijos. Él, por lo que dicen, es un hombre de mucho talento y tiene una afición por la cirugía extraordinaria, así que se le augura un porvenir muy brillante.

—¿Y galantea a Margot?

—No. Creo que no le hace mucho caso.

—Eso quizá es peor.

—¿Por qué lo dice usted? ¿Porque ella se enamorará más?

—Claro.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Naturalmente, nada.

—Yo me enteraré mejor.

Unos días después, Fermín volvió a visitar a Anita.

—He visto al médico, y he hablado con él.

—¿Qué tipo es?

—Es todavía joven, de unos treinta a cuarenta años, alto, corpulento, con una sonrisa maliciosa, muy inteligente y simpático. Es un hombre amable y de buen sentido. Habla de política y literatura; pero se ve que lo único que le interesa de verdad es la Medicina. Los médicos que comienzan a ser famosos, tienen casi siempre una actitud un poco rara. Parece que al encontrarse delante de una persona la preguntan: «¿Soy para usted un semidiós o un ciudadano corriente?». Si no tiene el que está delante de él una úlcera del estómago, ni un riñón flotante, ni un cálculo en el hígado, mira al médico como a otro individuo cualquiera; en cambio, si es un enfermo operable, se queda hipnotizado ante él. El doctor Hidalgo se expresa con afabilidad y dedica una sonrisa amable a los demás médicos; pero parece que a la mayoría los desdeña. Cuando le he dicho que soy del mismo pueblo que Margot, me ha preguntado por la familia de ella. «¿Es de una familia humilde?». «Sí». «Yo también soy de familia humilde» —me ha dicho con sencillez, como quien indica un dato y sin darle gran importancia—. Le he indicado que Margot está muy entusiasmada con las lecciones que él da en el hospital, y se ha reído. «Eso pasa siempre —ha dicho—. Los cirujanos producen entusiasmo en las muchachas que los

ven operar. No hay que hacerse ilusiones por ello». «Margot tiene mucha confianza en usted» —he añadido—. «Yo también la considero mucho —ha indicado él—; además de ser una chica buena y simpática, es muy inteligente y muy trabajadora. En cambio su novio, que va a acabar ahora la carrera, vale poco. Es un tanto pedante e incomprensivo». No he insistido en la conversación, para que no pareciese que iba con intenciones de detective, y me he despedido de él.

—¿No ha sacado usted más datos?

—Sí; como en estos círculos siempre hay gente que conoce a todo el mundo, he encontrado a un amigo del doctor Hidalgo; lo he interrogado, y me ha contado su vida. Este futuro gran cirujano se casó con una chica, compañera de carrera, y pensaron en trabajar juntos en la profesión; pero desde el momento que la mujer se instaló en el techo conyugal, perdió en absoluto sus aficiones médicas; se reveló ama de casa, y empezó a preocuparse únicamente del encerado de los suelos, de la limpieza, de la comida, de la criada que hace pasar a los clientes al despacho, etc. Esto le separó de su marido intelectualmente. Por otro lado, no han tenido hijos y, al cabo de seis u ocho años de matrimonio, se encuentran en casa, él, indiferente y distraído, pensando solo en sus enfermos y en sus operaciones, y ella, malhumorada y furiosa. De cuando en cuando parece que tiene un arrebato histérico, que acaba con lágrimas y lamentos.

—¡Pobre mujer!

—Él presencia estas cosas encogiéndose de hombros y como quien oye llover. Por lo que me ha dicho el amigo, el doctor Hidalgo sabe muy bien el entusiasmo que produce en Margot y en las demás muchachas que le ven operar, y comprende que con su prestigio las arrastraría fácilmente; pero no es un temperamento erótico, no quiere aventuras amorosas, y le espanta la posibilidad de los lloros y recriminaciones de su mujer, a quien quiere todavía, y se reporta.

—Así que nuestra Margot estaría perdida si ese señor doctor quisiera poner los ojos en ella.

—Así parece.

—Pues haremos lo posible para evitar ese trance. No vaya el cirujano a cambiar de táctica y se la lleve.

—¿Y usted cree que se puede hacer algo?

—Por lo menos poner las cosas en claro. Ella es una chica lista y se ha de avenir a razones.

—Parece que el cirujano bromea bastante con Margot y se ríe del estudiante de Medicina, novio de la chica.

—Pues eso tampoco lo encuentro bien.

—¿Qué quiere usted, Anita? La vida es como es, y no la podemos cambiar. Yo creo que en la mayoría de los casos, en estas cuestiones sentimentales, la mujer manda; pero hay casos en que manda el hombre. ¿Y qué le vamos a hacer?

Fermín quería obsequiar a Michel y Anita, y convidó varias veces al matrimonio

francés en su Círculo. Al mismo tiempo invitaba a Margot, y varias veces se agregó el marqués.

—Yo voy con ustedes para charlar con libertad —decía este—. No me parece bien que me conviden ustedes siempre ni que les convide yo. Yo convidaré a Margot.

—Bueno, bueno; está bien; como usted quiera.

En el Círculo, Fermín contaba con muchos amigos y conocía tipos raros. Uno de estos era un viejo noctámbulo, pálido, de barba pintada, empaquetado y morfinómano. Tenía unos ojos grises, desvaídos, y una manera de hablar fría, indiferente y sarcástica. El Marqués le conocía de nombre. El noctámbulo presumía de poseer una intuición clara de los acontecimientos políticos.

Al verle Fermín le saludó y le invitó a tomar café con ellos. El viejo noctámbulo se sentó.

—¿Qué cree usted que pasará? —le preguntó Fermín.

—No pasará nada —contestó el noctámbulo.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. La Monarquía está muerta. La República tomará distintas formas: ahora más radical, ahora más conservadora; pero ya no desaparecerá. Garantizo mis pronósticos.

—Sí; yo creo también como usted.

—Yo conocía —dijo después el noctámbulo— a un poeta diplomático que llegó a creer que yo tenía el don de la profecía. Hace años me encontró en la Puerta del Sol. Venía de un pueblo del Oriente europeo, y como sin duda en las cancillerías y medios diplomáticos se habían hecho pronósticos fatales acerca de España, por lo ocurrido en Marruecos con el desastre de Annual, me preguntó: «¿Qué cree usted que va a pasar?». «Yo creo —le contesté— que algún general ambicioso intentará el mejor día implantar la Dictadura y echar un remiendo a la vieja Monarquía, que servirá para vivir, mal que bien». El poeta diplomático me encontró unos años después, cuando el dictador llevaba ya tiempo en el Gobierno. Fuimos paseando desde el Prado a la Puerta del Sol, y al llegar allí me dijo: «Ya que en esta plaza tiene usted la costumbre de hacer sus profecías, dígame usted lo que va a pasar». «Veo que este dictador va perdiendo los papeles y va a tener una salida muy difícil —le contesté—. Esto, al caer, va a arrastrar a la Monarquía. Después de varios años así, no va a haber Gobierno que resista una prensa sin censura». «¿Cree usted?» —me dijo—. «Me parece evidente». Entonces no se había iniciado la actitud rebelde de los estudiantes. Cuando ya se inició esta se vio que la cosa no tenía arreglo. Los estudiantes y la prensa han tumbado a la Monarquía. El dictador había perdido la cabeza. Luchar contra los estudiantes es como querer acabar a garrotazos con una nube de mosquitos. Los republicanos y los socialistas han hecho después poco; únicamente recoger la herencia. Se puede decir que ellos no han traído la República, sino que la República los ha empujado a ellos.

Se despidió el noctámbulo, y todos reconocieron que era hombre de sentido

crítico.

—¿Ha sido algo este señor? —preguntó el marqués.

—No sé si ha tenido algún cargo; creo que no —respondió Fermín—; me parece que fue empresario de teatros hace tiempo en provincias.

—Hay que reconocer que la democracia ha sido el régimen de los inútiles y de los mediocres —exclamó el marqués—; no ha sabido aprovechar a nadie. Así, el dominio de la aristocracia ha durado siglos; en cambio, el de la clase media, nada; ha sido flor de un día.

—Pero esto no tiene ningún valor, marqués —dijo Fermín.

—¿Cómo que no?

—Ninguno. La aristocracia de hoy no es la del siglo trece, ni la del trece es la del siglo dieciséis, ni la del dieciséis es la del siglo dieciocho y diecinueve. El feudal del siglo doce o trece, si hubiera renacido en el dieciséis, no hubiera reconocido a los aristócratas del tiempo como suyos. Hubiera dicho: «Este es el nieto del comerciante y aquel el descendiente de la judía». El del siglo dieciséis, a su vez, tampoco hubiera reconocido como de los suyos a los aristócratas del dieciocho o del diecinueve. Ahora, claro es, si se llama aristocracia a la clase que manda, a la que sube a las altas esferas, entonces la aristocracia existe y perdura siempre, hasta con los Gobiernos socialistas.

—Bien, ya sabemos que nada es absoluto —contestó el marqués—. El río que vemos en este momento no es el río de ayer, porque el agua que pasa no es la misma, pero tiene el mismo nombre. Hablamos de una cosa relativa, y, dentro de lo relativo, el rey de derecho divino y la aristocracia duraron siglos; en cambio, el rey constitucional no ha durado nada.

—Esto era más artificioso —repuso Fermín—. Se llegó a esa fórmula farisaica de que el rey reina y no gobierna; pero como los reyes tienden, naturalmente, al absolutismo, como el buey al establo y la mosca a la miel, y como, en general, no son inteligentes, no han podido sostener la ficción largo tiempo.

Margot, durante la charla, no ocultaba su simpatía. Cuando hablaba Fermín le escuchaba con tal curiosidad, mirándole a los ojos, que parecía que a fuerza de atención no se enteraba gran cosa de lo que decía; en cambio, al marqués le contemplaba con una expresión de indiferencia y de burla; sin duda pensaba que no decía más que ingeniosidades y frases de relumbrón que disfrazaban su hostilidad por las cosas nuevas.

VII
DISTURBIOS

DESPUÉS DE CENAR decidieron todos salir de nuevo a la calle. El marqués asustadizo y que padecía la pantofobia, como decía Margot, sentía gran curiosidad.

«Si hubiera barricadas o tiros, iría también —dijo— para enterarme, aunque tuviera mucho miedo.»

Salieron a la Puerta del Sol, llena de gente, y de la Puerta del Sol fueron a la plaza Mayor. Habían derribado la estatua de Felipe III, y el caballote grande, de bronce, se veía en tierra dentro de la verja rota.

—¡Qué lástima! —dijo Fermín.

—¿Era una buena estatua? —preguntó Michel.

—De las mejores de Madrid.

—Esta gente no hace más que necedades —afirmó el marqués—. ¿Qué les podría importar Felipe III? Seguramente entre los que tiraron la estatua abajo no había ninguno que supiera ni aproximadamente lo que hizo de bueno y de malo este rey.

—Con seguridad.

De la plaza Mayor volvieron a la Puerta del Sol, en donde se agitaban los grupos.

—¿Pero qué pasa otra vez? —preguntó Anita.

La multitud discutía con violencia; muchos peroraban y afirmaban que había que armar al pueblo.

—¿Quién lo va a armar? —se preguntaban unos a otros.

Un anarquista grueso y barbudo, que por su aspecto había bebido de más, gritaba de una manera dramática.

—Ustedes emplearán armas, nosotros bombas.

—¿Dónde están las bombas? Vengan —replicó otro.

Corrió la voz de que a un chófer a quien se suponía habían atacado por la mañana los monárquicos delante de una casa donde habían tenido una reunión, estaba muerto, y que a consecuencia de ello iban a declarar los demás chóferes la huelga general. La cosa era falsa.

Se desarrollaban de una manera lozana los infundios y los mitos. Se daba al chófer como muerto y no le había pasado nada; se decía que se habían encontrado flechas disparadas con algún extraño aparato desde la redacción de un periódico conservador.

De pronto un católico y monárquico entusiasta gritó:

—¡Viva el catolicismo! ¡Viva la Monarquía!

El hombre se metió inmediatamente en un café. La gente le siguió, entró en el café, lo sacó a empujones y lo llevó al ministerio de la Gobernación por la puerta de la calle de Correos.

—¡Qué absurdo heroísmo! —dijo en broma Fermín.

Volvieron a detener a otras varias personas que vociferaban.

Parecía que con las detenciones se iba a calmar la multitud; pero, por el contrario, airada y enfurecida se amontonó delante del ministerio.

—¿Qué quiere esta gente? —preguntó Anita.

Un joven que estaba a su lado dijo:

—Quieren asaltar el ministerio de la Gobernación y apoderarse del Poder.

Al poco rato salió de la Carrera de San Jerónimo un grupo de treinta o cuarenta muchachos armados con escopetas de dos cañones, muy nuevas y brillantes.

—¿Quiénes son? ¿Cómo van armados?

—Han asaltado una armería y han cogido armas.

—¿Adónde van?

—Van a asaltar otra armería.

Algunos dijeron que querían matar a los realistas presos por la mañana y llevados a la Cárcel Modelo. Otros afirmaron que iban a fusilar al general Berenguer.

—Esto va tomando aspecto grave —dijo Acha.

Los jóvenes armados pasaron entre los aplausos de parte del público.

Anita y Michel, el marqués, Fermín y Margot se pararon a oír lo que se decía en los grupos. Un muchacho habló con elocuencia de las ideas de Lenin y dijo en su peroración que si se engañaba el pueblo había que tratar de convencerle y de llevarle por el buen camino.

—El pueblo no se engaña nunca —replicó una voz sombría.

Hablaba un viejo mal encarado. Era el sentimiento de la demagogia popular. El joven orador elocuente no quiso replicar; tenía, al parecer, un sentido crítico bastante desarrollado y probablemente comprendía que enfrente del que defendía el tópico democrático de la infalibilidad del pueblo le tocaría la de perder. El joven siguió hablando. En su peroración se refirió a Tolstoi, Nietzsche y a Dostoyevsky con talento. Un hombre pequeño y gordo que le oía tomó parte en la conversación y disertó acerca de la música rusa con grandes conocimientos, y de paso habló de Wagner, de Weber y de Schumann.

—Veo que saben ustedes mucho —les dijo Fermín.

—¿Qué quiere usted? —replicó el joven—. Estos años de la Dictadura no hemos hecho más que leer.

El joven estaba ya en contra del Gobierno constituido.

—Lo que ha de pasar pasará, lo quieran o no lo quieran estos señores del Ministerio —añadió—. Yo creía a esos hombres fuertes, grandes; pero desde que están en el Gobierno me parecen muy pequeños.

—¡Cuánto talento desperdiciado! —exclamó el marqués—. Sería mejor que estos jóvenes se dedicaran a algo útil y a no perder el tiempo pensando en la política.

Salió un piquete de la Guardia Civil del ministerio de la Gobernación por la calle de Correos. Eran treinta o cuarenta hombres a caballo; intentaron bajar hacia la Puerta del Sol, pero fueron recibidos a gritos y silbidos.

—¡Nos habéis asesinado, canallas! ¿Por qué no nos atacáis ahora? Sois unos bandidos —gritó el joven con aire de energúmeno.

La guardia civil, volviendo grupas con sus caballos, subió por la calle de Correos y tomó por la plaza de Pontejos.

En la Puerta del Sol esperaba la gente reunida. Decían que un aviador popular iba a presentarse en los balcones del ministerio de la Gobernación. La puerta de este edificio se hallaba cerrada. Seguía el paso de los autos con banderas rojas por la plaza. En esto llegó un muchacho corriendo por la calle Mayor y gritó: «¡Venid! La Guardia Civil ha matado a tres hombres».

El público, en su mayoría, no tenía ganas de moverse de allí; estaba como hipnotizado por lo que pudiera ocurrir en la plaza. En la calle de Alcalá brillaba una hoguera. Decían que estaba ardiendo el quiosco de un periódico.

—Bueno; vamos a casa —indicó Michel.

La noche estaba tibia, como de verano. Acompañaron al marqués y a Margot al barrio de Argüelles. Después, Fermín fue a dejar a Miguel y a Anita en su hotel, pasó por su Círculo y se marchó a su casa.

ESTABAN EN EL CUARTO del hotel Anita y Margot charlando.

—Dejémonos de política —dijo Anita—, que es cosa que, al menos a mí, me interesa muy poco, y hablemos de tus asuntos. La verdad, no me parece del todo bien tu conducta.

—¿Qué es lo que no le parece a usted bien? —preguntó Margot sonriendo.

—Que tengas tres pretendientes, tres novios.

—Pero no los tengo.

—Tienes el gran cirujano.

—No; no tengo nada que ver con él, ni él me ha dicho nunca nada.

—¿Quizá lo sientes?

—No lo sé.

—Eres una cínica.

Margot se echó a reír.

—Tienes el hijo del marqués.

—Tampoco. No es más que un enfermo a quien cuido.

—¿Y el estudiante? ¿El mediquito?

—Este es el único, y no es novio formal, porque le he dicho varias veces que no sé si me entenderé con él.

—Y a ti, ¿quién te gusta más?

—Para marido me gustaría más que nadie el cirujano. Si yo me hubiera casado con él le hubiera ayudado y hubiéramos vivido identificados. Él tiene una mujer estúpida, que ya no se ocupa de sus estudios. ¡Es una lástima!

—Bien; pero es una lástima que no hay que tener en cuenta. Eso no se puede arreglar. Aquí todavía no hay divorcio.

—¿Cree usted que no se puede arreglar?

—Claro que no.

Margot se volvió a echar a reír.

—¿Y el marquesito?

—El marquesito es muy amigo mío, y yo le quiero mucho.

—Mira, Margot, yo no te entiendo.

—¿Por qué no le voy a querer? Es un chico enfermo, malhumorado, que no se encuentra bien más que con su madre y conmigo. Yo llevo ya cinco años cuidándole. Conmigo habla alegremente y tiene una gran admiración por mí.

—Margot, te veo por mal camino. Esa es demasiada coquetería.

—¿Pues qué quiere usted? Yo soy así. Le cuido a Roberto y a su abuela y les he tomado cariño a los dos a mi modo.

—¿Y él?

—Él me quiere mucho y desearía que no le dejara. Varias veces me ha propuesto marcharme con él a vivir como un hermano y dejar a la familia, que verdaderamente es una familia decrepita y degenerada.

—¿Y a ti te halagaría ser rica y marquesa?

—No; puede usted creer que no. Es cosa que no me entusiasma. Yo le tengo cariño a Roberto y creo que tiene mucho talento y que el mejor día puede hacer algo bueno, pero no pienso en casarme con él; puede usted creerlo. Si usted supiera medicina, Anita, le diría que yo no aceptaría un matrimonio no eugénico.

—¡Ya, ya! Eres una lagarta. Juegas con tus pretendientes.

—No lo crea usted. Roberto me da pena. Habla de sus grandes proyectos, de lo que él haría; dice que va a escribir la historia de la vida intensa en Europa, y yo pienso que quizá mañana tenga un sueño comatoso y se muera.

—¡Pobrecillo!

—Yo quisiera que Roberto hiciese la vida que le conviene, sobre todo a su salud, y, en cambio, la gente de su casa no hace más que ponerle frenético y malhumorado.

—Y el pretendiente tuyo, el mediquito, ¿acepta esa amistad cariñosa?

—No, no la acepta, porque es, como todos los españoles, celoso y dominante; pero yo no cedo ni pienso ceder. El que me quiera, que me tome como soy, y si no, que me deje.

—¿Y qué tipo es tu mediquito?

—Pues ya lo verá usted, porque Michel le ha convidado a comer. Es muy guapo.

—¿Cómo se llama?

—Carlos Balaguer. Es valenciano, maqueto.

—No creo que tienes mucho entusiasmo por él.

—Es muy guapo, pero no sé si es inteligente. A mí me hubiera gustado trabajar en la clínica o en el laboratorio con una persona de aficiones científicas, como el doctor Arizmendi o el doctor Hidalgo; pero si me caso con Carlos se acaba la medicina para mí. Tendré que ir a un pueblo de Valencia a ponerme gorda y a ocuparme de los quehaceres de la casa. Para eso creo que prefiero cuidar a la vieja marquesa y a Roberto.

—No seas descontenta ni te creas incomprendida, Margot; eso es lo peor. Es una estupidez peligrosa.

—Todos somos algo incomprendidos.

—Yo conocí en los Estados Unidos —contó Anita— a una señora francesa que se sentía incomprendida. Era muy emancipada y de talento. Estaba casada con un hombre muy bueno, de quien tenía un hijo. Ella no le quería a su marido, y se lo confesó. Le quería a un médico amigo de su casa, también de ideas audaces. ¿Qué hicieron los dos? Dejaron la ciudad del Sur, donde vivían, se divorciaron, se casaron de nuevo y fueron a vivir a Nueva York. Luego tuvo dos hijos más. El marido primero, para olvidar su desgracia, fue al Brasil, donde murió. El hijo del primer matrimonio piensa con amor en su padre y odia al marido actual de su madre. El

segundo hijo es católico, y no estima a su padre ni a su madre. La hija, que es un tanto frívola, se ríe de las explicaciones de la madre, que le parecen pedanterías ibsenianas.

—Eso es la desgracia —indicó Margot.

—No hay que pretender ser incomprendida ni despreciar los quehaceres de la casa.

—Según qué quehaceres.

—A mí, una mujer que no le guste la casa me es antipática. A mí me parece muy divertido guisar y componer la ropa. Yo prefiero eso a andar zascandileando por ahí.

—A mí me gusta también guisar y no me importaría nada lavar la ropa, como mi madre, e ir al monte a coger setas; pero eso de tener criadas y mandarlas me da asco. Soy anarquista, como mi hermano Manish. Detesto mandar y detesto que me manden. Yo cumpliré siempre como pueda, y si es necesario haré el mayor esfuerzo, pero no quiero obedecer porque sí.

—Lo que eres es una loca.

—Bueno; como usted quiera.

—No seas una mujer moderna, Margot. Todo antes que eso.

—¿Pero qué moderna ni qué antigua? —exclamó Margot—. Yo creo que la cuestión es tener alguna dignidad, no mentir ni engañarse a sí misma.

—Pero una mujer tiene que ser, ante todo, mujer.

—Y yo lo soy. Ahora que no tengo en la cabeza esa novelita que dicen que tienen todas las muchachas de su novio. Yo supongo que es porque hago una vida muy activa.

—No te creo; tú tienes seguramente tu sueño, tu ilusión.

—No tengo ninguno; puede usted creerlo. Según va viniendo la vida, así la vivo. No se me ocurre pensar: «¿Y si viniera de otra manera? ¿Qué haría?». Eso me parece perder el tiempo.

—Yo creo que no te das cuenta porque estás como durmiendo.

—Quizá.

—Y que no sabes cuándo hablas en serio y cuándo en broma.

—Puede ser.

Anita y Margot no estaban en sus ideas muy conformes. Anita tenía mucha admiración por los hombres y creía que valían más que las mujeres. En cambio, Margot era un tanto feminista.

Margot y Anita quedaron de acuerdo en que vendría un día de aquellos Carlos, el novio, a visitarlas. Carlos, el estudiante, era, como había dicho Margot, un joven guapo y de buena presencia.

Carlos estaba acabando la carrera de Medicina; era hijo de un médico de un pueblo de Levante. Tenía el pelo negro, los ojos claros y la piel atezada. Era un tipo de facciones muy correctas, casi griegas.

Hablaba con ligero acento valenciano, con una resonancia exagerada de las

vocales.

—¿Qué le parece a usted? —le preguntó Margot a Anita cuando fue su novio al hotel.

—Es muy guapo.

Se sentaron a la mesa Anita y Margot, el marqués, Michel, Fermín y Carlos.

Anita y Michel le hicieron hablar al estudiante y le dirigieron mil preguntas.

Carlos no sabía disimular su pedantería. En él se sedimentaban como en un receptáculo las frases hechas del tiempo. Era comunista, y, según su opinión, todo se debía de hacer por el Estado y para el Estado, lo mismo la ciencia, que el arte, que la literatura.

Echándose las de profundo, afirmó que el arte iba tomando nuevos derroteros con el cubismo y la deshumanización. Creía a los valencianos muy artistas: Blasco Ibáñez le parecía un escritor extraordinario, y Sorolla, un pintor inmortal.

Carlos tenía un sentimentalismo colectivista, un poco exagerado. Esperaba los Soviets como el santo advenimiento. Había leído, sin duda, los libros de Lenin, y habló del comunismo de izquierda y del plan quinquenal con un tono serio, entre doctoral y sentencioso.

Habló también de los camaradas pobres que no podían hacer estudios ni comprender el arte, de una manera un poco lacrimosa y lírica.

Fermín y el marqués le oían distraídamente; Margot le atendía como si fuera su obligación, pero se reía de las cosas que decía Acha. Le interesaba más la conversación de este con el marqués.

Carlos le dijo a Anita en confianza que temía que Margot fuese frívola y poco inteligente; pero él estaba dispuesto a casarse en seguida. Consideraba, a pesar de sus tendencias avanzadas, que el hombre debía dirigir y proteger a la mujer como a un menor de edad.

Después de comer, el estudiante dijo que tenía una clase a las tres en San Carlos. Se despidió, citó a Margot en un café de la calle de Alcalá y se marchó.

—¿Qué les ha parecido a ustedes? —preguntó Margot.

—Está muy bien —dijo Michel.

—No, no; diga usted la verdad.

—Pues que está bien.

—Lo que es evidente —dijo el marqués— es que tiene muy buena opinión de sí mismo y se escucha al hablar. ¡Ya es algo!

—Esto no es obstáculo para un buen matrimonio —replicó Fermín.

—Ah, claro que no. A mí me ha parecido —añadió el marqués con su malignidad habitual— que este chico, que es guapo, le aburre a Margot; pero que ella le trata ya como si fuera un marido a quien hay que tolerar.

—No le desilusionen ustedes a la chica —exclamó Anita.

—No, si no me desilusionan —replicó Margot—; ya sé todo esto. A ver, don Fermín, dígame usted la verdad, lo que le ha parecido.

—Pues me ha parecido un poco *vieux jeu*, como diríais en Ascaín. Valenciano, comunista, lector de Blasco Ibáñez, entusiasta de Sorolla y que cree que a las mujeres hay que protegerlas... Es el *vieux jeu*, pero también el matrimonio es el *vieux jeu*. ¿Qué se va a hacer?

Luego, viendo que Anita protestaba de esta frase despectiva sobre el matrimonio, desvió la charla y disertó acerca de la diferencia de las gentes del Mediterráneo y del Atlántico.

—Hoy el Mediterráneo, en literatura y en arte, me parece el lugar común viejo. El Atlántico presenta otra vitola, es algo enrevesado y, aunque no sea siempre de valor, tiene como un dibujo interesante. No hay en el Atlántico actual, y menos en el español, un Balzac, un Dickens, un Carlyle o un Kierkegaard; pero hay como el olor de ellos. La superioridad psicológica del Atlántico sobre el Mediterráneo se convierte en inferioridad política. Políticamente, el Mediterráneo es muy superior al Atlántico, sobre todo en España.

Esto a la reunión no le interesaba.

—El novio de Margot se ve que es comunista —afirmó el marqués—; es comunista de todos los lugares comunes, democráticos y sociales.

—Se ensaña usted, marqués —le dijo Fermín—; cualquiera diría que está usted celoso.

—No, no son mi fuerte los celos. Yo, con relación a los dos o tres comunistas que he conocido, diría que no todos los tontos son comunistas, pero que todos los comunistas son tontos.

—Vale más que no digamos nada, porque podríamos equivocarnos.

—¿No le parece a usted bien mi frase?

—No, porque en general todas las frases redondas no son más que juegos de palabras.

AL DÍA SIGUIENTE, por la mañana, Fermín Acha telefoneó a Miguel.

—¿Sabe usted que están ardiendo los conventos? Ahí, cerca de su casa, en la Gran Vía, deben ustedes tener uno.

—Vamos a ver qué ocurre por ahí.

—Yo estoy muy cansada —dijo Anita—; prefiero quedarme en el cuarto.

Como ella no quería salir, Michel marchó solo a la calle. Avanzó por la Gran Vía. El convento de la calle de la Flor, de los jesuitas, echaba grandes humaredas negras, la cúpula de la iglesia ardía y escapaban por ella las llamas. Una multitud densa contemplaba impasible el incendio y un grupo de bomberos rodeaba el edificio.

Como las gentes bajaban hacia la plaza de Leganitos, Miguel hizo lo mismo y se asomó después a la calle de Ferraz.

Una bandada de chiquillos había sacado los muebles de un convento medio oculto entre árboles, los habían rociado con gasolina y el edificio empezaba a arder envuelto en espesas nubes de humo. Las puertas del convento comenzaban a agrietarse.

A Miguel le dijeron que iban también a incendiar el colegio de los jesuitas de la calle de Alberto Aguilera.

En la plaza de España vio un grupo que corría. La gente aseguró que habían cogido a un fraile.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Michel.

—¡Qué han de hacer! —contestó un hombre del pueblo al parecer convencido—: matarlo.

El fraile, que era carmelita, pasó custodiado por varios soldados, abriéndose paso entre la multitud, que se apelotonaba para verle.

—¡Qué gente más estúpida! —dijo un vagabundo filósofo—. No creo que sea una cosa tan rara ver a un fraile en Madrid.

Se acercó también la multitud a un convento de monjas próximo, pero se hallaba custodiado por fuerzas militares y la gente retrocedió.

Un señor canoso y de aire burlón decía:

—Las monjas están esperando con ansiedad el momento del asalto y de las violaciones.

—¿Usted cree?

—Por lo menos eso se puede decir.

Era extraño que en medio de tan gran multitud nadie saliera a defender a las monjas y a los frailes. ¿Dónde se habían escondido los católicos fervientes?

Por uno de los callejones próximos a la calle de la Princesa Michel vio pasar dos monjas con mantos negros y en chanclas rodeadas de unas amigas.

Miguel subió luego por la Gran Vía. Cerca del convento de los jesuitas corría por

la acera un arroyo de vino. Sin duda habían desfondado algunas barricas. Miguel entró en su casa y contó a su mujer lo que sucedía.

Por la tarde marcharon a buscar en auto a Fermín e hicieron los tres un recorrido de los conventos que se estaban quemando. En alguno de ellos, delante de la puerta, alrededor de grandes hogueras, había gente que bailaba en ronda.

Dejaron el auto y marcharon a pie. Al pasar por la Gran Vía, delante del convento de los jesuitas, vieron que el incendio había tomado gran incremento. Todo el tejado se había hundido y salían por él grandes llamas.

De pronto se desplomó una buhardilla, luego un trozo de pared y se llenó la calle de polvo y de humo.

—Nos vamos a asfixiar —gritó uno del público.

—Este humo debe ser venenoso —añadió otro convencido.

Se oían por entonces los piquetazos de los bomberos.

—Ese ruido es de las bombas que estallan.

¡Qué tendrían estos tíos metido allí!

—Y ese humo negro. ¿Ha visto usted?

—Eso debe ser de los gases asfixiantes.

—¡Es verdad!

—Debían tener bombas y ametralladoras.

Toda la tontería y la cobardía popular se manifestaban en las conversaciones del público. En la pared de la iglesia un pedante puso: «Gestas de la Justicia», y alguien que se sentía humorista escribió este letrero:

RESTAURANTE DE LA REPÚBLICA

PLATO DEL DÍA

Filetes del padre Canuto a la parrilla

Algún otro aficionado a la epigrafía callejera añadió este letrero: «Por ladrones».

Fermín Acha llevó a Miguel y a Anita a casa de su librero amigo de la calle de San Bernardo. El librero dijo que en la residencia de jesuitas los incendiarios echaron a las llamas un incunable, y que los estudiantes lo quisieron salvar y no les dejaron.

—Esto es una fantasía de librero —murmuró riendo Fermín—. Ahí seguramente no había ningún incunable.

Un mozo de librería, que traía unas papeletas de encargos, aseguró muy serio que se habían encontrado en el convento de los jesuitas cajas de cigarros puros magníficos, botellas con toda clase de licores y unas fotografías de cupletistas desnudas.

El librero protestó, y el mozo de librería dijo:

—No, si eso debe ser verdad. ¡Qué canallas!

El librero, como hombre de orden, abominaba de los incendios. Acha no le

secundaba en su indignación.

—¿Es que usted, don Fermín, puede encontrar bien esta barbaridad?

—Según. Si el Gobierno quiere comenzar una revolución y dirigirla, está bien. Ahora, si le han sorprendido los sucesos, está mal. Con relación al pueblo, es distinto. La jornada ha sido una réplica un poco viva a la pedantería y a la ineficacia del Gobierno. Estos políticos profesionales, parece que quieren comenzar un juego como el «Ambo, ato» de las niñas, con su «Matarile-rile» y su «Matarile-rile-rón». La mayoría avanzará a preguntar a la minoría qué desea. Esta contestará que quiere un paje. La mayoría le preguntará: «¿Qué oficio le pondrá usted?». Y así seguirá el juego, hasta terminar con la frase sacramental de «Celebremos todas juntas, Matarile-rile-rón». Este juego preparado, este torneo de palabras en ciernes, lo jurídico, la estructuración, todos estos lugares comunes, han sido interrumpidos por un gesto hosco y furioso del pueblo, que iría, si pudiera, contra los hábitos de los obispos y hasta contra las levitas de los abogados.

—¿Pero quién va a gobernar si no? —preguntó el librero.

—Qué sé yo. Se ve que se quiere crear una pseudoaristocracia republicana, que se dedique a la oratoria y a la pedantería. Esto que ha ocurrido no me parece mal, desde el punto de vista del pueblo. El compadre Nicolás, el viejo zorro de la República de Florencia, que elogió los procedimientos de Valentinois, diría hoy que el pueblo madrileño es el único que ha tenido en España sentido revolucionario.

—No le creía a usted tan anticlerical, don Fermín —dijo el librero.

—No lo soy. No creo en los dogmas del cristianismo, ni siquiera soy teísta; pero no soy enemigo de los curas ni de los frailes, entre los que he conocido buena gente, tan buena o mejor que la que pueda haber entre los abogados republicanos.

Discutieron el librero y Fermín el valor literario de algunos jesuitas actuales, como el padre Mir, Coloma, Cejador, el padre Lecina y otros. Fermín hablaba mal del padre Coloma y de Cejador. Al novelista lo tenía por un adulator de la aristocracia, y del filólogo aseguraba que, además de tener poco espíritu científico, era uno de los hombres más toscos, más ordinarios y más groseros que había conocido.

Un señor, con aire devoto y clerical, entró en la librería.

El librero le preguntó con gran curiosidad:

—¿Estaban los padres en la residencia?

—No; los padres, de miedo a una matanza y, sin duda, previéndola, se habían marchado de Madrid a los pueblos de al lado, sobre todo a Chamartín, a su convento.

—¿Y cuántos había en Madrid? —preguntó Fermín.

—Unos ciento o ciento veinte.

—Yo creí que habría muchos más.

—¿Y qué piensa usted que le pasará al Gobierno actual? —preguntó el librero a Fermín.

—Me temo que se dejará llevar por la palabrería republicana y democrática, y que no sabrá tener energía para dominar con arte el desorden, sin objeto, que puede venir

tarde o temprano. Yo dudo que la República resuelva las cuestiones vitales del país.

—¿Es usted partidario de la Monarquía?

—No; aunque una Monarquía inteligente no nos hubiera estorbado tampoco nada a la mayoría. Claro que en estos tiempos la Monarquía de por sí es algo malo, y teniendo, además, como hemos tenido nosotros, un rey tonto, lleno de lugares comunes y de cursilería, es peor.

—Y ahora, ¿qué haremos?

—Hemos hecho desaparecer el tabú de la Monarquía. Lógicamente, debíamos de haber terminado comiéndonos al monarca.

—¡Hombre!, ¿por qué razón?

—Un antropólogo inglés, W. Robertson Smith, aseguró en un libro sobre la religión de los semitas que la comida de sacrificio en las religiones es una conmemoración de la muerte del jefe de una tribu. Según él, la forma primitiva de la sociedad humana era una horda sometida a la dominación de un macho despótico. Este macho, marido y padre, violento y celoso, más antropoide que hombre, se reservaba para sí los bienes y las hembras, hasta que un día los hijos y parientes, cansados de su despotismo, lo mataban y se lo comían. Después, con el tiempo, lo divinizaban, lo convertían en un padre o en un dios y simbólicamente se lo comían. De ahí, según ese autor, el origen de la comunión. El rey era el jefe de nuestra horda española; ahora nos falta comérmolo.

—¡Me parece que estará correoso! —dijo Michel.

—Sí, es verdad; desde el punto de vista alimenticio, no creo que sea muy apetecible.

—¿Usted cree posible una restauración de la Monarquía? —preguntó el librero a Fermín.

—No; me parece imposible. Esto variará, evolucionará. La cuestión sería que España subiera de tono.

—¿Le gusta a usted esta tendencia federal?

—No; en principio me parece un lugar común de juegos florales. No sé qué pasará en Cataluña. Cataluña puede hacer un ensayo de república medio sindicalista que sería interesante. En mi país, en las provincias vascongadas, el federalismo produciría un hervidero de curas. Aquello se convertiría en una especie de moderno Paraguay. Para mí, con el tiempo, la solución la dará una dictadura de gentes inteligentes que intenten equilibrar con justicia las fuerzas del país y avanzar un poco en el bienestar general.

Se habló del valor de los distintos políticos, y un vendedor callejero de libros dijo, refiriéndose a un famoso republicano:

—Ese, antes, cuando viajaba y era pobre, iba en tren con una blusa de obrero, pero por debajo se le veía el frac.

Fermín celebró esta invención folletinesca.

—Tiene gracia la suposición de que haya alguien que viaje en el tren de frac.

Cuando se creen estas pequeñas tonterías, qué de tonterías grandes no se creerán.

—No haga usted caso de lo que diga ese —repuso el librero—. No sabe lo que habla.

—Yo sospecho —afirmó Fermín— que la gente de nuestros pueblos latinos vive desde hace muchos años de fórmulas un poco secas. Quizá el mundo actual tiene las entrañas áridas. No se comprende ni el miedo de los conservadores ni el entusiasmo de los revolucionarios. El Gobierno de nuestra República será, porque no puede ser otra cosa, conservador.

—Si es así —repuso Michel—, cuando se consolide se parecerá a la Monarquía como un huevo a otro huevo o como una castaña a otra castaña.

—Por ahora, promete ser interesante el diálogo de los sindicalistas que proceden del campo anarquista y el de los comunistas. Veremos si unos y otros encuentran algo nuevo que decirse o no hacen más que repetir los mismos tópicos viejos, ya conocidos. Los sindicalistas creen posible un sistema de trabajo que respete la libertad individual. Los comunistas pretenden una dictadura a la bolchevique, pesada y un tanto odiosa, al menos para nosotros. Los sindicalistas tienen una fórmula revolucionaria más española, los comunistas una forma más rusa y los socialistas otra más alemana.

Dejaron la librería para volver al hotel.

De noche salieron Fermín, Michel y Margot, y al pasar por la calle de Bailón vieron a cinco o seis tanques del ejército que iban marchando por la calle con un ruido de chatarra. La gente andaba de un lado a otro por las calles, esperando sin duda algo sensacional.

—¿Pasará alguna cosa? —preguntó Michel.

—Creo que no. Veremos a ver qué avatares toma el pantomorfismo revolucionario —dijo Fermín.

Los días siguientes Michel se puso a leer con furia los periódicos.

—¡Qué manía le ha dado de leer la prensa española! —decía Anita.

—Se contagia uno —repuso Fermín.

—Usted no se ha contagiado.

—Es que yo estoy vacunado y revacunado desde hace tiempo.

EL MARQUÉS, degenerado, asustadizo e hipocondríaco, creía que a los aristócratas les iban a pedir cuentas de lo hecho en el régimen anterior.

Se consideraba solo, abandonado y desvalido. Pensaba que los comunistas se lanzarían tarde o temprano sobre la propiedad, y aunque esto le daba mucho miedo, en su fuero interno creía que tenían razón.

El marqués tenía un espíritu subterráneo que le impulsaba a decir muchas veces lo que no quería. Con frecuencia exageraba; después comprendía su exageración, se arrepentía, volvía atrás y acababa su frase con una bufonada o con una manifestación de humildad.

El marqués se pasaba la vida en una angustia constante. Las más pequeñas cosas le intranquilizaban y le obsesionaban. De pronto se alegraba; ya había encontrado la solución. Al poco rato resultaba que no era la solución verdadera y volvía de nuevo a la angustia.

El marqués y la marquesa tenían muchos pequeños motivos de desacuerdo. Ella tenía un olfato exagerado, y encontraba que en todas partes olía mal. El marqués no se preocupaba de los olores; en cambio, se quejaba de que había corrientes de aire frío en la casa.

La marquesa era de carácter alegre y jovial, pero un tanto contradictorio; al mismo tiempo deseaba dos cosas diferentes y opuestas: el campo y la ciudad, la religión y el ateísmo, el comunismo y la propiedad.

Al hermano de la marquesa le gustaba mixtificar. Su mayor placer era asombrar con noticias falsas. Aseguraba que estaba en relación con los comunistas y los anarquistas y que le habían enviado antes del cambio de Gobierno cajas con bombas. Daba terribles noticias y sacaba a relucir para legitimarlas las reuniones de los masones. No se comprendía qué gusto podía encontrar en decir tantas mentiras.

El hermano de la marquesa todo esto lo contaba moviéndose. No podía estar quieto. Tenía que pasearse, mirar por una ventana, abrir una puerta, coger un libro y darle vueltas. Si se sentaba, comenzaba a hacer temblar una pierna.

«Mira, vete —le decía su hermana, y cuando se marchaba exclamaba—: Es una cosa insoportable este hombre.»

El marqués oía con indiferencia y con desprecio a su cuñado. El hijo, Roberto, había heredado la tendencia hipocondríaca del padre. Era inteligente, de mal humor y tenía, sobre todo, un fondo de soberbia y de cólera. El estar enfermo con frecuencia le desesperaba. Era también muy aprensivo. Únicamente su madre le tranquilizaba y le daba ánimos.

La hija casada, muy egoísta, no pensaba más que en sus intereses; lo demás le importaba muy poco.

—Esta chica Margot no sé cómo puede vivir en esa casa —dijo Fermín.

—Es una gente un poco perturbada, pero parece que Margot sabe llevarlos —dijo Anita.

El marqués buscaba la amistad de Fermín y de Miguel, porque decía que sus amigos eran demasiado tontos. El marqués se burlaba de los unos y de los otros, pero interiormente tenía mucho miedo a la revolución.

—¿Han visto ustedes? —les dijo a Miguel y a Fermín—. Han borrado el nombre de Isabel la Católica a una calle y han puesto el de una abogada.

—Es una tontería.

—¿Y qué le parece a usted esta quema de conventos? Es un crimen.

—Un crimen, no —contestó Fermín—. Es curioso que se quiera equiparar la quema de algunos conventos de ladrillo y de yeso, sin valor artístico ninguno, con la muerte de las personas.

—Si no es un crimen, ha producido tanto efecto o más efecto que si lo fuera.

—Las gentes deben estar asustadas.

—No sabe usted hasta qué punto. He encontrado a un amigo a la puerta de su casa con un destornillador; estaba arrancando la placa del Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Y será un buen católico?

—Excelente.

—Católico que no busca la palma del martirio.

—Nadie la busca.

—Los creyentes verdaderos la debían buscar.

—¿Y usted cree que en esos conventos dispararon contra la multitud, como dice la gente?

—Creo que no. Hubiera sido, por su parte, un disparate y una imprudencia.

—¿Sabe usted lo que dicen ahora los jesuitas?

—¿Qué dicen?

—Dicen que desde Carlos III, que decretó la expulsión de la Orden, ninguno de los Borbones ha reinado en paz. Carlos IV y María Luisa mueren en el destierro; Fernando VII, María Cristina, Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII todos conocen el destierro.

—Esto parece más consecuencia de los tiempos que de una maldición de los ignacianos. Esa gente ha debido de andar muy mal estos días.

—El padre Torres, uno de los jesuitas escapado de la residencia de la calle de la Flor, dicen que salió en calzoncillos por los tejados y que fue a pedir auxilio a un abogado vecino y amigo suyo. El abogado le recomendó que no le comprometiera; le dijo que no le podía admitir en su casa y le tuvo cuatro horas en el tejado, con el brazo dislocado.

—Amigo, cuando uno va a mal no encuentra amigos por ninguna parte, aunque sea jesuita.

—¿Ha visto usted lo ocurrido con el cardenal Segura?

—El cardenal dicen que es un hombre muy austero y que en Toledo no quería que se lucrara nadie con los tesoros de la catedral. Su hermano parece que es todavía más intransigente, y se asegura en Toledo que si hubieran seguido allí los dos hermanos, el clero los hubiera echado.

—La cuestión es que este Gobierno sea un Gobierno enérgico. ¿Usted cree que es gente que vale?

—Yo no lo sé. Esto de la política casi siempre es un poco misterioso, a fuerza de ser claro. Los aficionados a escribir no lo entendemos. Todos los ministros son, al parecer, buenos oradores. El político y el escritor hablan un idioma distinto y es difícil que se comprendan bien entre ellos.

—¡Parece que hay bastantes advenedizos!

—Sí.

—En cambio, muchos tipos que parecían antes revolucionarios no se les nota, no los han llamado o no han acudido.

—Casi siempre, en todos los países, sucede lo mismo. Los iniciadores de una tendencia nueva y revolucionaria al día siguiente de la revolución parecen reaccionarios.

—¿Usted piensa que se hará una revolución verdadera?

—No sé. Algunos ilusos creen en la frase de un comandante aviador: «Se ha traído la República; ahora hay que hacer la revolución». Esto es una frase, pero no pasa de ahí.

—¿Pero usted preferiría una revolución sanguinaria?

—No; yo no me alegraría, ciertamente, de que se intentara una revolución en España. Una revolución hay que hacerla con ideas nuevas, con sentimientos nuevos, sobre todo con sentimientos nuevos, y esos no los hay.

—¿Usted cree más en lo sentimental que en lo racional? —preguntó el marqués.

—Sí. En esas cuestiones, sí.

—En eso, como en otras muchas cosas, estoy con usted —dijo el marqués—. Una de las cosas que también me molestan es ese juego de las venganzas con que se quiere entretener al público. Estos Fouquier-Tinville de guardarropía son, a mi modo de ver, odiosos. Es extraño este deseo de hacer sufrir al enemigo que se da en la revolución. A este que lo maten, al otro que lo prendan, al de más allá que le arruinen, que le expulsen y que no pueda vivir. ¡Qué fondo de maldad y de rencor!

—Es un fondo humano, demasiado humano, como diría Nietzsche. Ese complejo de rencor, de descontento y de utopía sentimental es el que ha producido siempre las revueltas.

—Y de la filantropía para los criminales de esa abogada directora de Prisiones, ¿qué me dice usted? —preguntó el marqués.

—Me parece sensiblería propia para novelas de Pérez Escrich o Luis del Val. A Carlyle le parecía muy bien la venganza contra los criminales. A la mayoría de los hombres de hoy la venganza no nos ilusiona. Queremos recluir a los criminales, que

no nos hagan daño, que se queden en su presidio, pero que no sean preferidos, que no sea un mérito el ser criminal. Si el Estado tiene medios, que atienda primero a los niños, a las mujeres, a los viejos, a los enfermos, a los locos, a los que trabajan y viven entre el hambre, la oscuridad y la miseria. Si sobra algo, está bien que lleguen las ventajas hasta los presidiarios y hasta los perros, pero que no sean los más atendidos.

A LOS POCOS DÍAS volvieron a avisar de casa del marqués para que fueran a cenar con ellos. Se sentaron en la mesa la familia, dos señoras amigas y un caballero que, al parecer, había sido antiguo novio de la marquesa.

El marqués se mostraba asustado. Iba a pedir el pasaporte; pero no sabía si se lo darían. No salía apenas de casa. Hacía ensayos para dominar el violonchelo y tenía a su hermana en la pianola horas y horas para que le acompañara.

—Creo que el chelo empiezo a dominarlo —dijo—; hay que hacerlo así por si tiene uno que vivir fuera de España.

La familia tenía una actitud un poco ridícula, excepto la marquesa, que no creía en catástrofes.

—Yo supongo que con la República se vivirá igual —aseguró ella, sin hacer caso de las observaciones de su marido y de su cuñada.

—¿Y los títulos?

—Se usarán lo mismo. Cuando pase un par de años, lo mismo que ahora.

—Es lo más probable —dijo Acha.

Las dos amigas afirmaron que con la República Madrid se iba a convertir en un populacho y a perder todos sus encantos.

—¡Pero qué tonterías decís! —exclamó la marquesa—. Si Madrid, desde hace más de veinte años, ya no tiene aire aristocrático alguno.

—Es verdad —aseguró el marqués—; probablemente desde el automóvil. En París ha pasado lo mismo.

—Se iba estos años al teatro —afirmó la marquesa— y no se conocía a nadie. El Real, además, estaba cerrado.

—¿Y ahora cómo llamarán al Real? —preguntó la hermana del marqués.

—No sé, no es cosa muy importante —contestó Acha—. Supongo que teatro de la Opera.

—¿Y permitirán que a Ciudad Real le llamen así o tendrán que llamarla Ciudad Republicana?

—Tampoco creo que a la gente le interese mucho esto.

—Los republicanos no debían aceptar las monedas y los billetes con la efigie del rey —siguió diciendo la hermana del marqués—. Ya no se podrá contar por reales, porque los republicanos se indignarán.

—¿Para qué dices esas necedades, tía? —preguntó Roberto, su sobrino.

La hermana del marqués contestó desdeñosamente. Una de las señoras interrogó a Fermín:

—Así, ¿cree usted que ahora se marchará mejor?

—No sé. Yo no tengo más datos que las demás gentes de la calle.

El joven Roberto miraba a los convidados como diciéndoles: «Ya ven ustedes qué familia más absurda es la mía».

La solterona seguía insistiendo con sus bromas gramaticales y un poco enrevesadas contra la República.

—Ahora todos son víctimas de la Monarquía —dijo el marqués con sorna—: que a uno le van mal los negocios, que al otro se le escapa la mujer, la culpa es de la Monarquía. ¡Qué ilusión la de estas gentes, que creen que porque ha venido la República ya son mejores, más comprensivos, y que van a desaparecer los arribistas y los hombres de presa! Un médico notable dice que de haber seguido así con el régimen monárquico el hombre hubiera vuelto a la selva. ¿Usted cree que ha salido alguna vez de ella, señor Acha?

—Es dudoso.

—Pensar lo contrario es el panglosismo —afirmó el caballero empaquetado, antiguo pretendiente de la marquesa.

—Mucha gente cree que la República va a ser un desastre —dijo una de las amigas de la casa—. He hablado con unos alemanes que viven en Madrid y creen que España no va a poder vivir sin rey.

—¡Bah! Como si nuestro Borbón averiado fuera el gran Manítú, el que hiciese producir la tierra y hasta inventara el sol.

—Estos alemanes de fuera de Alemania la mayoría son muy bestias —dijo Roberto.

—Sí. El alemán de tipo medio es extraordinario por lo incomprensivo y por lo torpe —añadió Fermín—. ¡Qué creencia estúpida en mitos! Parece mentira que de esa raza bruta y pesada haya salido un Kant o un Mozart.

—Yo, por ahora, veo en el cambio de gobierno español poca novedad —afirmó el marqués—. Hay que tener mucha ilusión para encontrar alguna diferencia entre la vida antigua y la moderna. Yo no la noto. Hay las mismas peroraciones, los mismos tópicos y las mismas represiones. Todo esto me parece muy viejo, muy usado. Yo no veo renovación ninguna.

—Es evidente —repuso Fermín—. No se quiere o, probablemente, no se puede hacer, como diría Nietzsche, una renovación de valores; todo está como antes. Se habla del insigne periodista, que es un adocenado y un tonto; del gran patricio, que es un señor ramplón e insignificante. No es lo malo el que todo esté como antes; lo malo es que se discurre y se discurrirá como antes. Son revolucionarios que quieren rendir culto a la tradición. Ese culto de la República del setenta y tres, que fue un fracaso, me parece ridículo.

—Completamente ridículo —dijo el marqués.

—La cuestión sería ir adelante como fuera —añadió Roberto.

El marqués explicó su tesis contradictoria: cómo él podía sentir miedo, teniendo la seguridad de que la revolución no iba a ser nada.

Luego dijo:

—Uno es un muñeco dominado por la Policía y por la estadística.

—Esta es la obra de la democracia —dijo Fermín.

—Entre los gendarmes y los burócratas llegarán a tenernos como los jesuitas a los indios del Paraguay. Es decir, los tendrán a los que vengan, porque a mí, al menos, no me cogerá eso.

El marqués, que tenía tanto miedo a morir, se frotó las manos, alegrándose en aquel momento de que se moriría pronto.

—¿A usted la democracia y el régimen parlamentario le inspiran confianza? —le preguntó a Fermín.

—No. A mí el sistema representativo siempre me ha parecido una farsa, hecho, al menos, como se hace. Si cada dos o tres mil personas tuvieran un representante en unas Cortes regionales o comarcanas eso podría ser algo; pero cada cincuenta mil personas un diputado, excluyendo mujeres, niños, militares y curas, eso no es nada.

—Creo como usted.

El mayordomo, después de cenar, sirvió el café y los licores, ofreció cigarros puros y cigarrillos en una caja de plata y una lamparilla de alcohol para encenderlos. Después se levantaron del comedor y pasaron a un salón próximo.

El marqués comenzó a bostezar disimuladamente, y dijo poco después a su mujer:

—Mira, querida; yo me voy a la cama.

—Sí, sí, vete.

La gente le miró con sorna. Roberto, el chico, tomó un aire de molestia; tenía afecto a su padre.

Le incomodaba también ver siempre a aquel señor soltero empaquetado que se decía que en su juventud había sido el novio preferido de su madre.

Tras de una hora de conversación, Michel, Anita y Fermín se despidieron, tomaron el auto y volvieron a casa.

MICHEL, ANITA Y FERMÍN habían preparado una corta expedición a Andalucía.

Fermín había escrito al doctor Arizmendi a Pamplona, contándole lo que hacían, y el doctor aprovechó la ocasión para presentarse con su automóvil en Madrid. Llegó la noche del sábado. No tenía más que un día disponible: el del domingo.

El día antes Fermín telefoneó a Margot preguntándole si disponía del domingo, y Margot contestó que sí.

Anita, Fermín y Michel estuvieron, mientras esperaban al doctor Arizmendi, hablando largo y tendido de Margot.

—¿A usted qué le parece, Michel? —preguntó Fermín.

—Yo creo que Margot es una mujer de buen sentido, y aunque coquette un poco con unos y con otros, al fin se casará con el joven médico.

—¡Qué sé yo! —dijo Anita—. La verdad es que no le quiere. Si encuentra algún otro que le guste un poco más, lo deja.

—¿Y el marquesito? —preguntó Michel.

—El pobre, como ha visto usted, es una birria, flacucho, paliducho, enfermo. Margot lo tiene por inteligente, pero nada más —dijo Fermín.

—¿Y el doctor Hidalgo?

—Ahora pienso yo que eso no tiene trascendencia. La chica conoce al doctor hace más de un año. Yo creo que si Margot estuviese enamorada de él sería capaz de decírselo.

Michel se echó a reír.

—Margot es un poco inconsciente —aseguró Anita—. No sabe si quiere a alguno o no le quiere.

—Sí, es verdad.

—No cabe duda —añadió Fermín— que las mujeres, aun las que se las echan de modernas, tienen como ilusión encontrar un hombre que las patronee y las domine.

—¿Usted cree?

—Creo que sí. Se sienten presa y les gusta el cazador... Creo que el ideal para ellas es un león que se convierta a ratos en un perro faldero.

—Y los hombres, ¿no cree usted que tengan un gusto contradictorio parecido?

—Seguramente. El hombre también quiere una mujer muy amable para él, seca para los otros... Tonterías.

—¿Qué le parece en definitiva Margot? —preguntó Anita.

—Hay muchas variedades de mujeres, no cabe duda —dijo Fermín—. Yo creo haber encontrado tres tipos principales: el maternal, el amoroso y el intelectual.

—A ver los caracteres de uno y de otro.

—El tipo maternal ya se comprende las condiciones que tiene: le gustan los hijos,

el orden, el trabajo, etcétera. El tipo amoroso es el de la coqueta: vive para los hombres, para inspirar amores o celos; casada, soltera, vieja o joven, no piensa más que en seducir e interesar al hombre. El tipo intelectual es poco sexual, se entrega a la curiosidad de lo literario o de lo artístico.

—¿Y Margot?

—Margot no es una mujer amorosa. No tiene apenas coquetería. Tampoco creo que este intelectualismo suyo sea muy profundo.

—Entonces, ¿qué cree usted de ella?

—Creo que es un tipo maternal un poco inconsciente.

—Es muy posible que sea así.

Margot se presentó en el hotel por la mañana, poco después de llegar el doctor Arizmendi, y estuvo charlando con él de su vida y de medicina. Comieron, y después de comer salieron a pasear en auto. Michel dirigiendo, Fermín a su lado en el pescante y Anita, Margot y el doctor dentro.

—¿Vamos a ver algo? —preguntó Fermín.

—¿Para qué? —contestó el doctor—. Yo creo que lo mejor es tomar el sol. ¡Al diablo la arqueología y el arte!

Marcharon sin más fin que andar por la carretera. El tiempo estaba delicioso. El campo verde y el sol dorado. Todos hablaron hasta cansarse, se detuvieron en el campo, pasearon y al anochecer volvieron al hotel.

—Yo creo que no debíamos cenar aquí —dijo el doctor, refiriéndose al comedor del hotel—, sino en un sitio más recogido y más alegre.

—Me parece muy bien —dijeron Michel y Fermín.

—Yo les convido —añadió el doctor—. Si quieres, Margot, le invitas a tu novio.

—No, no. Creo que no es persona grata —añadió ella con malicia.

—¿Y el marqués?

—Tampoco —dijo Fermín—. Es un hombre agriado.

—¿Así que los cinco solos?

—Los cinco.

Se telefoneó a un restaurante de la calle Mayor para que prepararan un comedor aparte, con cinco cubiertos, y a las ocho y media se presentaron allí.

Fue una cena muy alegre y cordial. Hablaron y rieron constantemente. A los postres, Margot se puso a fumar un cigarrillo.

—Esta chica va a acabar mal —dijo en broma Anita.

—Sí, creo que sí; va tomando unas costumbres de Bajo Imperio —insinuó Fermín.

—¿Tú ya serás capaz de ser fiel a un hombre? —le preguntó Arizmendi.

—No lo sé.

—Es una traidora y una pérfida —dijo Anita.

—No he hecho traición a nadie todavía.

—Pero creo que eres capaz.

—Anita quiere que yo sea como el soldado que jure la bandera. Yo seré con mi marido, si me caso, según él sea para mí; así lo creo, aunque, ¡qué sé yo!

—Esta es como el estanque claro y limpio de agua quieta; pero con toda su claridad no produce confianza —indicó Fermín.

—Bueno, desacréditeme usted; aunque me desacredite yo le oiré siempre con gusto.

—¡Ah, Margot, Margot! Eres una sirena engañadora.

A los postres cantaron a coro y Fermín sacó del bolsillo un gorro frigio y le invitó a ponérselo a Margot. Ella se lo puso. Estaba muy guapa. Luego Fermín, que tocaba un poco el piano, hizo unos acordes para el acompañamiento. Margot cantó *La Marsellesa* y la *Chanson du départ*, que había aprendido en la escuela. Después, a petición de Arizmendi, cantó la *chanson de la petite Margot*.

*C'est sur l'herbage
Dans un village
Q'la petite Margot s'depêcha d'grandir,
Du toit champêtre
Qui m'a vu maître
Je garderai toujours le souvenir.*

Todos estaban muy animados y alegres.

—Ahora, Anita, a petición del respetable público, no tendrá usted más remedio que tocar algo en el piano —dijo Fermín.

—No tengo aquí papel.

—No importa, ya sabemos que recuerda usted y que toca de memoria ese minué de Mozart y el andante de la *Quinta Sinfonía*, de Beethoven.

—Bueno; ya veré si recuerdo bien.

Anita tocó con la perfección y el sentimiento de siempre y produjo gran entusiasmo. El doctor Arizmendi teñía los ojos llenos de lágrimas.

AL DÍA SIGUIENTE, muy por la mañana, Michel, Anita y Fermín marchaban a Andalucía, y el doctor Arizmendi, a Pamplona.

Dos meses después, al llegar Fermín Acha a su pueblo de veraneo, le encontró a Michel, que le dijo:

—¿Sabe usted que Margot se ha casado?

—¿Qué me dice usted? ¿Con el médico?

—No.

—¿Con el aristócrata?

—Tampoco.

—¿Pues con quién?

—Pues con un vasco de Ascain que ha venido de California, a quien conocía de chica. Ha sido cosa de días.

—¿Y en dónde? ¿En Madrid?

—No, en Biarritz.

La familia del marqués había ido a Francia, sintiendo cada vez más miedo de lo que pudiera suceder en España. Al parecer, metieron mucho dinero español en el extranjero. Margot aprovechó la ocasión para pasar unos días en Vera con su familia.

Llegó un domingo, fue a su casa, abrazó a su madre y a sus hermanos, se quitó el sombrero y los zapatos y se presentó con su trajecito de percal y sus alpargatas blancas en la plaza de Alzate. Tuvo gran éxito.

No hizo más que llegar, cuando apareció su antiguo novio de Ascain, que le había conocido cuando tenía ocho o nueve años. Martincho era un mozo grande, fuerte y curtido por el sol. Se pusieron a hablar y a bailar. Martincho estaba dispuesto a monopolizarla y no la dejó bailar con nadie. Le dijo de sopetón que tenía una novia en California; pero que la iba a dejar por cablegrama y a casarse con ella. Margot se rio.

—Se te ha puesto la boca diferente de hablar el inglés —le dijo ella.

—Ya se me pondrá igual que antes... Cuando te bese a ti, como cuando éramos chicos.

Margot se turbó un poco y no supo qué decir.

Los diez o doce años de vida aventurera le habían dado a Martincho una actitud tranquila, reposada, de dominio sobre sí mismo.

Martincho contó a Margot que él era juez y alcalde de un pueblo de California, en la falda de Nevada, con trescientas fincas, en donde los habitantes eran vascos y hablaban vascuence. En este pueblo, a pesar de su teléfono y de que todos tenían automóvil, vivían de una manera patriarcal.

Margot se entusiasmó con la descripción.

Hablaron luego de su infancia en Ascaín y recordaron un sin fin de detalles. Les parecía que no habían pasado años desde entonces.

Martincho explicó cómo había visto a Manish en San Juan de Luz, hecho un señor serio, y contó la última vez que le encontró a Gastón, el hermano mayor, en California, que iba a buscar fortuna a Alaska. Por más que le recomendó que se quedase allí, no quiso, y se fue, y debió morir asesinado poco después por un indio de las islas Hawai.

A Margot se le saltaron las lágrimas con el recuerdo de su hermano, a quien ella quería mucho, y que le correspondía, a pesar de su rudeza.

A Martincho le faltaba el dedo índice de la mano.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó ella.

—Me llevó el dedo una máquina.

Margot miró el dedo mutilado con pena.

«¡Pobre!», pensó, e imaginó la vida dura que debió haber llevado en América su antiguo compañero de Ascaín.

La tarde era muy limpia, muy pura y muy tranquila. Margot se dejó llevar por el ambiente. Al anochecer la música tocó jotas y fandangos, y Margot y Martincho bailaron hasta cansarse. Cuando dejaron de bailar, Margot estaba rendida.

Martincho acompañó a Margot al molino de Errotacho, llevando una de las manos de la chica entre las suyas.

Le contó cómo la recordaba cuando andaba por los campos de América y pensaba en ella y cómo no llegó nunca a borrarse su recuerdo.

—Sin embargo, te ibas a casar con otra —le dijo Margot, echándolo a broma.

—Sí, pensaba casarme con otra; pero antes he venido a Europa. No traía, claramente, este pensamiento; pero dentro de mí pensaba siempre: ¿Qué hará aquélla? ¿Si la encontraré?

—No hay que creer mucho en lo que decís vosotros.

—Tú ya sabes que es verdad. Yo te necesito a ti. No encontrarás otro que te necesite tanto como yo ni que tenga en ti tanta confianza como yo tengo. No lo encuentras.

Se acercaron a Errotacho y entraron en la cocina.

—Señora Juana Mari —le dijo Martincho a la madre, que estaba en el fogón—. Ya sabe usted que me caso con Margot.

—Haces bien, chico; haces bien. Para ti es.

—Eso es demasiado decir, madre. Falta saber si yo quiero —repuso Margot.

—Sí quiere, sí; no le hagas caso, Martín. Es muy *gormanta*. Siempre ha hablado de ti, y la prueba es que las dos cartas que le escribiste tú hace años desde California las guarda.

—¿Y usted cómo lo sabe, madre? —preguntó Margot.

—Porque se lo has dicho tú misma a doña Anita.

—¿Y ella se lo ha contado a usted?

—Sí.

—¡Qué mujeres! No se puede una fiar de ellas. Las he guardado como recuerdo de amistad nada más.

—No te incomodes por eso —le dijo Martincho—. Adiós, Margot.

Se dieron la mano.

—¿Me deja usted que la bese, madre? —preguntó él de pronto.

—Sí, sí; bésala.

Martincho se acercó a Margot, la estrechó entre los brazos y la besó en los labios.

Ella, ante esta audacia inesperada, se desasíó confusa y roja de vergüenza y casi con ganas de llorar. Martincho se despidió, y al día siguiente, por la mañana, estaba en la puerta del molino. La Juana Mari se mostró entusiasmada.

—No sabes —le decía a Martincho— las veces que he pedido a Dios que vinieras. ¿Por qué no vendrá ese tonto? —me preguntaba.

—Pues ya ve usted. Ya ha venido el tonto.

—Has hecho bien.

A Margot le parecía un poco ridículo que Martincho le hubiera vencido a ella, que se creía segura de sí misma con sus conocimientos y su espíritu tranquilo y sereno. Pensó que era un instante de debilidad pasajera, que dominaría en seguida; pero no fue así.

Martincho no veía en el mundo más que a ella. Se preocupaba solo de ella. Todo lo que pensaba ella le parecía bien.

Esta confianza, en vez de hacerla orgullosa, le hizo a Margot tímida. Admiraba a su novio, que tenía tal capacidad de amor, de entusiasmo y de fe. La corte tan asidua transformó a Margot y la hizo ruborosa y vacilante. Había perdido toda su audacia. Martincho le parecía tan grande, tan fuerte, que casi le imponía. Él se mostraba como un chico y reía alegremente de su felicidad.

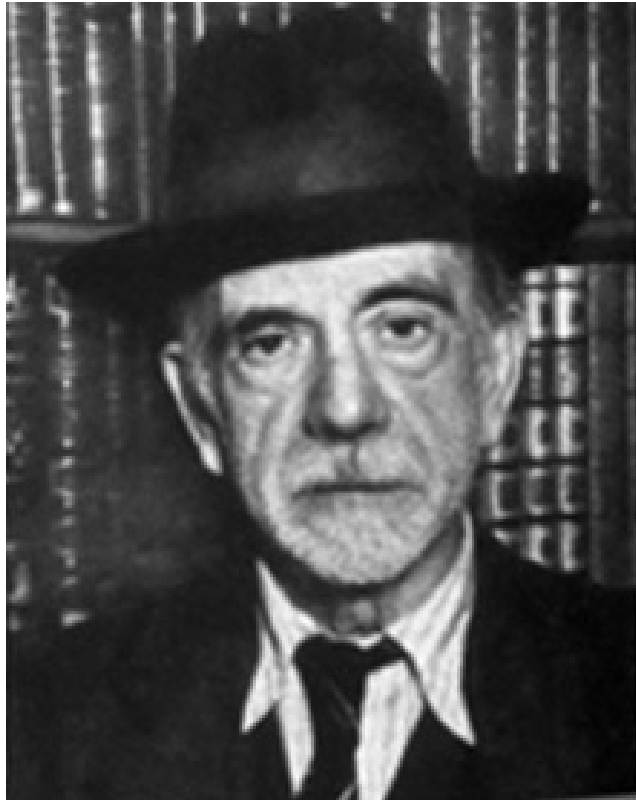
«Yo no soy sabio ni he estudiado nada más que la manera de vivir y de ganar —le decía a Margot—. En saber, si no el último, soy de los últimos; pero en quererte a ti, el primero. Así que no hay rivales. No me hables del médico sabio, ni de señoritos elegantes, porque antes que todos ellos estoy yo.»

Margot se reía. Luego le dijo a su novio que esperase un poco para casarse. Tenía que cuidar de la marquesa vieja, que estaba muy enferma. Martincho pareció aceptar a regañadientes; fueron los dos a Biarritz, y a la semana la vieja marquesa se murió.

Martincho fue y vino en automóvil, arregló los papeles y a los quince días se celebró la boda, y una semana después marcharon a Nueva York.

Margot estaba muy guapa. Los ahorros suyos se los dio a su madre, y parece que le dijo: «Si vamos bien, volveremos, para quedarnos aquí, dentro de tres años, y si vamos mal, yo vendré, aunque sea a lavar la ropa en el arroyo de Errotacho».

Madrid, febrero 1932.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.